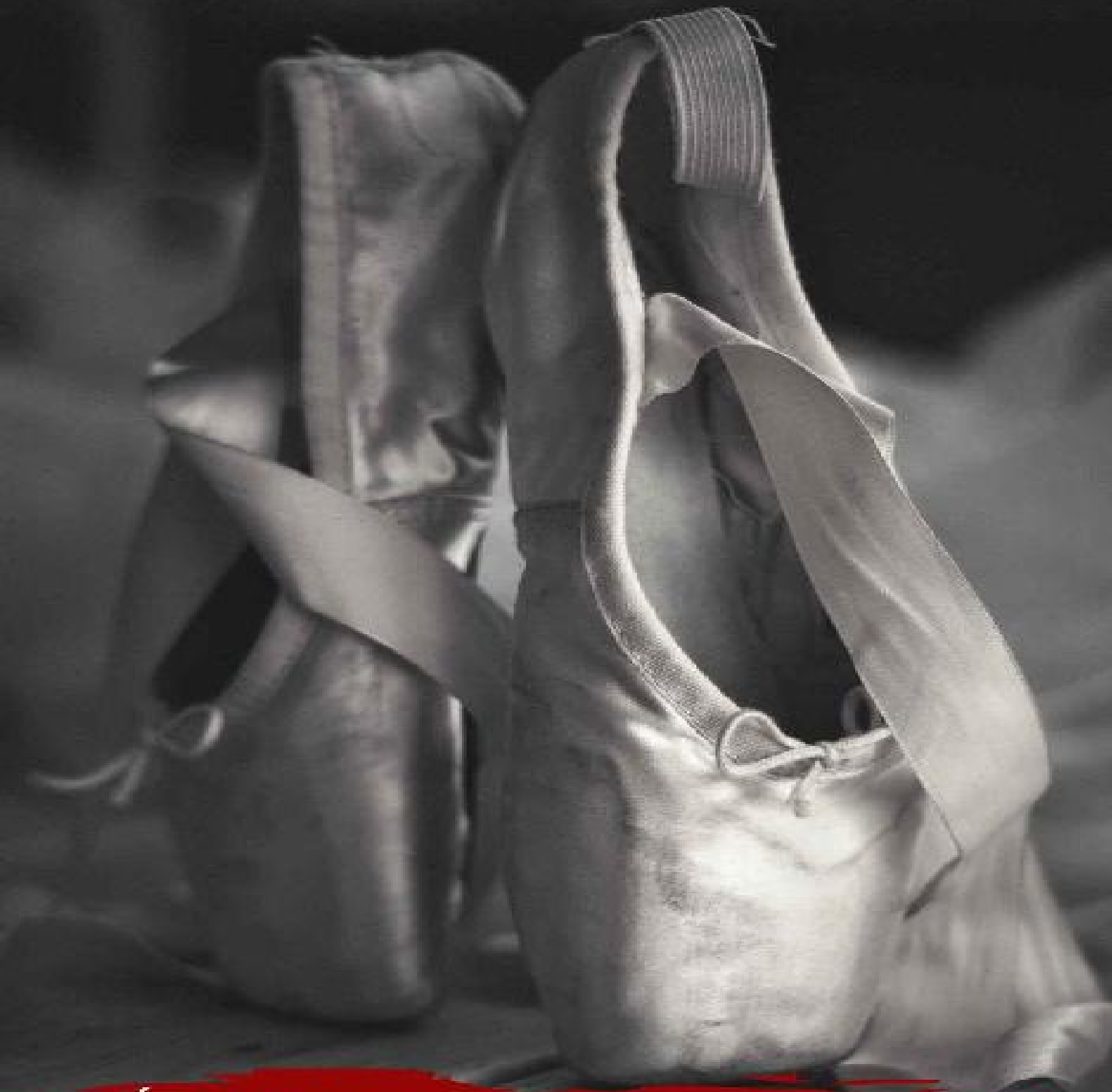


SERIE JOAQUÍN CORDOBA

JOSÉ RAMÓN GÓMEZ CABEZAS



RÉQUIEM
POR LA BAILARINA
DE UNA CAJA DE MÚSICA

REQUIEM POR LA BAILARINA DE UNA CAJA DE MÚSICA

JOSE RAMON GOMEZ CABEZAS

A Esperanza, María y Juan, los motores de mi vida.

Capítulo 0

Ángel Buendía desesperaba por vaciar sus intestinos. Llevaba ocho años como guardagujas en la estación de ferrocarril y nunca le habían entrado esas irreversibles ganas de evacuar estando de servicio.

Sacó el reloj del bolsillo de su chaleco para comprobar que restaba algo de tiempo antes de que el mercancías pasase por su posición camino de otra que se le antojaba muy lejana. Con gesto nervioso volvió a depositar el reloj en su pequeña prisión a la vez que en su cabeza y estómago revoloteaban los ingredientes de la copiosa comida que se había metido esa misma mañana entre pecho y espalda. Habría sido el jodido bacalao del atascaburras o la carne lo que estuviera en mal estado; el caso es que los retortijones se le clavaban en el espinazo, y sus riñones no aguantarían otro envite.

Tomó una decisión. Disponía de algunos minutos antes de que llegara “La paloma”. Con una mano agarró el farolillo y con la otra empezó a desabrocharse el cinturón del raído pantalón azul al salir de la garita.

Se encaminó a un rincón oscuro. El murete que delimitaba el entorno de la vía y la frondosidad de un par de arbustos le proporcionaban, a pesar del frío y la humedad de la noche, una letrina de lujo.

Apenas había acomodado el cuerpo a la ocasión, un ruido no muy lejano le puso en alerta. Se subía los pantalones a toda prisa, cuando distinguió las siluetas de dos o tres personas moviéndose por entre las vías.

Encendió su farol y se dirigió hacia donde creía haberlos visto, maldiciendo en su camino por igual a esas figuras, los retortijones y el barro. Entre todos prometían fastidiarle lo que hubiera podido ser una noche tranquila.

Avanzó unos metros e iluminó la zona. A lo lejos los vio correr por entre las traviesas. No parecían chavales.

Algo no encajaba en aquel paisaje tantas veces pateado a lo largo de días y noches de servicio. A la derecha de los raíles, distinguió multitud de pisadas y rastros de matorrales destrozados. Esto no era normal.

La luz roja del farolillo se iba proyectando, uno a uno, sobre cada recoveco, cada mata, cada pedrusco. De pronto, chocó con lo inesperado.

Ángel Buendía había asistido a multitud de entierros, pero todos aquellos difuntos que había visto no se parecían en nada al bulto teñido de barro púrpura que yacía en el suelo. Definitivamente, no iba a ser una noche tranquila.

Primera parte

Verbo temer, presente de indicativo, primera persona del singular

Capítulo 1

Arpegio desafinado

22 de Noviembre de 1925

Al despertar, noto que no va a ser una mañana como otra cualquiera. Un incesante martilleo golpea mis sienes mientras intento incorporarme. Oigo un respirar profundo y vuelvo la cabeza con dificultad. Mi tío Domingo dormita en una vieja mecedora, cerca de mí.

—Agua... Un poco de agua, por favor —mi voz suena ronca y profunda.

—Será mejor que no hables durante un rato —dice mi tío, desmereándose—. Esta vez ha sido más fuerte que las anteriores.

Su afable imagen contrasta con un timbre de voz tembloroso y un pulso renqueante; al servir el agua derrama un poco por entre la colcha y el suelo.

—¿Cuánto tiempo llevo así, tío?

Se echa la mano al bolsillo del chaleco y consulta su pequeño reloj.

—Aproximadamente, unas... cincuenta y cuatro horas. Nos has tenido muy preocupados muchacho; muy, pero que muy preocupados.

—No recuerdo gran cosa. ¿Qué me ha pasado?

En lugar de responder, se lleva la mano a la frente y comienza a pasar los huesudos dedos por el escaso cabello lacio. Su mirada vaga por una de las paredes del cuarto, incluso mientras responde:

—Ya hablaremos luego, más tranquilos. El doctor Messía te recomendó reposo, así que cuando te recuperes nos iremos una temporada al Viso: allí te pondrás bueno. ¿Qué te decíamos de pequeño? «Haz caso al galeno, si te....

—Yo ya no soy un crío, ¿dónde está Isabel?

—Ha tenido que marchar a su pueblo. Un asunto familiar, dijo. Así que ahora cuido yo de ti. No te preocupes por nada y descansa, que lo necesitas. Quedan un par de horas hasta que amanezca.

Me suelta la parrafada de un tirón: algo está cambiando en mi tío.

No consigo volver a dormirme, torturado por una sucesión de pensamientos inconexos. Cuando la primera luz del alba despunta por la entreventana de madera vieja, me muevo inquieto en el lecho.

—¿Ya estás despierto, sobrino?

—Desde hace rato, y me encuentro mucho mejor.

—Eso está bien, pero no debes moverte. Me imagino que tendrás hambre ¿verdad? Con un poco de suerte, tu ama habrá dejado algo en la despensa. Voy a ver.

Apenas se cierra la puerta, estiro mis músculos laxos y tomando del armario la primera ropa, salgo hacia la calle lo más rápido que puedo. Afortunadamente, mi tío sigue obcecado en la cocina y no me ve.

Al traspasar el umbral, el bofetón de frío que me viene a la cara despeja el mareo acumulado. Noto cómo mis rodillas amenazan el propósito que oculto. Tras unos pasos inseguros, enfilo hacia

la calle Postas sin importarme que doña Luisa, chismosa oficial del barrio, aparte su mirada y me niegue el saludo, otras veces insistente.

Tengo claro mi destino. Me apetecería mucho acercarme a la casa de los Mesoneros para volver a charlar con ella, pero seguramente eso deba esperar: ahora debo dirigirme a la redacción donde trabajo. Allí podré averiguar discretamente lo que Morfeo o quien fuera me ha robado en los últimos tres días.

Llego al edificio de Postas y Correos que da nombre a la calle y me detengo de golpe.

Es domingo, y por tanto día de descanso para el limitado personal. No obstante, me acerco ofuscado hasta la entrada en la Plaza del Ayuntamiento para comprobar que el local se encuentra cerrado a cal y canto: ni siquiera está don Luis, el director, ni Matías, el linotipista que ha hecho de la redacción su segundo hogar.

Doy un puntapié a la puerta, que resulta grotesco a causa de mi debilidad.

El casino permanecerá cerrado hasta que finalice la concurrida misa de las once. La única taberna abierta donde despejar mis dudas es la de mi viejo amigo Paco Carrión, en la parte opuesta de la plaza.

Al salir del soportal vuelvo a sentir el frío de la mañana. Me abotono bien la chaqueta, me subo las solapas, levanto la mirada y me encuentro cara a cara con Manuel Messía. Esperando la bronca y el consiguiente bochorno, inclino avergonzado la cabeza y saludo al médico.

—Joaquín, hombre, ¿ya te encuentras mejor? —se sorprende—. Se lo dije a tu tío, eres más fuerte de lo que parece, muchacho. Mañana podrás hacer vida normal... Aunque con todo lo que ha pasado, «normal» no sería la palabra adecuada. Queda con Dios, que yo voy a verlo ahora a misa de ocho y llego tarde.

Cruzo lo que me resta de camino desconcertado por las palabras del médico. ¿Qué es «lo que ha pasado»...?

Paco Carrión aún no ha terminado de limpiar; barre el suelo arenoso del local con un cepillo de ramas. Las pocas sillas de madera reposan encima de las mesas.

Aturdido aún, traspaso el umbral.

La mirada del viejo mesero se hunde en la mía como un puñal de circo, y con un par de zancadas se planta frente a mí.

Recibo un empujón que me arroja afuera de la taberna. El gesto del que hasta ahora consideraba casi un amigo me duele probablemente más que el golpe que recibo en la frente contra una columna.

—Aquí no quiero gente como tú, por muy hijo de tu padre que seas —y un sonoro portazo pone punto final a sus palabras.

Las pocas personas que pasan por la plaza me miran como a un delincuente al que deberían ajusticiar.

No entiendo nada. Esta pesadilla no tiene sentido alguno. Sin saber cómo, me he convertido en un auténtico paria en mi propia ciudad. ¿Qué carajo ha sucedido durante mi convalecencia?

Me apoyo en la pared de la posada “El Sol” para recomponer mi maltrecha figura. Al pasarme la mano por la frente se mancha de sangre: una pequeña brecha marcará durante algún tiempo mi desafortunado encuentro con el tabernero.

Paso hasta el recibidor de la pensión esperando que doña Josefa tenga algo de yodo y un pañuelo. Mis ojos se posan como perros cazadores en la pequeña mesa de la entrada. Un par de ejemplares de *La Gaceta* son ahora muy valiosos para mí.

Un muchacho de no más de quince años casi me sorprende guardándomelos en la chaqueta.

—¿Desea una habitación, señor?

—No, no... Busco a doña Josefa.

—En estos momentos no está. Soy su sobrino; si le sirvo yo....

La campanilla de la puerta suena a mis espaldas; una voz brusca y conocida nos interrumpe.

—Niño, que dice el señor alcalde que vayáis preparando lo de la habitación pa'l de Tomelloso a nombre de Manuel González, que llegará en una de las diligencias a lo largo de la mañana.

Ni siquiera me vuelvo; después de todo lo que está sucediendo no me apetece encontrarme con la jeta del *Malahostia*, el alguacil local.

El nombre que pronuncia, sin embargo, me es familiar, y al darme cuenta de a quien ha mencionado, un ademán de sorpresa me traiciona.

—Oye, tú no eres... —dice el alguacil.

Salgo de forma tan precipitada que casi le arrollo. No sé por qué no me persigue, pero tampoco me detengo a pensar en ello. Necesito que alguien me cuente lo que ha pasado.

Como si no bastase para confundirme con los huecos de mi memoria, ahora el alcalde se trae a un jefe de policía pueblerino. Espero que no sea por algo relacionado con nuestra fracasada visita al gordo Balboa.

Ese gordo cabrón debe de haber utilizado su trabajo en el Ayuntamiento para jodernos. Bueno, arrieritos somos y en el camino nos encontraremos.

Tengo que hablar con mis dos compadres. No ir antes a buscarlos ha sido un error. El periódico, mi tío... No sé cómo he podido priorizar otras cosas.

Ramón vive al final de mi calle, lindando con la de Alarcos, en una de las casas más humildes de toda la zona. Dando un rodeo para no pasar cerca de la mía, me acerco a su puerta. La aldaba suena con fuerza y un llanto apagado que parece provenir del interior de la casa cesa de pronto.

Mientras espero a que me abran, me llama la atención un ligero movimiento en los visillos de la ventana más próxima. El lloriqueo se reanuda y desazonado vuelvo a golpear compulsivamente la aldaba. Lo único que consigo es alejar el llanto hacia el interior de la casa.

Nada de esto tiene sentido. ¿Qué está pasando aquí?

Algo mareado, camino hacia la calle del Olivo. La casa de Valentín, en un solar grande rodeado de descampados, es mi último recurso.

Me atiende su padre, Marcial, cuyo rostro se tensa al verme. Abre la puerta de par en par para engancharme de la pechera.

—¿Cómo te atreves, hijo de puta?

El mundo se me parte en dos a la vez que cruje mi nariz, aplastada por su puño.

El golpe y la caída me dejan conmocionado, pero no lo suficiente como para no sentir la coz descabellada que me suelta entre las costillas.

—No te quiero ver en la puta vida, desgraciao.

No comprendo qué ocurre; quizá por eso ni siquiera intento defenderme. Lo nota y permanece durante un rato ante mí, desafiándome. Mientras se aleja, me maldice con una retahíla de insultos.

Me incorporo renqueante, con la visión nublada y un hilo de baba colgando de la mandíbula, recordatorio de la sangre vomitada tras la paliza. A duras penas consigo llegar a casa.

Una vez allí intento alcanzar unas sales de la cocina y beber algo que me entone, pero no lo consigo. Mi tío Domingo no da señales de vida, así que me arrastro hasta el diván de la sala grande. Hace frío y no me quito la chaqueta. Al apoyarme sobre el respaldo, siento en el costado dolorido las páginas del periódico.

Nada más ver una de las portadas, compruebo cómo mi universo reciente se desmorona.

La Gaceta

Innoble crimen

Una joven muerta en nuestra localidad

20 DE NOVIEMBRE DE 1925

Pasada la medianoche de ayer, llegó a esta redacción el aviso de que a la altura del número siete de la Avenida del Parque, a pocos metros de la vía del tren, se había cometido un crimen en la persona de una joven mujer.

La víctima era hija del ciudadrealeño retornado don Nicolás Mesoneros, hermano del insigne empresario ceramista don Antonio Mesoneros. La desgraciada muchacha fue mancillada y posteriormente ultimada con algún objeto contundente, tras salir de su domicilio al término de una recepción.

Fuentes bien informadas indican que ya se ha producido una detención; trataríase de un joven con antecedentes policiales, arrestado en el momento en que, con posterioridad al feroz crimen, intentaba asaltar una de las viviendas vecinas.

Capítulo 2

Susplicacia

Resulta curioso el mundo de los sueños, el modo en que se manejan a su antojo, independientes, ufanos. Entre fantasías imposibles me parece oír la voz de mi padre, a lo lejos, como el rumor del río en la noche del bosque. No le hago mucho caso; lo atribuyo a mis pesadillas y me abandono nuevamente a la debilidad onírica a la que prefiero huir.

Algo más tarde vuelve a amanecer para mí. Esta vez no veo a mi tío Domingo en la cabecera. En esta triste habitación, mi único acompañante es el espejo del armario; probablemente me escupa una imagen que me niego a contemplar.

Ojalá todo haya sido un mal sueño, una pesadilla. No. El galán de noche a los pies de la cama me devuelve a una realidad que me inunda de golpe y me produce una arcada tras la que sólo vomito agua.

La ropa se encuentra perfectamente doblada y pudiera pasar por recién planchada de no ser por el cuello de la camisa blanca, manchado de sangre. Costras resacas de color amarronado salpican la ropa y, de paso, un rincón oscuro de mi memoria.

A los ocho años, me juré a mí mismo no volver a llorar. Aquella noche el deseo de buscar nuevas aventuras me condujo al desván que hacía las veces de trastero. En lo alto de una pila de cajas se adivinaba un objeto nuevo, un pequeño globo terráqueo lo suficientemente misterioso como para despertar la curiosidad que mató al gato. El intento de escalada acabó con el globo terráqueo destrozado, las cajas por el suelo y un manojo de cartas debajo de mi almohada.

Casi no sabía leer, pero, al reconocer el nombre de madre en los sobres, la chispa saltó dentro de mi cabeza.

Nunca había visto a mi padre tan enfadado como cuando descubrió mi tesoro oculto. La fusta de los castigos fue rabiosamente desenfundada por Julián Córdoba por primera y última vez. Más tarde, Isabel alivió con agua caliente y polvos de talco mi enrojecida piel, mientras yo, mortificado, apretaba los labios.

Jamás llegó nadie a explicarme el motivo de la paliza. Aquel objeto no podía tener tanto valor; puede que la razón estuviera en el remitente de las cartas, un nombre cuya huella el olvido ya borró hace tiempo.

Ese día, un pliegue interno pasó página en mi vida. Incluso hoy mantuve mi juramento.

—¿Cómo estás? —pregunta mi tío, y difumina los recuerdos.

—Bien, nunca he estado mejor.

—No me mientas; te conozco desde hace mucho

—Yo, en cambio, no debo conocerte tan bien. En mi paseo, por casualidad, me encontré con el doctor.

De pronto, en el rostro hierático de mi tío Domingo, la incertidumbre dejó paso al rubor.

—¿Y fue él quién te hizo eso en la cara? —dijo con una media sonrisa.

—No estoy para bromas... Nunca antes me habías mentido; al menos, no que yo sepa.

—Igual no lo entiendes aún, pero todo ha sido pensando en ti.

—Pues tu silencio, como ves, no me ha ayudado mucho.

—Sólo quería protegerte... Mira, sobrino, lo que ha hecho tu amigo Ramón no está nada bien.

Le tenían ganas desde que mató a su padre y ahora debe pagar por ello.

—¿Desde cuándo eres juez?... ¿Se puede saber en base a qué lo culpas? No tienes ni puta idea de lo que pasó y ya emites un veredicto. Te creía diferente... Además, yo estaba allí con ellos: también soy culpable ¿no?

—Tú serías incapaz de matar una mosca.

—No entiendo esta locura... ¿Por qué no estoy yo en la cárcel con ellos? Nosotros solo queríamos joder al gordo Balboa por pegarle una paliza a una chica... ¿Cómo nos hemos metido en este embrollo?

—¿Permaneciste todo el tiempo con ellos?

—Déjalo, por favor...

—Entonces, ¿cómo sabes que no son culpables?

—Porque son mis amigos. Tampoco sé dónde estabas tú y no te culpo de un crimen.

—Sólo que yo no lo hice...

—Ellos tampoco.

La sinrazón, como una enredadera en pleno mayo, se aferra firmemente a las raíces de nuestra conversación.

—Espera un momento, sobrino. Vamos a poner un poco de cordura a todo esto. Debemos volver a confiar el uno en el otro. Cuéntame qué pasó y prometo ayudarte en lo que pueda.

—Igual ya es demasiado tarde...

La naturaleza venenosa de la suspicacia mina mis fuerzas. No comprendo esta atmósfera de recelo y acusación. Me siento solo, tremendamente solo.

—Eres igual que tu padre. Él ha tenido esta mañana la misma actitud fría y distante. Sois tal para cual.

El silencio que sigue señala con el orín de la ira el trayecto de nuestras palabras.

Mi tío vuelve a clavar sus ojos glaucos en un punto lejano. Está vez detengo la mirada en él y le veo envejecer en un segundo.

Sus rodillas crujen cuando se levanta del camastro. Un movimiento de breve caricia se pierde en el vacío, mientras se aleja con paso lento.

Mi tío vive desde hace algún tiempo con un amigo en la calle de los Reyes. Si no está él allí, no sé entonces a quién irá a llorarle las penas.

Capítulo 3

Vigésimo quinto aniversario

Tradicionalmente, cuando nace un niño se felicita a la familia y se le da la enhorabuena. Cuando nací yo, a mi padre le dieron el pésame.

Me despertaron un día de otoño, a medianoche, cuando las estrellas tiritaban de frío. Me sacaron bruscamente de aquel remanso, me golpearon. Entonces lloré; mi llanto inundó la habitación. Al poco encontré el consuelo en el regazo de mi madre, bellísima, según cuentan, aunque acababa de parir. Apenas unos minutos después, las cosas se complicaron. Me separaron nuevamente de mi hogar, por segunda vez en mi corta vida, la primera y única oportunidad que tuve de sentir a mi madre. ¿Me creerá, señor juez, si le digo que creo recordar todo perfectamente?

Nací con el siglo. Madre no está desde entonces y padre nunca ha estado. Volver a ver a aquella muchacha era mi mejor regalo de cumpleaños. Por eso me acerqué aquella mañana, del día de mi aniversario, casi de forma fraudulenta hasta su puerta. Era una estupidez, tan soberana como inevitable.

Hoy, los recuerdos de ese día me golpean como nudillos curtidos... Hacía frío esa mañana, había estado lloviendo toda la madrugada, pero no me importaba. Sólo quería ver a la joven extranjera que me deslumbrara días antes, cuando salí a pasear mi desdicha por este parque fronterizo de Gasset.

Desde el enrejado de forja observé su casa mientras el vigilante de la zona me escrutaba en la distancia. El hombre parecía no atreverse a decirme nada, pero empujado no sé por qué extraña circunstancia, finalmente habló:

—Se va a resfriar.

Aquella voz me distraía de mi objetivo, y no quería perder de vista la casa.

—¿Cómo dice?

—Digo que se va a resfriar. Venga por aquí, que le invito a desayunar un poco de queso y un caldo que acabo de calentar.

Apenas podía prestar atención a los dos asuntos sin mostrarme azaroso y estúpido ante la nueva acometida del vigilante. No quise rechazar el puente que me tendía.

—Si no es mucha molestia, le estaré agradecido.

Por el camino hasta su deprimente barraca mencionó a mi padre, al que decía conocer, así como a la familia francesa recién instalada. A esa familia, y a todas las demás: no se le escapaba detalle de este pueblo

—Yo serví con su padre en las Américas. Allí estuve con él cuando lo del *Maine*. Dichosos americanos... Nos la jugaron bien jugada, ¿no cree usted?

No pude o no supe contestarle. Hijo y nieto de militares, mi destino parecía estar designado de antemano, pero lo marcial nunca me conmovió en lo más mínimo. El día que mi padre se dio cuenta dejó de hablarme. Ahora contradigo mi estado acomodado colaborando con la gaceta de don Luis.

No son buenos tiempos para escribir en un pequeño periódico de provincias que intenta permanecer ajeno a los vaivenes políticos. La prueba más evidente es que en la actualidad la

plantilla de redactores la componemos sólo don Armando y yo. Tampoco es fácil trabajar con don Armando, buen compañero, ameno contador de relatos y gran inventor de su propia historia, tan grande como su afición por el vino. Casi todas las mañanas me lo encuentro en la taberna de suelo prensado junto a Paco Carrión.

La redacción de *La Gaceta*, situada estratégicamente en la Plaza Mayor, es mi refugio, desde cuyas ventanas abuhardilladas observo el discurrir de mi pueblo. Don Luis, el director, realiza cotidianamente acrobáticas piruetas para no herir ni a un bando ni a otro de nuestros suscritores y publicistas que, al fin y al cabo, son los que mantienen en pie ese intento de periódico.

Repaso cada uno de los movimientos que hice la mañana de la fiesta buscando los errores que pude cometer, intentando consolarme con el recuerdo de mis pasos, que al menos me condujeron hacia ella. Don Luis había cumplido un papel importante en ese encuentro.

Rememoro mi furtiva vigilancia en el parque, el encuentro con Francisco, el vigilante, y mi llegada a la redacción, cuando oí al director llamándome desde su despacho, con su habitual aire fatigado.

—¿Da usted su permiso?

—Pasa, pasa y siéntate.

Con alguna dificultad conseguí apartar una pequeña montaña de papeles de un destartado asiento.

—Mira, Joaquín, sé que te interesa asistir a la fiesta que ha convocado la familia forastera para agradecer a la ciudad su acogida. Como sabrás, son ceramistas franceses que tienen algún tipo de relación con la fábrica de aquí y quieren modernizarla. Te dejo la invitación que nos han hecho llegar. Si estás dispuesto, serás el representante de nuestro plantel.

Recuerdo que me levanté torpemente para agradecerle el detalle, dispersando en el trayecto, sin querer, una nueva montaña de papeles acumulada sobre el suelo de madera.

Podría acercarme a la muchacha que me obsesionaba. Qué mejor forma de celebrar mi cumpleaños.

Si pudiera volver a aquel día y rectificar.

Quizás no fuera sólo la condescendencia de los que me rodean la culpable de lo que me sucedió ese día. Cuando la tensión y los nervios me desbordan, quedo en blanco: no veo, no oigo, no siento frío ni calor. También esos estúpidos desmayos ayudaron a privarme de todo a lo que había aspirado.

Capítulo 4

Una tarde en Madrid

Todo empezó en la capital. Bueno, probablemente comenzara antes, pero los recuerdos que yo asocio a los hechos se circunscriben a una madrileña mañana gris del mes de febrero, hace un par de años.

Llevaba allí tres meses, en la pensión de doña Nemesia, una señora mayor con la marca de los años en su cuerpo encorvado. Cuando la mujer dormitaba cerca del brasero de picas en el comedor, se mimetizaba extrañamente con el mobiliario de la casa hasta el punto de confundirse con uno de los retratos colgados en la pared.

Por entonces, aún me sentía embriagado por el aroma de todo un estallido de novedades en mi nueva vida. Apenas conocía algunos lugares de la ciudad: el café Gijón, donde se reunían los intelectuales a debatir sobre la reciente pérdida de posesiones y honor del otrora tan aclamado imperio español. El avance científico de nuestros médicos era otro tema recurrente, así como el incipiente talento de una nueva generación de escritores —según decían los críticos, más ecléctica y poderosa que su antecesora—. Y, cómo no, también se hablaba de la política de unos y de otros, liberales y conservadores, monarquía y república.

Lamentablemente, los duelos dialécticos acababan casi siempre en golpes, ocasiones en las que intentaba huir sin salir perjudicado. Así descubrí la belleza y tranquilidad de los paseos por Madrid; la plenitud del Jardín Botánico, la calle del Prado y la belleza de sus muchachas; la Gran Vía con sus majestuosas mansiones.

El periódico en el que comencé a trabajar se situaba entre la puerta del Sol y la Plaza Mayor. Había ido a parar allí, para disfrutar de un periodo de instrucción, gracias a mi ilustre apellido.

—El café Gijón, el Comercial, la taberna El Sol y las casas de mujeres: esos son los sitios que debes frecuentar; si no encuentras ahí las noticias es que esta ciudad no puede enseñarte nada de lo que tú buscas.

Al principio las palabras del director que me habían asignado sonaron simpáticas, pero a la tercera o cuarta jornada el retintín de su frase caía cansinamente a mis pies.

Convencido por don Hilario —o don Hilarión, como le llamaban algunos— empecé a merodear por cafés y tabernas. Cuando me lo permitía la adusta administración de mis reales, incluso tomaba alguna cosilla dentro de los locales y, escuchando conversaciones con ojos y orejas, lo anotaba todo en una pequeña libretilla imitando a algunos de mis compañeros más veteranos. Hasta que un día, me tocó protagonizar uno de aquellos episodios de los que tanto huía. Aquella vez, alguien consideró que lo que yo hacía podía traerle consecuencias.

—¿Qué apuntas ahí, muchacho?

—Nada, ideas. Soy periodista y escritor.

—¿Ah, sí? Dime, ¿qué escritos importantes tienes tú?

—Bueno, no muchos todavía. Estoy aprendiendo el oficio.

—Conque aprendiendo el oficio. Muy bien...

Tenía un prominente mostacho y de vez en cuando ladeaba su sombrero de paja para rascarse el cuero cabelludo, así que apenas pude percibir el guiño que le hizo a alguien situado detrás de mí. Segundos después, yo volaba por los aires en dirección a la calle como una gallina pateada del

corral.

—Que no te vea más por aquí.

El orgullo que me quedaba podría haber servido para lustrar los mocasines de algún viandante.

—Hijos de perra —una voz ronca y quebrada rompió el silencio detrás de mí.

Se presentó como Jacinto Lafuente; sus ojos traslucían parte de la rabia contenida en su pequeño, pero robusto cuerpo. Me ayudó a recuperar la dignidad vertical.

—Hablan, hablan, hablan, pero no actúan... Cobardes de mierda.

Obligado por la situación y atraído por la desafiante imagen de este personaje le invité a compartir conmigo algún trago. Esta vez su inquisitiva mirada se centró en mí, pero fue su silencio persistente lo que hizo que casi saliera corriendo.

—No acepto limosnas de ningún burgués embravecido...

Quizás mi expresión sincera terminó por convencerle. Lo cierto es que agregé:

—Vamos, creo que tienes mucho que aprender, chaval. Ven conmigo; te invito yo.

Caminamos sin cruzarnos palabra por algunas callejuelas sombrías. Al llegar al quicio de una vasta puerta de madera se detuvo en seco y me agarró del brazo.

—Si tienes cojones, ahora te meas en esa puerta.

—Pero...

—Si no quieres que ya mismo de una patada te meta dentro del cuartelillo, te meas donde te he dicho. Te meas ahí, o te cagas: como prefieras.

Aquel cabrón quería que me mease delante del cuartel de los serenos a plena luz del día.

—Vamos.

Su voz retumbó en mis oídos como un trueno en la noche, de modo que casi termino por hacérmelo encima.

Con paso inseguro me acerqué para mirar por la ventana de aquel cuartucho. Un sereno que dormitaba en una vieja silla de anea apoyada en la pared me insufló la suficiente tranquilidad como para desabrocharme el pantalón y relajar el cuerpo. Cuando el torrente amarillo apenas había empezado a fluir por la pared del cuartel, una voz amenazó mi desahogo.

—¿Qué haces, insensato?

Mi candidez me hizo pensar que sólo había un sereno en todo el cuartel. Lejos de cortar el chorro me puse mucho más nervioso y me giré hacia la persona que me hablaba. Al notar que se trataba de un representante de la ley hice ademán de alzar las manos y, sin darme cuenta, empañé la pernera del pantalón de aquel guardia.

—Serás gilipollas.

Su primera reacción fue cerrar los puños para estamparme uno de esos guantazos que hacen historia, tanto en el que lo da como en el que lo recibe, pero al verme retroceder muy lentamente, cambió de parecer. Se giró de inmediato hacia el interior de la puerta y agarró uno de aquellos palos de madera con los que disuadían a sujetos peligrosos.

Mis vergüenzas al aire y mi mente en blanco. Un ojo morado, una costilla rota, una estupenda noche en un foso o algo aún más sórdido: cualquiera podía ser el resultado de mi estupidez, si alguien no remediaba el problema. Y no parecía que ese alguien fuera a ser yo.

Ante mi falta de reacción, el hombrecillo que me había metido en el embrollo pasó corriendo a mi lado. Tiró de mí hacia delante con su mano derecha y estampó el otro puño contra la mandíbula del humedecido vigilante.

Al estrépito de la caída se sumó un grito de mi salvador que seguramente debió escucharse hasta en la mismísima estación de Delicias.

—¡Viva la anarquía!

Capítulo 5

Días de anarquía

Después de echar el resto en una carrera infernal, nos tumbamos resollando sobre el adoquinado.

—Buen gancho de izquierda —le dije intentando recuperar algo de aire.

—No le des mucha importancia, muchacho. Soy zurdo.

Una carcajada rompió el ritmo de toses, jadeos y silencios, permitiendo la salida de nervios y frustraciones.

—Tienes huevos, chavea, tienes huevos.

Algo me debió llevar a confiar en él, sobre todo después de aquel extraño rito de iniciación al que me había sometido. Me dejé arrastrar hasta un enorme portalón, que tras un quejido casi humano nos condujo a un patio de corrala. En uno de sus soportales, una estrecha puerta de madera oscura parecía anteceder a un siniestro parnaso.

La oscuridad de la maloliente taberna apenas me dejó intuir los escalones que debía bajar, y con mi entrada atropellada casi me llevo por delante a todo ser vivo.

Nos acomodamos en una banqueta apoyada contra la pared.

—La cerveza que sirven —dijo— son orines de gato, el vino parece más agua que otra cosa y el aguardiente... El aguardiente es lo único que se puede tomar aquí. Eso sí, nos dejarán tranquilos.

Tras pegarle un buen tiento al licor, me soltó de pronto:

—Eres de fiar y tienes madera, muchacho. Todavía no sé de qué, pero tienes madera.

—No me interesa la política. Yo quiero ser escritor y nada más.

La rotundidad de la afirmación pareció pillarle desprevenido.

—Si lo dices por el grito de antes, a mí tampoco me interesa la política. Son todos unas gallinas parlanchinas, unos ignorantes. Pero no te confundas: la solución tampoco es ir por ahí tirando bombas o liándote a tiros con el primer botarate que nombren como chivo expiatorio de este jodido país. ¿Para qué cargarse a Cánovas si con Sagasta no mejoramos en nada? Canalejas, Dato, ¿para qué? Si el que viene puede ser peor... Algún día esa jodida costumbre nos meterá en una guerra.

Su reacción me desconcertó; por un rato me limité a digerir el aguardiente y repartir mi mirada por el lúgubre local.

Prostitutas, borrachos y malencarados formaban parte de la escogida clientela. Destacaba un gitano grande y fuerte, melena azabache, gesto altivo y una cicatriz a la altura del ojo derecho que le atravesaba media mejilla.

—Dame calor, muchachito.

Inesperadamente, una trigueña llena de curvas, generoso escote y enormes pechos se me sentó a horcajadas sobre las rodillas.

El diablo había distribuido perfectamente la carne en aquel cuerpo; sus manos expertas se movían por mi torso como culebras en tierra firme, buscando mi penetrante sensibilidad.

Hipnotizado por la transparencia bajo la que se intuían los rosados pezones, no me percaté del movimiento seco con el que mi compañero de tragos se desmarcó para aferrar a la mujer por la

muñeca.

—Lárgate. Deja al muchacho tranquilo... Aire.

De un empujón la separó de mí. De mí y de los correspondientes efluvios corporales a punto de desbordarse. Mi gesto incómodo y avergonzado debió exigirle alguna explicación, porque enseguida mi nuevo amigo lanzó unas palabras que cayeron como una losa sobre mi orgullo.

—Vigila más de cerca tu bolsa de reales, muchacho. Esa señorita te estaba robando.

Aquello fue suficiente para precipitar los acontecimientos. Puede que el calor que me produjo la trigueña o el miedo que pasé a continuación ayudaran a marcar la selección que hizo mi memoria.

En mi vida había visto reaccionar a nadie con tal rapidez: la trigueña, al volverme hacia ella, lucía en su mano un pequeño punzón, que se aprestaba a hundir en la cara de Jacinto. Éste la desarmó de un golpe brusco, para propinarle tal bofetón que la mujer, con todas sus curvas y provocaciones, rodó por el suelo, sangrando por esa boca de gruesos labios que yo había tenido tan cerca y tan lejos.

Casi como un resorte, el tremendo gitano de la cicatriz se plantó allí, desafiándonos. La mirada de Lafuente no se apartaba ni un milímetro de su rival.

—Si ties cojones pa pegar a una mujer, tendrás cojones pa pegarme a mí, militarucho de mierda. ¿O es que ahora te has vuelto maricona y te gustan los niños bien?

No sé qué me produjo más pavor, si la mirada, sus palabras de desprecio o lo que iba sacando parsimoniosamente de su fajín: una navaja de más de una cuarta de hoja, aparentemente familiar para el público que poco a poco iba abriendo espacio en medio de un silencio igualmente cortante.

Jacinto Lafuente permanecía imperturbable, con los ojos fijos en el gigante calé para no darle ventaja alguna.

Yo también me mantuve expectante, pero por otras razones igualmente poderosas, que me agarrotaban los músculos. Si malherían a Jacinto, nuestra situación se iba a complicar muchísimo. Mi corazón me pedía huir, pero la confianza que destilaba mi compañero de hazañas evidenciaba que, para él, aquella no era una situación nueva.

El desafío de los gallos de corral seguía desarrollándose en silencio: ante Jacinto desarmado, el gitano, con su deslumbrante faca, daba pequeños pasos siempre hacia su derecha como buscando el lado débil de su contrincante.

Entonces me di cuenta. Aquel desgraciado había cometido un error: suponer que Jacinto era diestro.

La cara del gitano empezó a desfigurarse cuando la mano izquierda de Jacinto se aferró como un águila a la muñeca que empuñaba la navaja y el antebrazo derecho se hundió en la nariz del gitano. Aquel movimiento le había dado los segundos de ventaja que necesitaba para derribar al coloso.

Un sonoro golpe en el pecho y una zancadilla final bastaron para dejarle inconsciente y evidenciar ante todo el mundo que la pelea había llegado a su fin, al menos para una de las partes.

Estas situaciones parecían habituales en aquel antro, por lo que de inmediato se recobró la calma.

Jacinto Lafuente recompuso su vestimenta y procedió a sentarse en el mismo lugar y con la misma paz que al principio.

—¿No tienes hambre? —preguntó.

Una hora después, aprovechando la placidez de estómago que proporciona un buen asado, comencé a lanzarle a bocajarro la pregunta que me carcomía.

—Antes, el gitano te llamó *militarucho*...

Creí haber metido la pata nuevamente, pues su mirada glacial y el mutismo volvieron a congelar nuestra mesa.

Apenas quedaba bebida en la jarra cuando se arrancó a hablar.

—Hace algún tiempo serví en el ejército.

Temiendo volver a equivocarme, de mi garganta salió un hilillo de voz.

—¿Cuba?

—No, primero en Filipinas y luego en el norte de África. En cierta ocasión ayudé al general Miguel Primo de Rivera a salir de una emboscada y eso me convirtió en un hombre de confianza dentro del ejército. Entré a formar parte de la guardia privada de Alfonso XIII. Felicitaciones, medallas y aumento de responsabilidades; en unos pocos meses era el máximo responsable de la guardia privada del monarca. Eran días felices, hasta el 1 de junio de 1905. ¿Recuerdas lo que sucedió?

Negué con la cabeza. Por esas fechas yo aún estaría limpiándome los mocos con la manga de las camisas, pero no me atreví a comentarlo.

—El rey estaba de visita en la majestuosa París acompañado por el presidente de la república gabacha... Al principio no dejé de culparme; la ciudad era tan espectacular y sus mujeres tan diferentes... Quince heridos, entre ellos mujeres y niños: un loco anarquista creía que sus fanáticas ideas le daban derecho para erigirse en el salvador de la patria. Algunos de nosotros reaccionamos a tiempo, así que ni al rey ni al presidente Loubet les pasó nada. Pero alguien tenía que pagar las consecuencias: un mes después me expulsaron del ejército con un cuarto de metralla en la cintura y unas cuantas pesadillas en mis noches. Fui una víctima más del anarquista cabrón que, para colmo, era español.

—¿Y después...?

—Después me convertí en un paria. Viví de la caridad de mis amigos hasta que al poco se cansaron. Un día comprendí que no podía seguir así. Inicé mis pesquisas para buscar a los culpables de mi desgracia entre los grupos anarquistas; muchos me conocían y a duras penas pude sacar alguna información. Sólo una conclusión: no habían sido ellos los responsables de aquel atentado y nadie había oído hablar del individuo que lo cometió. Lo único que confirmé, finalmente, fue que la monarquía salió de todo aquello muy reforzada. Alguien contó lo de mis investigaciones a la autoridad y me asociaron con los grupos anarquistas. Desde entonces soy algo parecido a un proscrito y, la verdad, muchacho, a mi edad no me apetecía hacerme bandolero ni esconderme en la serranía.

—No sirve de nada lamentarse.

—Calla... ¿Dónde está Heredia? El gitano, digo.

Su mirada escrutaba el local, como barruntando algo.

—Y ese silen...

La ira de los dioses cayó sobre nosotros en forma de una explosión. La pequeña puerta acababa de estallar. Lo que parecieron cientos de serenos y guardias entraban en tropel arrasando con sus porras todo lo que se les ponía por delante, al grito de “Abren paso a la justicia”.

Intentamos buscar alguna salida, pero quedamos acorralados contra la pared, las manos en alto. Una figura familiar se nos acercó de un salto golpeando a Jacinto en la cara y en el torso hasta dejarlo en el suelo, sangrando. Con un solo paso se me plantó delante y llenándome la cara de sus asquerosas babas, gritó:

—Hombre, que alegría volver a verte.

La patada que me soltó en los testículos hizo que me doblara en dos.

—Eso para que se te quiten las ganas de mearte en la puerta del cuartel. Y éste otro por delincuente y cabrón.

En ese momento no sentí dolor: tan solo un fogonazo de luz blanca y un absoluto silencio.

Morir debe ser algo parecido. Ni siquiera llegué a sangrar, pero yo sé que desde entonces algo se rompió dentro de mí.

El segundo golpe en la cabeza me dejó secuelas: aun hoy, en situaciones de tensión, esa luz blanca me enceguece y pierdo la conciencia. Durante unas horas pierdo contacto con la realidad; mi cuerpo permanece inerte mientras mis pensamientos vagan por otro mundo. Al despertar me siento aturdido, y tardo unas horas en recuperarme. A veces mi memoria me traiciona y no puedo poner en orden los acontecimientos anteriores al desvanecimiento.

Me llevé un bonito recuerdo de mis días en Madrid.

Al poco abandoné la capital. Lo hice llevándome varias cicatrices, una dentro de la cabeza, otra en mi reputación y la última en un rincón de mi alma.

Capítulo 6

Visita al juez

La premura y la angustia apartan con brusquedad estos recuerdos. Me incorporo con rapidez, una vez más, de mi supuestamente necesario reposo. El espejo del armario devuelve mi reflejo: el mismo rostro ovalado de mi padre, su misma boca, la misma mirada melancólica. Ni un solo rasgo que me recuerde a madre. Ni siquiera eso.

Tal vez el juez Calatayud, viejo conocido de don Julián Córdoba, pueda decirme algo de mis compadres.

La cárcel provincial se encuentra a espaldas del consistorio municipal; justo enfrente, austera y solemne, se yergue la iglesia de San Pedro. Su puerta principal está cerrada casi todo el año. Los feligreses acuden a misa entrando siempre por las laterales, menos el Viernes Santo. Este día la puerta oeste se abre y desde dentro de la cárcel se puede contemplar el interior de la iglesia y alguna de sus imágenes.

Cada año, si el gobernador lo tiene a bien, indulta a uno de sus moradores. Ese portón, por la que sale el beneficiado, es conocido como la *puerta del perdón*.

Cuentan los más viejos del lugar que la ciudad está asentada sobre una vieja laguna. Sus entrañas son recorridas por miles y miles de túneles angostos y oscuros que ya habían sido utilizados por árabes y cristianos en la famosa batalla del cerro de Alarcos.

Hace muchos años, los galeotes que caían presos pasaban largas temporadas cautivos en esta cárcel antes de ser trasladados a las minas de mercurio del sur de la provincia. Numerosas leyendas cuentan que más de uno escapó de la prisión a través de estos antiguos canales. O, quién sabe, perecieron en el intento.

Los juzgados están entre la cárcel y la plaza del Ayuntamiento. Allí tiene su despacho el juez Calatayud.

Me detengo ahora frente al adusto portón. Dudo. Quizás la visita sea comprometedor y poco fructífera. Pero no puedo dar demasiado cobijo a estos pensamientos: mis alternativas son más bien escasas.

Golpeo con convicción la pesada aldaba. El reloj de la catedral, que se divisa entre la niebla que extiende su lenta sábana sobre la ciudad, marca las seis y diez. Es domingo, y está a punto de anochecer.

La angustia me impide posponer la visita al día siguiente. Por eso, cuando unos pasos resuenan dentro, se confunden con el martilleo de mi propio corazón.

—¿Sí, qué desea? —me pregunta un hombre de levita negra, tan antigua como su portador, tras abrir la puerta.

—Necesito hablar con el juez Calatayud.

—Sabrá que hoy no atiende. ¿Se trata de alguna cuestión personal?

—Sí, sí, eso. Una cuestión personal —miento a medias.

—¿De parte de quién, por favor?

—Pues... de... —dudo. Finalmente me niego a utilizar a mi padre como referencia—. Soy Joaquín Córdoba Martín de la Vega.

—Bien, voy a comunicarlo. No sé si el señor juez podrá atenderlo.

Su tono es tan calmo como descortés, ya que cierra la puerta de inmediato. Ni siquiera me invita a refugiarme del frío en el descansillo de la entrada.

No pasa mucho tiempo hasta que, de forma enérgica, el juez Calatayud aparece frente a mí y me observa con su mirada escrutadora.

—Buenas noches. ¿Y bien?

—Esto... buenas noches. Ante todo, perdón por interrumpirle... Estará usted muy ocupado, como es normal. Yo, eh... Me gustaría hablar con usted porque... Bueno, pues, toda esta serie de malentendidos. Como usted sabe, mi amigo Ramón y, bueno, Valentín López...

—Mire, Joaquín, me compromete usted con esta visita. No voy a decirle nada que no le haya dicho esta mañana a su padre...

Otra vez la referencia maldita.

—Ya hemos sido bastante benévolos al no presentar cargos contra usted.

—Pero es que nosotros no hemos hecho daño a nadie...

—Exactamente lo mismo que me dijo su padre. Si quiere ayudar a sus amigos, el encarcelado y al otro fugado, pague bien a un buen letrado o consiga pruebas que los salve del garrote vil. Y ahora, si me disculpa...

Y dicho esto se sube los quevedos hasta el entrecejo y cierra la última puerta de esperanza que creí abierta.

Proceso la información de forma lenta y lo que asimilo no me gusta nada. Tardo unos instantes en reaccionar y me dirijo a uno de los bancos de hierro de la plaza cercana.

Ramón en la cárcel y Valentín fugado, acusados de asesinato. Les espera el garrote vil, y yo sin poder ayudarlos. Y mi padre, ¿con qué intenciones habría venido esta mañana? ¿Para hablar con el gobernador civil? No, imposible. Sus ideas políticas no convergerían nunca.

No entiendo nada. Me vence la impotencia, pero me carcome aún más la pregunta sin respuesta: ¿por qué sigo libre yo?

Absorto en estas elucubraciones no me doy cuenta de la mano que, asomando por la manga de una chaqueta raída, se posa sobre mi hombro.

—Don Joaquín, está usted lívido. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Don Armando... Perdona que no le haya visto...

—Entiendo, muchacho, entiendo. Con lo que tienes encima...Permíteme que te invite a tomar algo que te levante el ánimo.

—Se lo agradezco mucho, pero hasta en las tabernas me repudian.

—En ese caso, conozco un sitio donde al menos nos darán un caldito que nos apañará el cuerpo. Anda, ven.

Capítulo 7

Curioso desencuentro

Mientras cruzamos la plaza, don Armando me habla. No soy capaz de concentrarme en sus palabras y mi pensamiento vuelve a la mañana de hace tres días en que lo busqué desesperadamente por estos mismos lugares para contarle cómo mi corazón bullía de emociones contrariadas.

Era él quien se ocupaba de cubrir para *La Gaceta* los actos sociales y a él le correspondía acudir a la celebración de bienvenida. No creo en la suerte, por lo que sospeché que la decisión del director de enviarme a aquella fiesta había correspondido a alguna sugerencia de mi compañero Armando.

Nunca se lo revelaré, pero al buscarle para compartir con él mi entusiasmo, ejerció involuntariamente de hilo de Ariadna.

Aquel 22 de noviembre, al dirigirme hacia las tabernas de la inundada Plaza de Cervantes, quedé varado frente al gran ventanal de la posada de doña Josefa. Desde aquí salen las diligencias hacia la mayoría de los pueblos de la provincia y es común ver a forasteros merodeando cerca del local, pero aquellos tres me llamaron la atención: rodeaban a la buena de doña Josefa intimidándola con gestos amenazantes.

Lo más probable es que mi innata estupidez disfrazada de valentía me hiciera intervenir en lo que parecía una discusión en desventaja para doña Josefa. Me acerqué a la entrada.

—Doña Josefa, ¿ha visto por aquí a don Armando?

Los rostros de los tres hombres se giraron al unísono. La cara del más bajo resultaba peculiar: sus ojos parecían dos pequeños cortes en el barro seco. Era cuarta y media menor que los otros y de piel mucho más clara. El semblante del más alto también era un cúmulo de despropósitos: el pelo escaso, distribuido de forma irregular por su abultada cabeza, unas sombras oscuras en la piel cetrina alrededor de sus ojos y la boca retorcida en un tic esperpéntico le conferían cierto aire simiesco. El tercero, de rostro curtido y anguloso, no mejoraba el conjunto. Las seis manos rudas me hicieron pensar en jornaleros trashumantes, como los que buscaban trabajo por las huertas cercanas.

Mi irrupción les debió incomodar, pues a un gesto brusco del más pequeño salieron de la posada, no sin mirarme desafiantes al pasar a mi lado. Al gesto provocativo le siguió el humo del puro que fumaba el bajito, que inundó mi nariz haciéndome toser hasta atragantarme.

Sus carcajadas resonaron a mi espalda cuando me volví; Doña Josefa ya estaba llamando al muchacho de los recados para que diera aviso al cuartelillo.

La detuve con un breve movimiento de mi mano, restando importancia a lo sucedido.

Algo me decía que no debía perderles de vista, por lo que les seguí durante un rato desde lejos hasta que se metieron en la tienda de Carlos Prado: un almacén que vende cartuchería, armas y explosivos. De pronto, una voz familiar me obligó a detenerme.

—Pero si es el afamado Joaquín Córdoba Martín de la Vega.

Era Ernesto, uno de mis primos. De esas personas que cautivan primero con su figura y aparentan saber más de lo que realmente conocen.

Le devolví su característica impertinencia girándome con desdén. De inmediato la bilis de la

soberbia me hizo un nudo en la garganta. Mi primo no estaba solo. Junto a él se encontraba la muchacha a cuya casa había acudido aquella misma mañana, conducido por mi obsesión enamoradiza.

El único brote de luz que se abrió paso entre las nubes grises iluminaba su cara. Si los ángeles existieran, sin duda tendrían su imagen.

—¿Dónde está la educación que ha pagado tu padre? ¿O es que te ha mordido la lengua el gato, primo?

—No tendrá nada que decir —entonó ella con su voz viento sur entre la jara.

—Hablas un castellano perfecto —fue lo menos estúpido que se me ocurrió soltar. Para decirle todo lo que me hubiese gustado habría necesitado una vida.

—Claro, papá es español y desde niños nos ha hablado en su idioma.

—¿Os conocíais? —intervino nuestro cicerone ocasional.

—N... no... —tartamudeé, preguntándome si la chica se habría percatado de mi acecho hasta su casa.

—Yo sí que he oído a tus primos hablar mucho de ti —una perfecta sonrisa cruzó su rostro angelical—. Es como si te conociera desde niño —y elevando ligeramente el brazo me ofreció su mano, agregando—: Lucienne Olivier, *enchanté*.

Intenté atrapar sus dedos para besarla con elegancia, pero confundí el gesto. Con un movimiento rápido y preciso ella posó su mano sobre mi hombro y acercó la boca a mi mejilla. El beso de sus labios finos se demoró apenas un segundo, pero sentí su calor tan cerca que quedé paralizado.

Me vino a la mente el cuento que tanto me gustaba escuchar de pequeño, el de una muchacha llamada Bella y un príncipe hechizado.

—¿Te veremos esta noche en la fiesta, Joaquinito?

Me irritó ese diminutivo, que Ernesto debió de usar adrede delante de Lucienne.

—Por supuesto, querido primo —respondí enfatizando la ironía de mi tono—, ni muerto faltaría a ese acontecimiento.

—Nos vemos entonces, señorito.

—Encantada de conocerte, Joaquín y te espero esta noche —repuso ella. O al menos, eso creí entender, pues el mar de sus ojos me hizo náufrago.

—*Au revoir, mademoiselle* —me despedí.

Al contemplar su sonrisa me sentí un poco menos feo, un poco menos necio. En resumen, un poco menos yo.

Me preocupó ver que se alejaban del brazo, acompañados por Alfonso que caminaba unos metros detrás de ellos como vigilando esa relación. Alfonso es mi otro primo: seminarista, rechoncho, de mirada suspicaz y de una religiosidad frágil que, a lo largo de eternas discusiones teológicas, intenté muchas veces quebrantar. Su marcha con las manos cruzadas a la espalda revelaba prácticas de cura viejo a punto de officiar misa.

Durante toda nuestra vida, Alfonso ha ejercido no sólo de buen primo sino también de amigo. De niños, por mi carácter asquerosamente justiciero, yo casi siempre acababa siendo el centro de las iras de Ernesto, tres años mayor que él. Cuando me veía en apuros, Alfonso mediaba en las peleas, ofreciendo a su hermano todos los argumentos posibles para que dejara de perjudicarme. Así se convertía, él mismo, en objetivo de la furia de Ernesto. En ese momento, aparecía su irascible padre para castigarnos al pobre Alfonso y a mí, librando de cualquier reprimenda a su ojito derecho.

Mientras yo me mordía la lengua ante los continuos agravios, jamás escuché de la boca de

Alfonso reproche alguno.

Capítulo 8

El comedor de los desamparados

Cruzo aceleradamente la plaza con don Armando, en pos de un sitio donde tomar algo.

A los pocos transeúntes que pasean por ella quizás les resulte curiosa la imagen de mi acompañante, más sobrio y sereno que nunca, caminando al lado de un muchacho joven con aspecto famélico y enfermo, al que alguno probablemente reconozca como un mal nacido, asesino de muchachas.

Nos encaminamos lentamente hacia la calle Ramón Medrano, que desemboca en un edificio tan adusto como la prisión pero sin rejas visibles: el arzobispado.

Por uno de sus laterales, varias personas hacen cola: algunas madres de familia sostienen recipientes enormes para llevar algo de comida a sus hogares; otras, acuden con sus hijas.

Aquí nadie se gira para mirarme. En cambio todo el mundo saluda a Don Armando y le abre paso. Incluso las monjitas que custodian la entrada ceden con una sonrisa amable ante su presencia.

Entonces comprendo que estamos a punto de entrar a un comedor de la beneficencia y un amago de evasiva me detiene bajo el dosel de la puerta.

—Pero... ¿para qué venimos aquí?

—Para tomar algo caliente, por supuesto. ¿No dices que en las tabernas no te admiten?

—No, me refiero a por qué venimos precisamente a este lugar.

—¿Se te ocurre algún otro sitio mejor? Además las monjitas cocinan bastante bien. Los domingos, como es día de misa, ponen un caldito enriquecido con vino, delicioso.

Es evidente que don Armando pasaba por allí más de lo que le gustaría. La afición a gastar sus pocos reales en bebida debía de traerlo más de una vez por semana.

Nunca se me habría pasado por la cabeza comer en un sitio como este, con gente tan distinta a mí. Don Armando parece adivinarme el pensamiento.

—No somos tan diferentes. Fíjate, para ellos eres uno más, no importa de donde vengas ni a donde vayas; a ellos también los insultan y los desprecian por la calle. Vamos, tomémonos este caldo como rito de hermanamiento —y con un par de zancadas se aproxima al recipiente que reposa junto al fuego para inhalar el vapor que desprende.

Acto seguido alza el cazo metálico y pega un sonoro sorbo. Los rostros ajados ni siquiera se inmutan, seguramente más preocupados por no derramar ni una gota que por los comentarios ajenos. Personas sin apellidos y casi sin nombre nos ignoran, lo que hace que me vaya sintiendo más tranquilo y relajado en un ambiente donde, afortunadamente para todos, yo también soy anónimo.

Ahora he de recuperar la serenidad para encontrar en los detalles de aquel día la clave de lo que debo hacer, hacia dónde debo dirigirme, a quién debo vengar.

Lucienne está muerta y sus asesinos, en libertad. Juro que nosotros no la matamos. Al menos, no hasta el momento en que, sobre el tejado de aquella casa, la puta marea blanca me privó del contacto con la realidad.

Me llevo a los labios la primera cucharada del caldo de pescado. El olor que brota del plato es

intenso... ¿Dónde, cuándo percibí un olor idéntico? Evoco de pronto una bandeja plateada de dos asas, descascarada en uno de sus extremos... Dentro, el pescaíto frito de Málaga descansa junto a una cesta de pequeñas rebanadas de pan de hogaza. Pero, ¿dónde...? La imagen se amplía: veo la barra sobre la que se apoya esa bandeja. Veo, a un lado, los taburetes de madera, el denso humo que cubre los carteles de toros. Ya sé: se trata de la taberna donde he estado hace setenta y dos horas, la mañana de mi cumpleaños. El día en que todo ocurrió.

Una vez más, repaso los sucesos que han sacudido los cimientos de mi vida, en un nuevo intento por encontrarles algún sentido y no enloquecer. Si pudiera regresar a aquel día en la taberna, cambiaría tantas cosas...

Segunda parte

Verbo desear, presente de indicativo, primera persona del singular

Capítulo 9

Mis compadres

19 de Noviembre de 1925

Recuerdo que no conseguía apartar de mi cabeza la soberbia de mi primo y a esos tres forasteros que rondaban por ahí. Además, el maravilloso encuentro con Lucienne me había dejado algo desorientado. Buscaba a don Armando, pero el bullicio de la taberna de Manolo llamó mi atención. Según el reloj del Ayuntamiento era algo más de la una del mediodía y en este sábado lluvioso, la taberna de Manuel Fernández Benito, “El niño Gloria”, se convertía en un sitio ideal para hacer tiempo hasta la hora de comer, tomando un chato de vino y escuchando apasionadas conversaciones de toros.

El calorcito que proporcionaba la estufa de leña hizo que me acomodara entre el paragüero y la escupidera, que más de uno cargado de vino confundía entre sí. Entre los paisanos que discutían sobre diestros y cabestros descubrí a Valentín, uno de mis dos compadres del alma. Ramón, mi otro compadre, aún estaría faenando en el campo. Los sábados, al acabar la labor, suele encontrarse aquí con nosotros.

Valentín —o «Cobardín», como lo llama siempre Ramón cuando quiere provocarle— exponía su versión del toreo moderno, defendiéndolo a capa y espada (o, mejor dicho, a estoque y muleta), sin conseguir la atención del resto. Algo más joven que nosotros, alegre y dicharachero, de familia obrera; su madre ha venido regentando una pequeña manufactura de planchado desde hace unos años, con cuatro o cinco muchachas a su cargo. Su padre participa algunas veces en el negocio familiar, como recadero, momentos que aprovecha para dejarse caer por bares y tabernas.

Valentín trabaja de forma esporádica con Lucendo, a quien llaman “el comunero”: un hombre de vida gris al que muchos temen sin saber por qué. Mi amigo le ayuda a realizar algunos trabajos de albañilería y aparcería.

Ramón, inseparable de Valentín, es opuesto a él como el día a la noche: taciturno, las pocas veces en que habla lo hace con exactitud y concisión. Tiene las manos recias, el rostro y la piel curtidos de trabajar en el campo desde los ocho años, al quedar huérfano de padre. Dos años antes, una epidemia de gripe estuvo a punto de acabar con su vida, como con la de miles de personas en el país. Llegaron a darlo por muerto en el carro de traslado, pero su tío Gerardo percibió un ligero movimiento en el pecho del muchacho. Al poco remitieron sus fiebres y aquel famélico zagalillo renació.

—Ojalá me hubiera quedado en el sitio —repite cada vez que la mala suerte se ceba con él.

Yo sé que nunca lo dice en serio, y menos desde algún tiempo, cuando empezó a rondar a una muchacha: una tremenda morena de ojos claros, bordadora de oficio, del humilde barrio de Larache.

Al abrirse la puerta, la imponente figura de Ramón, no muy alta pero fibrosa, irrumpió en la taberna. Venía muy serio. La alegría de verle se esfumó pronto, cuando los tres forasteros que rondaron esta mañana la pensión de doña Josefa entraron tras él.

Ellos también me reconocieron al instante y se aproximaron hacia mí. Mi corazón se aceleró,

pero mi saludo con Ramón pareció hacerles cambiar de idea. De inmediato se giraron y fueron a situarse al otro extremo de la barra. Evité cruzar la mirada con ellos.

Ramón se acercó, se pidió un chato de vino y me preguntó:

—Hoy es un día para celebrar, ¿no?

Por un momento me desconcertó que se hubiera enterado de la invitación que recibí para el festejo de esta noche, cuando caí en qué era a lo que realmente se refería.

—Sí, sí... casi lo había olvidado. Tal día como hoy, hace veinticinco años, en el año de Nuestro Señor de mil novecientos vino a nacer en esta muy noble y leal villa Don Joaquín Córdoba Martín de la Vega _y sonreí, mientras veía a Valentín aproximarse— pero hay un pequeño detalle que ahora os comento a los dos.

Esa era una de las fechas contradictorias en mi almanaque personal: el mismo día que nació enterraron a mi madre. Los cumpleaños, habitualmente gozosos para los demás, son, en el fondo, tristes para mí.

Una de las escasas mesas quedó libre y nos dirigimos hacia ella. Cuando estábamos a punto de sentarnos, se nos anticiparon con descaro los tres forasteros. Valentín y yo aceptamos la derrota, pero Ramón los miró desafiándolos con el cuerpo tenso y los puños cerrados.

Notario, *el Pecas*, uno de los habituales de la taberna, nos hizo una señal desde la mesa contigua para cedernos su sitio. Ramón se mantuvo de pie, retador, pero le agarré de un brazo y lo obligué a acompañarnos. Nos sentamos.

—Bueno, bueno. Hoy celebramos algo, ¿verdad, amigo Joaquín?

—Respecto de eso quería comentaros algo importante. Esta vez debemos aplazar el festejo.

—¿Borrachera incluida? —me interrumpió Valentín.

—Borrachera incluida.

Permanecieron en silencio con gesto intrigado, pero el humo de tabaco proveniente de otra mesa me hizo empezar a toser ostensiblemente.

—Os agradezco la compañía —continué apenas pude—, pero me temo que esta noche tengo un compromiso muy importante al que no puedo faltar: se trata de una cita con el destino. He sido personalmente invitado a la fiesta de inauguración de la casa de los franceses.

—Pues, nosotros sí celebraremos tu aniversario —aseguró Ramón—. Y beberemos en tu nombre.

—Es por la muchacha francesa... —nuevamente, el humo, envolviéndome, ahogó mis palabras.

Ramón siguió la estela del tabaco. Se puso de pie y se dirigió al más pequeño de los forasteros, de cuya horrible boca pendía un habano fino y alargado.

—¿Os importaría echar el humo hacia otro lado?

El pequeñajo se giró con una sonrisa que en cualquier otro rostro hubiera resultado amable, en él reflejaba un profundo vacío reluciendo como mueca calavérica. Era el mismísimo retrato de la muerte.

—A ver, ¿qué le pasa a esa nenaza?

El golpe de Ramón sorprendió a todos. El cuerpo enjuto rodó por el suelo con banqueta incluida.

Me levanté rápido y me situé al lado de Ramón, mientras los otros dos forasteros reaccionaban y se echaban mano a la cintura, donde sus facas afiladas esperaban impacientes.

Un repentino temblor me inundó el cuerpo y empecé a quedarme en blanco, cuando *Malahostia* —el alguacil— y el dueño de la taberna se interpusieron entre nosotros. El mareo arreció, y Ramón tuvo que sujetarme para que no me cayera. Me sacaron del local.

A partir de ese momento, sólo recordaría el empapado banco de la plaza Mayor en el que

reposaba, rodeado de mis dos compadres. Mi tío Domingo, aparecido quién sabe cuándo o de dónde, les acompañaba.

—¿Ha vuelto a pasar...? —pregunté.

—Sí... ¿Estás bien? —exclamaron casi al unísono.

—¿Quieres que vayamos a ver al médico? —sugirió mi tío.

—No, ya me recupero...

—Bueno, pues... Te dejamos en buenas manos —se despidió Valentín para susurrarme luego al oído_: Nos vemos a la tarde.

Amagué con replicar. Finalmente me conformé con verlos alejarse entre la fina lluvia que apenas me mojaba y el mareo que aún viajaba libre por mi cabeza.

Pasó un rato largo antes de que pudiese levantarme, recuperado a medias del vahído que, como ocurriría tantas veces cuando mis nervios se alteran, había acudido puntual.

Supongo que en aquel preciso golpe en la cabeza durante un atardecer madrileño está el origen de mis desvanecimientos, pero yo no soy Manuel Messía, prestigioso médico capitalino y amigo de la familia desde hace lustros, y no puedo asegurarlo.

—¿Qué tal, sobrino? —las palabras de Domingo atravesaron esa especie de gasa que me envolvía—. Si no quieres consultar con el doctor, un aguardiente te espabilará. Vamos a la taberna de la viuda y luego te acompaño a casa.

Capítulo 10

Episodio quijotesco

Las nubes amenazaban con robarle la luz a lo que quedaba de día y anticipar la noche en esta tierra mía que, sedienta, absorbió la lluvia por sus entrañas reseca.

Enfilamos las paredes encaladas de la calle Mercado para encontrarnos de frente con el edificio de postas que da nombre a mi calle, cerca del antiguo barrio morisco.

Nos cruzamos con *el Llueco*, que, como siempre, caminaba de arriba abajo con su capa sobre los hombros y su cara mal dibujada, apoyándose en su garrota de siete perros, objeto de burla de chicos y mayores ebrios de estupidez.

El último aguardiente se quiso sumar al alcohol que ya circulaba por mi cuerpo; sus efluvios generaron un silencio que presidió nuestro paseo entre contraventanas cerradas.

Mi tío Domingo, algunos años menor que mi padre, militar retirado tras la guerra de Cuba, soltero empedernido, aficionado a la bebida y a la soledad por igual, ha vivido siempre en una casa de una planta en la calle de los Reyes, llamada así porque durante seis semanas moraron en ella los monarcas Fernando III el Santo, su esposa Doña Juana y su madre Doña Berenguela, cuando esta villa aún era conocida por Pozuelo de Don Gil.

A pesar de contar con casa propia, Domingo ha pasado más tiempo en la nuestra que mi padre. Con los reales que recibe por su retiro como militar y las fanegas de tierra que tiene a pocos kilómetros de la capital, va viviendo el hombre sin excesos conocidos, entre habladurías sobre su prolongada soltería.

—Yo sé por qué tus amigos no me tienen confianza —me dijo, al llegar a mi puerta.

—Bueno, representas una figura de autoridad para ellos...

—¿Por qué los justificas? No los estoy acusando de nada, simplemente te digo que lo sé.

La sinceridad siempre ha primado entre nosotros, pero hay un tema del que nunca quise escuchar palabra. Desde hacía ya algún tiempo él pretendía sacarlo a la luz una y otra vez y yo me empeñaba en darle un capotazo tras otro.

No quise darle importancia y me hice el distraído buscando la llave en uno de los bolsillos del gabán. Mi tío se percató al instante:

—¿Qué pasa, Joaquín?

—La puñetera llave que no aparece —contesté, algo descolocado.

—No te preocupes, llamamos y seguro que Isabel nos abre en un momento —dijo acercándose al portalón de madera, pero los muchos aguardientes y varios vinos de la mañana hicieron que al trastabillar golpease la aldaba con su cabeza.

La risa tonta nos pilló desprevenidos mientras esperábamos que la sordera de Isabel no nos obligara a pensar en alguna otra alternativa para entrar.

—Pues parece que no nos oye y yo voy necesitando el corral para aliviarme —comentó mi tío apretando su entrepierna y apoyando el peso alternativamente sobre cada pie.

Seguíamos riéndonos, pero tras unos minutos mi tío volvió a preguntarme, ya algo desesperado:

—Oye, pillastre, cuando te vas de picos pardos y no quieres que nadie se entere, ¿por dónde entras y sales?

—Por la puerta: no tengo que esconderme de nadie. Al regresar, sólo cuando olvido la llave

salto la tapia del patio, al lado del corral; suele haber paja o maderas que amortiguan la caída.

—Pues allá vamos. Tendré que saltar yo, que tú, con tus mareos, no estás en condiciones.

—Pues anda que tú...

La risa no nos daba tregua mientras doblábamos la esquina hacia la parte posterior del corral. Allí volví a sentir que alguien nos observaba. La ligera borrachera no me permitió estar seguro: pensé que bien podría ser doña Luisa encontrando motivo para cotillear al menos durante un par de días.

La agilidad de mi compinche asaltamuros, a pesar de sus casi cincuenta años, me dejó sorprendido.

—Y ahora ¿qué hago? —inquirió desde lo alto del murete del patio, tras pisarme lo indecible para conseguir encaramarse.

—Busca unas tablas para apoyarte o trata de caer sobre algo blando. Ten cuidado, no vayas a resbalarte con la lluvia...

De un saltó me encaramé a lo alto del murete, apremiado por el estridente ruido que oí del otro lado.

Asomado al borde, pregunté:

—¿Estás bien?

—Bueno, en peores tabernas he comido...

Mi tío había aterrizado sobre los únicos excrementos de caballeriza visibles en todo el patio, y su risa limpia me contagió el espíritu.

De repente, varios chillidos irrumpieron en el patio. Alguien, salido de la casa y blandiendo el palo de una escoba, se dirigía hacia nosotros entre aullidos de furia.

La figura surgida de la nada la emprendió a golpes con mi tío, que, asustado, intentaba levantarse, pero resbalaba una y otra vez en el lodazal.

Grité desde mi improvisada azotea para detener aquel despropósito, pero nadie pareció darse por aludido, así que me lancé hacia la mugre, con tan mala suerte que caí sobre mi tío.

Esto hizo reaccionar a la figura —que había resultado ser Isabel— quien dejó el palo a un lado para lamentarse:

—Ay diosmíodiosmíodiosmíodiosmío.

El baño caliente que nos preparó la mujer, además del delicioso olor a callos con garbanzos proveniente de la cocina, nos fue reconstituyendo poco a poco.

—¿Cómo no llamaron a la puerta?

—Isabel, mi querida Isabel... Si casi nos dejamos los nudillos en la madera.

—Pues no los oí, y mira que soy capaz de escuchar el vuelo de un mosquito desde otra habitación.

—A un mosquito, sí. Pero lo que es la aldaba... —murmuró mi tío, y ambos sonreímos.

El vinillo de la cooperativa local animó las ansias de respuesta de mi tío y lanzó al aire, otra vez, el estribillo de su canción.

—¿Qué me dices de la pregunta que te hice, sobrino?

—Mi padre me enseñó un refrán: «Más vale callar y parecer idiota, que abrir la boca y disipar toda duda». Bueno, no fue él quien me lo enseñó, en realidad.

—No guardes rencor a tu padre por su exilio forzado.

—¿Exilio? _por primera vez esa vieja palabra se asociaba a mi padre. Aquello me inquietó.

—Tú no has hablado mucho con él últimamente, ¿verdad?

—Ni últimamente ni antes.

—Si te parece nos tomamos un digestivo y te cuento algunas cosas.

Nos acomodados en los sillones franceses cerca de la chimenea de leña y su seductor crepitar.

El fuego, adorado por los hombres y venerado por los dioses... Nosotros no éramos dioses y puede que ni llegáramos a ser calificados de hombres, según quién emitiese el juicio. El uno, un muchacho rico malcriado; el otro... Bueno, el otro, mi tío Domingo.

Frente al hogar encendido me sentí cómodo, quizás feliz. Además, dejando de lado el patético resultado que, en aquel momento, podía esperar para todas mis ilusiones, mis perspectivas para esa noche eran magníficas. Lejos estaba de suponer que los acontecimientos desembocarían en algo muchísimo peor que otro desencanto sentimental.

Capítulo 11

Mi tío Domingo

Mi tío no paraba de hablar y yo intentaba vencer la somnolencia que me producía el maridaje entre el vino y su discurso. Pero las palabras mágicas que acababa de pronunciar alejaron de mí los vestigios del sueño acrecentando mi atención.

“No guardes rencor a tu padre por su exilio forzado”.

Puede que el fuego, la bebida, la confianza o quizás todo aquello junto fuera suficiente para que mi tío decidiera desvelarme ese día uno de esos interrogantes que, vetados, siempre habían estado presentes en nuestra relación.

—¿Llegaste a leer a Pedro Antonio de Alarcón y su *Diario de un testigo de la guerra de África*? —preguntó.

—Me gustó más *El Clavo* o el relato de *La comendadora*.

—A mí también me ha parecido una bazofia. ¿Qué puedes esperar de un medio cura? Propaganda triunfalista. Ha muerto más gente por los zafios discursos que por los morteros enemigos _mientras hablaba, el rictus serio se le iba marcando en el rostro y en el ligero temblor de sus ojos ausentes_. Sabes que tu padre y yo siempre hemos estado muy unidos. Incluso hicimos juntos la carrera militar durante un tiempo, en Cuba. Allí estábamos cuando lo del *Maine*. Cuánta mentira... ¿Tú sabías que en la explosión de ese acorazado murieron cerca de doscientos parias?

—¿Cómo?

—Es una larga historia. Corría el año de mil ochocientos noventa y cinco. Un cadete de apenas diecisiete años y su hermano, alférez mayor del 5º Regimiento *Infante don Alfonso*, desembarcaban en la isla de Cuba con otros dos mil quinientos hombres.

»Éramos el primer refuerzo para contener la lucha independentista que había surgido en Baire, un pueblo pequeño cercano a Santiago. Yo había llegado con mucha ilusión. No tengo muy claro, en cambio, si tu padre se embarcó por aspiraciones personales o por algo mucho más sencillo: proteger a su hermano pequeño.

»Padre había muerto un par de años antes y Julián se sentía de alguna forma responsable... Me dio mucho coraje fallarle aquella vez, fallarle siempre. Desde entonces tengo con él una deuda pendiente...

—Por eso ejerces conmigo de padre —le solté casi en un susurro.

—¿Cómo dices, sobrino?

—Que quizá —me corregí en el acto, esperando resultar convincente— actúa contigo como el padre que no ha sido para mí.

—No, no... Siempre fue un hermano, un buen hermano. Padre habría obrado de otra manera cuando Julián se enteró... Quiero decir... La verdad es que no sé como...

—¿Cuándo se enteró de qué?

Mi tío hizo una pausa, alzando la mirada al cielorraso. Después, tomando una bocanada de aire, continuó.

—Esteban Muñoz, así se llamaba aquel cadete. Teníamos aproximadamente la misma edad y los mismos gustos. Cuando los demás se marchaban de putas con los veteranos, él y yo permanecíamos por el acuartelamiento haciéndonos los remolones, y así nos conocimos... e

intimamos. Conseguimos llevarlo en secreto cerca de un año. Una noche aciaga alguien descubrió nuestro juego y se lo reveló a mi hermano. Antes de hacerme regresar a la madre patria, me tuvieron algún tiempo en el *Alfonso XII* hasta que se olvidase el asunto. A Esteban lo expulsaron del ejército y tuvo que malvivir en la isla hasta conseguir el dinero suficiente para comprar un pasaje de tercera. No lo volví a ver hasta algún tiempo después.

—¿Cómo se lo tomó mi padre?

—Por un tiempo pareció olvidarse, centrado como estaba en el progreso de su carrera militar. Lo cierto es que el general Martínez Campos lo apreciaba. El problema vino cuando a éste lo sustituyeron por el Marqués de Tenerife.

—«*El tirano*»... El general Weyler, ¿verdad?

—Sí, claro... Tu padre no se cansaba de repetir el mismo mensaje: «Lo único que conseguirá la represión es alentar la revolución popular», mientras sus hombres iban cayendo abatidos por la fiebre amarilla o los machetes rebeldes y la dinamita norteamericana. Estuvo a punto de perder el mando y casi la vida, de no ser porque al tirano, como tú lo llamas, también terminaron por relevarlo.

Unos meses antes, el cinco de marzo del noventa y seis, los intendentos militares, gracias a la labor de tu padre, acuerdan un encuentro con el rebelde Maceo, apodado "*El León de Oriente*", y le envían de intermediario a él. Se trataba de una trampa, tendida para ajusticiar al cabecilla revolucionario. No consiguieron su propósito, pues alguien le había dado aviso y consiguió huir. Muchos de nuestros soldados cayeron heridos y otros tantos no regresaron nunca.

A tu padre nadie le había avisado del engaño. Decepcionado, nunca quiso volver a participar en acto alguno y se limitó desde entonces a acatar órdenes. Fue el primer encontronazo serio con su código ético. Desde entonces no es el mismo.

—Pero, ¿de allí no vino como un héroe?

—Sí, pero lo peor estaba por llegar. Fue casi quince años después, en la campaña de África, donde de alguna forma completó su destierro. Allí otra vez se opuso a la represión cuando lo de las *minas del Rif*. ¿Recuerdas?

—Más o menos...

—La estrategia de la represión era la única que entendían los mentecatos políticos de entonces... Los kabileños, hartos de penar, atacaron un destacamento militar que protegía a los obreros del ferrocarril "*Minas del Rif*". Durante los meses siguientes, tu padre se enfrentó a los mandos permaneciendo al lado de su gente. Compartió sed, calor, frío, parásitos, hambre y el kilo de leña que debía cargar cada uno para cocinarse su propia comida. Esto le valió la admiración de los suyos y el desprecio de sus superiores. Aunque finalmente no se atrevieron, se llegó a hablar de destitución. Ahora debe estar tirándose de los pelos allá en el Viso por el descalabro al que nos está llevando tanta ineficacia política.

—¿Pero por qué pasa allí tanto tiempo? —no pude contener la pregunta.

—Bueno, allá se siente más seguro. Aquí, en el cuartel de la Misericordia, el proyecto de Primo de Rivera no está muy bien visto. Amenazan con un levantamiento. Además, los ideales monárquicos de tu padre se van transformando día a día en republicanos. La última vez que fui a verle, hará poco más de un mes, andaba enfrascado con la correspondencia que mantenía con un joven militar que escribió una novela no muy buena, pero sí muy realista sobre la campaña de África. Su título es, creo, *La barbarie organizada*, y el joven capitán se llama... Fermín Galán, si no me equivoco.

—Pero, ¿tan serio era el asunto?

—Bueno, me imagino que el nombre de Julián Córdoba es demasiado importante como para

pasar desapercibido en cualquier ámbito.

Con esta última frase la mirada de mi tío huyó de la mía. Sentí que no me decía toda la verdad, pero no quise insistir. Se me pasó por la cabeza que igual era hora de viajar hasta el Viso del Marqués, el refugio de mi padre, e intentar una charla con él.

—¿Y en el Maine? ¿Qué pasó en el Maine, tío?

—Se me había ido el santo al cielo. El Maine, sí... Los norteamericanos aseguraron que había sido un barril de vino lleno de pólvora española el que chocó contra la proa del Maine, pero no en realidad la explosión había surgido desde dentro del barco. Nos responsabilizaron para iniciar una guerra en la que se veían superiores. En las tertulias y corrillos de nuestro país se respiraba un fervor patriótico exacerbado: aquí ya nadie hablaba de los campos de reconcentrados que nosotros organizamos y que costaron la vida de miles de campesinos. Nadie lamentaba ya el horror de las fiebres amarillas y el vómito negro que segaba la vida de cientos y cientos de reclutas españoles. Aquí solo se hablaba de la guerra y del resurgir de nuestro imperio, maldita sea. Yo no sé quién movilizó todo aquello, ni a quién beneficiaba, pero una semana antes del hundimiento a mi destacamento se le encargó apoyar la investigación abierta tras la denuncia de la desaparición de varias personas en la ciudad de la Habana, casi todos ancianos, vagabundos o gente de mal vivir. La denuncia provenía de familiares, gente pobre en definitiva, por lo cual fue archivada. Es más, las autoridades de la ciudad se alegraron del golpe de suerte que había limpiado los prostíbulos de la zona, facilitándoles el acceso a los tugurios y la plena disposición de las mulatas. Casualmente, siete días después mueren más de doscientos en aquella explosión, aunque la mayor parte de los oficiales y soldados estaban de permiso emborrachándose en el puerto. La mayoría de los cadáveres no pudieron ser rescatados hasta años después y, como comprenderás, ya no permitían averiguar sus identidades.

El cuerpo de uno de aquellos infelices se enganchó en los bajos del "*Legazpi*", que junto al "*Alfonso XII*" fue de los primeros en acudir en socorro del Maine. Cuando me acerqué a él, la congoja se me agarró al estómago y allí mismo caí inconsciente. Nadie sabría que me había desmayado ante la visión de lo quedaba del cuerpo de Esteban Muñoz, aquel cadete expulsado por los nuestros.

El miedo, la rabia y la vergüenza me impidieron contárselo a nadie. Ni siquiera lo intenté con tu padre. Sólo tú conoces ahora este nuevo secreto de tu tío.

Sus silenciosas lágrimas seguían humedeciéndole las mejillas, pero yo hacía rato que simulaba estar dormido.

Capítulo 12

La fiesta

No tuve la sensación de haber dormido mucho, pero cuando abrí los ojos y pude contemplar los pequeños brazos del carillón marcando las seis de la tarde, un repentino calambre despejó mi cabeza poblada de las incoherentes imágenes de mi sueño.

Un estuche de madera lacado yacía sobre la exigua mesa de café. Un lazo rojo denotaba que podía ser el regalo de mi tío. Lo abrí. Dentro, una preciosa daga toledana, pequeña, con detalles de finísimo damasquinado mudéjar.

El tiempo me apremiaba. Metí la minúscula espada en el bolsillo del abrigo y me dispuse a organizar el tiempo que quedaba hasta la hora de partir a la fiesta de bienvenida.

Llegué con tiempo de sobra a la magnífica mansión donde se celebraba la fiesta. El bullicio de las calesas y demás carruajes se percibía desde lejos. El viejo edificio, cercano al parque de Gasset y a las vías del tren, me vigilaba desde sus tres alturas con la extraña impronta que le confería la luz del gas de las farolas.

Al pie de las escaleras debí esperar. En la entrada, algunos conocidos de mi padre irremediablemente me preguntaron por él.

—Bien, está bien, descansando en la quinta del Viso —no dejaba de repetir a uno y a otro.

Al intentar acceder al interior de la casa mi pequeño mundo casi se viene abajo: uno de los ujieres estaba recogiendo las invitaciones y yo no recordaba haber cogido la mía. Resulta difícil mantener el tipo cuando la vergüenza te invade el cuerpo. A pesar de todo, traté de disimular la zozobra, anticipando mentalmente miles de excusas inútiles para salir indemne del más que probable ridículo.

—Tú eres Joaquín, ¿verdad? —dijo una preciosa muchachita, que desde detrás del ujier se anticipó para recibirme.

Juro que hasta ese día las leyendas de hadas me resultaban inverosímiles. Sin embargo, en ese momento comprendí que me encontraba ante una de ellas. De apenas unos doce años y tres pies y medio de estatura, lucía una blanca sonrisa y unos ojos azules que me resultaron familiares desde el instante en que clavó su mirada traviesa en la mía.

—Mi hermana me comentó que vendrías, pero que no te había entregado invitación. Soy Anne Mesoneros y estamos encantados de recibirte en nuestra nueva casa.

Tardé unos segundos en digerir su nombre completo, probablemente porque era este el único dato que confirmaba su origen humano, y no el mágico que yo le atribuía.

La pequeña ninfa ejercía un extraño embrujo sobre mí, pero fue la arrebatadora presencia de su hermana mayor la que me conmovió unos segundos más tarde. Con su voz dulce, me arrastró por entre las miradas inquisitivas del resto de invitados. Me llevaba cogido de la mano, mientras mi imaginación resbalaba por su corpiño ajustado, que dejaba sus hombros al aire y que le confería cierto toque de lujuria contenida. Sus bellos pendientes con incrustaciones brillaban como polvo de estrellas dotando de un perfecto equilibrio a sus ojos claros. Lucienne estaba hecha para ser vestida de felicidades y yo, como un tonto, no era capaz de articular palabra alguna para aproximarme siquiera a su sonrisa. Su perfume me envolvió mientras me besaba en la mejilla por

segunda vez en el día.

—Menos mal que has llegado para rescatarme. Ven, tomemos un poco de ponche. Mi hermana Anne ha ayudado a prepararlo.

Se enganchó a mi brazo con decisión y me condujo a la gigantesca mesa de la sala principal, donde hacían cola, charlando amistosamente, el alcalde don Bernardo Peñuelo y otros que tan solo conocía de vista.

—Mira, Joaquín, te presento al Alcalde Bernardo, a don Sabino...

Los ilustres apellidos se mezclaron con el bullicio. Mis ansias de pasar el mayor tiempo posible con ella no me permitían retenerlos.

—Así que tú eres el hijo de Julián —comentó el alcalde con delicado esmero—. Vaya, te conocía de pequeño. Estás hecho un auténtico caballero.

Creo que, infantilmente, me sonrojé. También me quedé sin argumentos.

—Bueno, como os estaba diciendo —prosiguió el alcalde dirigiéndose a todos nosotros—, este año nos hemos propuesto reformar los antiguos paseos de Alarcos para convertirlo en el nuevo parque de Gasset y Chinchilla. Reconstruiremos “La cruz de los casados” y el año que viene levantaremos un templete para darle esplendor a la zona. Además tenemos preparado un homenaje para don José María de la Fuente, el cura de los bichos...

Mientras el político continuaba el manido parloteo, como un imbécil contemplé a Lucienne alejarse de mí, arrastrada hacia otro círculo de presentaciones vanas.

Intenté controlar mis nervios primerizos sumergiéndolos en el ponche de la pequeña Anne. Aproveché una pausa del discurso para excusarme ante el alcalde y su escaso auditorio y me escabullí en busca de algún rincón donde mi provinciana soledad se sintiera más a gusto.

Me propuse perseguir una ráfaga de aire hasta la terraza para refrescar mis ideas y dejar atrás esta fiesta organizada por las hadas, donde todos parecían desempeñar su papel a la perfección.

En el breve trayecto, entre tanta gente de alta alcurnia y bajos presupuestos, pude distinguir, al fondo, a mi primo Ernesto charlando con alguna, que en tiempos de Espartero llegara a ser doncella y ahora aspira a cortesana.

Desde atrás y en silencio, cómo no, mi primo Alfonso, sosteniendo una copa de ponche como si fuese un cáliz sagrado, me observaba escrutador.

Les saludé sin acercarme y seguí mi camino hacia la amplia terraza. Tampoco allí encontré la soledad que buscaba, pues nada más apoyarme en la balaustrada descubrí al otro lado el corpachón de mi tío Antonio Mesoneros, acompañado de un señor bajito y rubio al que no pude reconocer a pesar de que sus gestos me resultaban familiares.

Mientras me aproximaba, iba notando como la discusión se tornaba acalorada. No alcancé a entender el asunto, ya que apenas me vio, mi tío, con expresión seria, levantó la mano para saludarme e indicarle al otro un paréntesis en la pelea dialéctica. Su acompañante también se giró y las presentaciones se hicieron necesarias.

—¿Conoces a mi sobrino Joaquín? Es el hijo de Julián y Carmina —le indicó mi tío con una mueca enigmática.

—Ah... Yo conocí a tu madre. Era muy guapa —me dijo con cierta congoja.

Los ojos le brillaban, lo que me abrió un interrogante que seguramente se traslució en mi rostro.

—Soy Nicolás, el padre de Anne y Lucienne. El causante de este inevitable y tremendo jaleo que los más pelotas llaman fiesta de lujo.

Me gustó su tono desenfadado, y sonreí por dentro. Uno de los criados irrumpió en la terraza y con voz de barítono anunció el comienzo de un recital de piano.

Quise aprovechar que toda la gente comenzó a desplazarse hacia la sala principal para prolongar un momento más mi aislamiento. Dejé que el olor a humedad me invadiera mientras aspiraba una bocanada de aire fresco; recuerdo que disfruté esos instantes como el reo sus últimas horas, aun sin saber que lo serían.

Un relámpago iluminó la noche y su destello en los pequeños charcos me acongojó levemente. Algo barruntaba mi interior, y ese reflejo de luz en el agua me dejó con el alma en vilo.

Señor juez, ¿se ha fijado en que bajo la luz de la luna los charcos de agua se asemejan a la sangre? Lo más inquietante era que, esa noche, la luna, con su tono plumizo entre las lágrimas del cielo, parecía estar pidiendo a gritos un sacrificio.

Capítulo 13

Estudio de tristeza

Mi irrupción por las primeras filas para escuchar el recital me costó el desprecio de alguna que otra urraca embutida en traje negro, que a punto estuvo de utilizar en mi contra su abanico como arma arrojadiza...

—Estimados amigos, Lucienne va a deleitar a todos ustedes con el primer movimiento de la sonata para piano número catorce Claro de Luna del maestro Ludwing Van Beethoven. —presentó la pequeña ninfa a su hermana mayor, sentada ya al piano.

Lucienne interpretó varias partituras. Mi imaginación comenzó a volar: en lugar del marfil blanco y negro, era mi piel la que sus dedos acariciaban, acunándome para después danzar como una bailarina —una pequeña bailarina dentro de su caja de música—. Pero en ella todo era dulzura y alegría, sin la mirada triste de las muñecas de esas cajas.

Entre pieza y pieza mis ensoñaciones se desvanecían, pero tras el nuevo anuncio de la pequeña pregonera mi mente se dejaba llevar otra vez.

Lucienne se puso de pie entre aplausos y anunció su última pieza.

—Muchas gracias, son muy amables. Ahora, y para finalizar, voy a interpretar una obertura de Frederic Chopin. Se trata del Estudio 10 número 3, a cuatro manos. ¿Alguien del público tiene a bien acompañarme...?

Todas nuestras miradas se dirigieron lógicamente hacia la hermana menor, quien no hizo ademán de levantarse.

Cuando quise darme cuenta, tenía a mi lado a Lucienne tendiéndome la mano para lo que, según creí en aquel momento, sería un despropósito.

Los congregados aplaudieron con ganas.

—No sé tocar el piano, apenas tomé unas clases hace años... —susurré a su oído mientras me levantaba.

—No te preocupes, esto es como estar con una chica. Déjate llevar y sigue el ritmo.

Aquel comentario privado me erizó el vello y, anonadado, me senté junto a ella en el taburete, en el que apenas cabíamos. Con breves instrucciones me recordó cómo imprimir fácilmente una base rítmica sobre la que ella actuaría.

Puse todo mi empeño en no defraudar a la muchacha. Tal era mi concentración que me sorprendió la deliciosa sonrisa que franqueaba su rostro cuando, por un segundo, nuestras miradas se cruzaron. Allí estábamos los dos, sincronizados, lejos de todo y de todos. Sentí que, tal como ella había sugerido, hacíamos el amor, y le quedé perpetuamente agradecido al maestro Chopin por haber compuesto esa melodía.

Unos pocos aplausos reconocieron el esfuerzo, al menos el mío, pues a pesar de equivocarme tan solo un par de veces y reiniciar la melodía otras tantas pude salir de aquel envite con la cabeza muy alta.

—Bueno, ¿qué calificación me pones?

—Para no haber practicado mucho... un aprobado bien alto —su virtuosa mano aprisionó la mía en gesto delicado y me condujo hacia la terraza—. Ven, acompáñame. Necesito tomar algo de aire. Me encanta Chopin. En Nancy, solía participar en pequeños recitales. Mi profesora de piano

me buscaba pequeñas actuaciones en distintos centros y congregaciones...

Inesperadamente calló, y reparé en sus ojos enrojecidos por los que asomaban unas lágrimas.

—Perdona —continuó—. Tienes mucha paciencia... Algún día te aburriré con la historia de mi vida. Pero no hoy.

El aire frío de la noche nos golpeó al salir a la terraza. Quise improvisar algo que no sonara cursi, cuando noté que su mirada se desviaba hacia la verja, en la entrada del patio, donde algunos hombres que parecían discutir comenzaron de pronto a enzarzarse en un juego de embestidas más propio de una taberna barriobajera que de una mansión.

Lucienne soltó mi brazo con la misma rapidez con que unos instantes antes lo había prendido y se lanzó escaleras abajo.

Reconocí de lejos a dos de las personas que discutían: uno era mi tío y el otro, el anfitrión de la fiesta. Frente a ellos, dos criados intentaban mantener a raya a tres hombres que trataban de acceder al jardín de la casa. Entonces volvió a invadirme esa sensación extraña que me había perseguido durante todo el día: aquellos eran los tres forasteros que hostigaron mis sueños.

Con más miedo que orgullo enfilé la escalera que conducía al patio inferior, donde ya se congregaban Lucienne, su padre, mi tío y los dos criados en forcejeo desigual con los tres individuos.

Horas antes, la mirada del más pequeño de los forasteros me había parecido la mirada de un pajarillo de ojos hundidos, diminutos como dos puntas de alfileres. Mostraban una mezcla de angustia y rabia tan intensas que resultaba imposible acercarse sin un estremecimiento. En aquel patio, me vi por segunda vez obligado a bajar cobardemente la mirada ante el desafío que me planteaban esos mismos ojos.

Lucienne comenzó a hablar con su padre y mi tío, que se ofreció resignadamente a hacerse cargo de la situación. La tensión del momento se diluyó cuando Lucienne se giró, volvió a tomarme del brazo y nos alejamos de allí.

—No sabrás nada de medicina mental, ¿verdad? Esos tipos están borrachos y locos. Dicen que tienen pases, que Antonio les ha invitado.

—¿Mi tío Antonio? —contesté algo perplejo.

—Eso dicen, pero no quiero que nada ni nadie amargue nuestra fiesta.

—¿Eras feliz allí en tu país? —en esa oportunidad fui yo el que intentó sorprenderla, y su rostro me indicó que lo había logrado.

—Nunca he sabido cual era mi país —respondió tras una vacilación—. Allí nací y me crié, pero odio los nacionalismos. En casa me educaron en costumbres españolas y en la calle, la verdad, no sólo el idioma era distinto. ¿Sabes lo que es sentirte extranjera en tu propia ciudad? La felicidad es una cosa complicada... —a pesar de la confianza, defendía su intimidad, su caja de música, cual gato panza arriba—. ¿Tú eres feliz?

Su salida me tomó desprevenido. No me atreví a decirle lo que pensaba de este momento. No lo hice, y al instante me arrepentí. En lugar de revelarle mis emociones y acercarme a sus labios, estúpidamente volví a preguntar:

—¿Te sientes a gusto en este país, en esta ciudad provinciana?

—Bueno, aquí está la casa donde nació mi padre, está su gente, y ahora sus negocios.

—¿Qué piensa de esto tu madre? Ni siquiera la he visto por la fiesta.

—Ella ya no está con nosotros.

—Lo siento, no sabía que ella... Quiero decir, mi más sentido pésame.

—Ah, no, no es eso —y de nuevo volvió a resplandecer la gaviota de su sonrisa—. Eres tan dulce...

Desde luego, yo habría utilizado la palabra *patético*, pero afortunadamente no me conocía lo suficiente, y continuó:

—Pero ya te he dicho que no quiero hablar de cosas tristes esta noche.

Era evidente que en la misma melodía yo había vuelto a tocar la tecla equivocada.

—Ya habrá tiempo, aún nos quedan muchos días para charlar —dijo, para agregar con un mohín seductor—: La joven Lucienne Olivier estará encantada de que la invite un joven apuesto como usted a pasear en estos lluviosos días de noviembre.

—Antes me pareció que tu hermana mencionó otro apellido...

—Ella usa el de papá, pero no es de buena educación tratar de descubrir todos los secretos de una dama el primer día.

Me sonrojé como un adolescente sorprendido por la mirada de la muchacha que se baña en el río. Mientras, el moderno fonógrafo que escuchábamos de fondo escupía una armonía que, como todo lo bello, resultaba confusa.

—Me gusta la lluvia en noviembre, porque aún no hace mucho frío y los guantes y abrigos no te impiden sentirte cerca de la otra persona.

Como las baladas de Chopin, era capaz de pasar de la melancolía al encanto extremo en un instante.

—¿Me permite este baile señorita? —le propuse, atrevido: nunca había bailado en público.

Como a los boxeadores caídos en el cuadrilátero después de una tunda de Paulino Uzcudun, una inesperada campana vino a salvarme del bochorno. Anne, la pequeña hada, venía con toda prisa a buscar a Lucienne. Al parecer, nuevamente irrumpían en la entrada pretendiendo colarse en la fiesta.

Un atisbo de marea y muerte blanca empezó a invadirme, pero un acceso de ira me permitió controlar la situación, al menos de momento, y correr tras los pasos acelerados de las muchachas.

Capítulo 14

El beso del príncipe rana

La luz tenue que filtraban las lámparas de gas situadas cerca de la puerta principal no me dejaba percibir con claridad la fuente de mi rabia

No era el momento, sabía que no era el momento, pero habría dado lo que fuera para que al otro lado de esas verjas de forja negra estuvieran los tres forasteros: habría pagado con ellos toda la frustración acumulada desde hacía muchos años.

Mientras avanzábamos, contemplé con atrevimiento los lunares que me vigilaban desde los estilizados hombros de mi anfitriona.

—Tenemos que pasar, hemos de cumplir una misión —clamaban unas voces más allá de la puerta de hierro, que a aquellas alturas, se había convertido para mí en un lugar recurrente.

Al intentar adelantarme a Lucienne, estuve a punto de tirarla al suelo, tantas eran las ganas que les tenía a esos desgraciados que pretendían estropear la ecuación perfecta de esa noche.

A escasos metros de la entrada mi ánimo se vino abajo. Reconocí a los intrusos, y no se trataba de los forasteros. Eran dos. Uno, de estatura media, tenía una irritante voz de barítono castrado. El otro, recio y espigado, se mantenía algo más lejos, expectante. Dos figuras que a luz de gas parecían esperpénticas y que a mí me resultaron familiares: habían estado presentes en mi vida casi a diario desde que, en el descampado de atrás de mi casa, Valentín y yo nos diéramos de mamporros y guantazos al disputarnos la autoría de un tanto al tirar a la tängana. Ramón, como siempre, había puesto sentido común a la situación, intercediendo entre nosotros.

Allí estaban aquellos dos, amenazando mi tierna noche, mi ecuación vacía.

—Exigimos ver al alcalde. Sabemos que está en este ostentoso lugar, reclamamos...

—¿Pero qué hacéis aquí, desgraciaos? —interrumpí a Valentín, antes de que el mayordomo a quien increpaba perdiese la paciencia.

—Hemos venido a rescatarte, amigo. No queremos que caigas impunemente en las garras de los adinerados y menos si están pintadas y perfumadas.

El aguardiente trasforma a la gente. En el caso de Valentín, su transformación era, como siempre, demasiado obvia. A su dislocada labia la acompañaba un descaro descomunal. Las palabras se le mareaban con el olor que desprendía aquel túnel oscuro lleno de babas que era la boca de mi compadre.

—Déjate de gilipolleces. ¿Qué pretendéis? —les espeté, probablemente con más rabia y desencanto que nunca.

Entonces, acercándose hasta mí, intervino Ramón arrojándome su sentencia a la cara sin desprecio, pero con cierta arrogancia.

—Sabemos lo que significa este día para ti y hemos estado a tu lado desde que te conocemos. ¿Por qué hoy iba a ser menos?

De inmediato, un inmenso vacío se acunó en el fondo de mi alma. La asquerosa autocompasión me hurgó el pecho, mezclada con la vergüenza y la amargura, como hermanas que habitaran aquel lugar desde hacía tiempo.

Miré hacia atrás y encontré los ojos de Lucienne. Lo había oído todo y nada dijo. Un leve asentimiento con la cabeza pareció concederme el permiso para postergar nuestro encuentro.

Si hubiera sabido entonces lo que me depararía el futuro, ni el dios Eolo con toda su fuerza me habría arrancado de su lado.

—¿Qué, Príncipe Rana? Aún no conseguiste el beso de la princesa que te libere de tus hechizos, ¿eh? —Se burló Ramón, mientras los dos me tiraban de los brazos, arrastrándome hacia la calle.

En lugar de responder a la broma, hice un último intento por resistirme:

—Esperad, dejadme coger el abrigo y los guantes...

—Da igual, mañana te pasas por él y así ves de nuevo a tu princesita.

Apenas me quedaban ganas de discutir con Valentín. Tampoco intenté disuadirles de que me llevaran a alcanzar el mismo nivel étlico que ellos.

Mañana sería otro día, pensé. Podría recuperar el tiempo perdido, sacarla a pasear y aprovechar, si se daba el caso, la intimidad de un paraguas bajo la lluvia. Estúpido de mí. Sopesé que se lo debía a los que me habían acompañado desde la infancia. O quizás la musa del amor me había susurrado tan cerca del oído que un abismo de inseguridad se abrió ante mi breve paréntesis de futuro.

Lo cierto es que salimos de la mansión mis compadres y yo en búsqueda de alguna taberna que acogiera a tres almas en pena. A esas horas, casi todas las tascas del centro estaban cerradas. Paco Carrión mantenía su puerta entreabierta mientras terminaba de recoger y allí nos colamos con una simple advertencia del mesero:

—Un vino y poco más.

Entre risas y jolgorio que yo apenas compartía, la verborrea de Valentín se hacía mucho más florida y difícilmente llevadera. Allí acomodado, con el humo del tabaco formando volutas a su alrededor y embriagado de vino valdepeñero, se lanzó a contarnos algunos de sus chascarrillos populares.

—Amigo mío, esto que te voy a relatar sí es una buena historia y no lo que tú escribes en ese periodicucho.

—Valentín, por favor...

—Vale, vale, disculpa... —respondió—. Pero escúchame, escúchame y sácala en la gaceta, que ésta sí que es buena. Os acordáis de Cundo, el hermano de mi abuelo Alonso. Bueno, pues yo no he conocido en la vida un tío más guarro que él. ¡Si hasta se escondía los días de lluvia para que las gotas no le tocasen! Una noche de verano, Alonso y un amigo cogieron el carro de la familia y se escaparon de juerga a las fiestas de Valverde para cortejar a la que acabaría siendo mi abuela Pura. En el camino de vuelta debían atravesar el puesto de la guardia civil que vigila el contrabando en la salida del parque de Gasset. La juerga había sido tremenda porque se habían dedicado a beber mientras esperaban a las muchachas.

Se le veía disfrutar con la historia. Mientras narraba, distraídamente comenzó a jugar con un chisquero que había sacado de su chaqueta.

—Las chicas no aparecieron —continuó Valentín—. Los caballos que tiraban del carro eran viejos y conocían bien el camino, de modo que no les hizo falta espabilarse mucho para desandar el camino hacia la capital y continuaron la jarana en aquel carro desvencijado. Cuando el guardia civil los vio, no dudó en pararlos y examinar el carro, pensando que querían introducir alguna mercadería hurtada del sur. Al comprobar que las risas de aquellos dos no cejaban, el guardia se empeñó en revisar aún más concienzudamente. Al fin, encontró un pequeño saco atado con torpeza debajo de una de las tablas del asiento y les exigió que lo abriesen. El abuelo Alonso y su compañero de viaje seguían riéndose, así que el sargento, desafiado por sus carcajadas y ofendido por el desacato, procedió a desatar aquella cordelería e introducir su cara dentro de la pequeña

saca. Entonces se dio de bruces con las alpargatas de Cundo. Imaginaros la situación: en cuanto vieron la palidez del sargento, pensaron que se les venía encima una noche de arresto, y por fin las carcajadas cesaron. El guardia civil, con un mohín brusco, les indicó que se marchasen llevándose aquel pútrido saco.

Al volver a montar en el carro y reanudar su marcha, el silencio no duró mucho. Apenas habían avanzado, cuando oyeron un estruendo a sus espaldas. Era el guardia civil: doblado en dos y apoyando la palma de la mano en el tronco de un roble vomitaba, entre arcadas, una y otra vez. Al parecer mi abuelo Alonso y su amigo ya no pararon de reírse durante semanas. ¿Te acuerdas, Ramón, de mi abuelo?

—Sí, yo estaba con él cuando encontramos aquel cofre de monedas labrando las tierras de Aureliano, *el Cacique*.

Aquella respuesta nos dejó sin aliento. Fui yo el que se aventuró a preguntar primero.

—¿Y qué hicisteis?

—Lo que harían dos hombres pobres de espíritu y de mente. Se lo dimos al patrón. Nunca supimos nada más.

Una vez más, Ramón había conseguido, con pocas palabras, acallar nuestras conversaciones. Los tres sabíamos que no le arrancaríamos ni una sola más sobre aquella historia.

El verdadero nombre de Ramón, en realidad, es otro. Pero hasta que no le llamaron a filas, no supo que en la partida de nacimiento aparecía registrado como Augusto. Sin embargo, él era Ramón, hijo de Ramón y nieto de Ramón. ¿Por qué habría de llamarse de otra forma? Tres años prestando servicio militar entre Las Vascongadas y África no pudieron cambiarle el nombre.

Es una de esas personas que siempre impone respeto, bien por su mutismo, bien por algo oscuro que se intuye en su pasado.

En los mentideros de la ciudad, de siempre se comentó que su padre era un bebedor empedernido, de esos que no saben diluir el alcohol en sus venas y no se limitan a decir tonterías, sino que también las cometen. Pasó su vida trabajando para uno de los caciques más desgraciados de la comarca, que le llenaba las manos de callos y la cabeza de humillaciones. El padre de Ramón llegaba a casa empapado de ebriedades y afrentas, hasta que un mal día alguien se cansó de sus abusos y un navajazo en el estómago acabó con su vida.

Cuando su mujer, acompañada de otras vecinas, volvió del lavadero, se encontró con su viudedad esperándole en la entrada. Por allí no hubo nadie a quien poder inculpar. El único que estaba en la casa, asustado y escondido debajo de una mesa, era su hijo de ocho años, Ramón. Por mucho que le interrogaron, no consiguieron obtener una sola palabra del niño.

Yo jamás le he preguntado nada al respecto. Nunca lo haré: no soy juez de nadie, y si lo fuera, le absolvería.

Desde entonces, Gervasio, *el Malahostia*, alguacil casi sempiterno del Ayuntamiento, le tiene puesto el ojo. Cierto es que Ramón es de los que no se anduvo nunca con chiquitas y en más de una ocasión acabó en el calabozo por defenderse de alguno que le mencionó al padre.

—Bueno, bueno, esta magnífica noche no puede acabar así —Valentín retomó el espíritu alegre—. No, no y no, definitivamente la noche no puede acabar así. ¿Sabéis dónde nos vamos?

—No, por favor, esta noche no —supliqué.

Desde hacía algún tiempo habíamos adoptado una costumbre que no me gustaba nada, pero oponerme me habría puesto en la mira de mi gente y su mala leche. Aunque por algunos hechos de mi pasado ya acusaban mi poca determinación, no me apetecía que aprovecharan también este tema.

—¡Sí, sí y sí! Esta noche no pueden faltar las mujeres. Caminemos, pues, hacia los lupanares

de la calle La Palma. Hay cientos de hembras... Qué digo cientos: miles, millones... esperando para sacarnos todo el calostro del cuerpo.

Mientras nos alejábamos de la taberna, no podía quitarme de la cabeza una sensación que me había acompañado durante todo el día: la de tener unos ojos clavados en la nuca.

Capítulo 15

La calle de La Palma

En esta calle se encuentra uno de los lugares más frecuentados de la burguesía de la ciudad: la casa de chicas de doña Rosita, una andaluza cincuentona que, después de enviudar, decidió aprovechar su vivienda y su cuerpo aún lozano para reclamarle al mundo el derecho a hacer lo que le diera la gana.

Allí acogía a muchachas venidas de los pueblos, que acudían a la capital para ganarse un futuro huyendo de abusos paternos o de humillaciones en los campos de labranza.

Doña Rosita seleccionaba muy bien a las muchachas, y aquellas que escondían otros motivos o que a su juicio no eran buena gente, no pasaban el filtro. Por eso, y por las exquisiteces que escondía entre sus caderas, nunca tuvo ningún problema con los alguaciles ni serenos. Algunos de ellos, incluso, antes de regresar a su casa, se pasaban por la de doña Rosita para cumplir dos horas más de un servicio no tan público.

Ella, hastiada del batallar diario con cuerpos indeseados, se reservaba para sus clientes especiales. Decían que por allí habían pasado grandes nombres para cumplir con el ritual de ganas y palanganas.

Algo menos de un año llevábamos atravesando, al principio con vergüenza, luego con soltura, las cortinas rojas que separaban los hogares respetables de aquel monótono desfile de hembras aburridas. Sobre todo cuando el bolsillo de Valentín rezumaba algún sobrante, casi siempre de procedencia desconocida. Ramón se quedaba en la calle, esperando. Daba igual que hiciera frío o calor: él nunca entraba.

Esta vez, además, tenía motivo: justo cuando doblábamos la esquina, percibimos una figura que al vernos se quedó parada a mitad de la calle y de inmediato giró, enfilando apresuradamente hacia la Plaza San Francisco. La luz a sus espaldas apenas nos dejó adivinar una silueta ancha y una capa amplia, que no alcanzaba para identificarlo. Su descarada escabullida desafiaba el hastío que le aguardaba a nuestro compadre, y Ramón se lanzó a seguirlo en la distancia.

La recargada lámpara de araña nos dio la bienvenida a Valentín y a mí, y también al tufo a mugre y sudor que impregnaba nuestras camisas. Dentro de la casa, algunas de las muchachas más jóvenes exponían su deliciosa mercancía a los ojos del aturdido comprador. Sus corsés de hueso de ballena apenas ocultaban aureolas perfectas y piernas infinitas, curvas de piel blanca y lunares indiscretos, todo lo que la naturaleza les había otorgado y las costumbres victorianas se empeñaban en ocultar.

Valentín jamás les había dirigido ni una sola mirada. Como un autómatas de los que pueblan las ferias de agosto, buscaba siempre a Marga y Begoña, las dos veteranas del local, quienes con sus carnes aún prietas y su buen hacer emborrachaban de zalamerías los sentidos de mi amigo. Él se dejaba querer, aunque le costara sus buenos reales ganados como aparcerero, peón de albañil o cualquier juego oscuro de Lucendo, el comunero.

Aunque la antigüedad de los clientes solía conferir derechos que las chicas respetaban, aquella triste noche ni Marga ni Begoña parecían estar disponibles. Nos tocó esperar en aquel ancho salón de luces color amapola.

Esa vez una nueva muchacha se iniciaba en casa Rosita: una soberbia moza de buenas hechuras

y honesto relleno, que desconocía las rutinas de Valentín, por lo que le espetó una pregunta con atrevido desparpajo rural.

—¿Qué, machote, vas a ser tú quien me robe la virginidad esta noche?

Todos sonreímos ante su inocencia, menos mi compadre, que apenas la miró. Acto seguido la apartó de un empujón.

—Éste está con Begoña, y el otro espera a la Fátima —le explicó otra chica, señalándonos con un movimiento del mentón, los labios curvados hacia abajo.

—Ea, pues yo soy Feli. «Feli» de Felicidad, y estoy esperando al príncipe azul que me saque de esta pena de vida mía.

—Feli de Felisa —replicó otra de las tres que aún se paseaban por el salón.

Valentín y yo, atrincherados entre dos frentes, contemplamos el fuego cruzado de miradas que parecían balas.

Las otras eran expertas y Felisa se replegó hacia el gramófono que intentaba ambientar el lugar escupiendo por su oscura caracola una especie de tango. La letra y la melodía conjugaban perfectamente con mi estado de ánimo.

*Te juro que no estoy triste.
Por cada copa de más, tengo una pena de menos...
Me miran tus ojos grises,
el viento juega en el suelo
y me acaricia la cara
todo el oro de tu pelo.
Tu boca que ya no ríe
está riendo otra vez
y vuelve todo el pasado
que nunca podrá volver...*

Un tango a golpe de bandoneón de Francisco Canaro, cómo no.

—Ésta no me gusta —dijo Felisa, y apagando la gramola empezó a entonar una de esas canciones que intuyes fue escrita para que tú la escuchases en este preciso instante y en este impreciso lugar.

El cincel del Creador no había sido hábil ni con el cuerpo ni con la cara de aquella muchacha pero con su voz echó el resto.

El bolero no pareció agradar al personal tanto como a mí y con un mohín de arrogancia le dieron la espalda a la muchacha. No le pronostiqué mucho tiempo en aquel sitio. Pensé que seguramente no la encontraríamos allí la próxima vez.

A Fátima sí, porque ella viene de lejos y no tiene otro agujero donde meterse. Probablemente no sea la joven más linda del mundo, tampoco la más simpática, ni siquiera la más parlanchina, pero conoce mi secreto. Los dos entramos al mismo tiempo en aquella casa por primera vez.

A ella le gustaban los tangos porque le recordaban a los fados de la tierra donde se crió, parecidos a los cantos de sirena que atrapaban a los navegantes en alta mar. Era de origen árabe o sefardí. No estoy seguro, porque no hablamos demasiado cuando estamos juntos. En general, yo hablo y ella asiente.

Aquella primera vez me puse tan nervioso que apenas mantuve la boca cerrada. Le conté mi vida y mis angustias y ella me lo agradeció con su peculiar sonrisa. Su precioso rostro a la altura de los labios está partido en dos. Nunca le pregunté cómo ocurrió.

Hace tiempo, pude escuchar en una conversación robada a doña Rosita que Fátima huía de su familia y de un compromiso roto. Ese primer día le acaricié la boca con dulzura, con toda la suavidad que permitían mis toscos dedos, y sus lágrimas se deslizaron por el rostro, esquivando aquel labio deforme.

Yo la encontraba hermosa: morena de piel oliva y pelo lacio, no muy alta, con unos pechos enormes, de aureolas casi negras y discretos pezones.

Lo intentamos muchas veces, pero, al menos hasta esa noche, nunca lo había conseguido. Su cuerpo sobre mi piel, las caricias eternas y esos labios ávidos hacían que mi virilidad se derramase, arrancando de ella apenas una sonrisa confundida y depositando en mí cierta zozobra que no pensaba arrastrar esa noche.

Aquella vez iba decidido a que no me pasara lo de siempre. Esa noche era especial: ella aflojaría el nudo de mi angustia. Pero para eso había que esperar, y mi compadre Valentín estaba perdiendo la poca paciencia que le había prestado el santo Job.

Ramón y yo siempre hemos temido sus arranques cuando el alcohol le nublaba las entendederas. En más de una ocasión le hemos visto pagar su descontento con el primer animal callejero que se nos ha cruzado. Lo llama como para acercarle algo de comida, y cuando el animal se confía, lanza una patada que podría reventar las entrañas del pobre bicho. Este comportamiento y sus extraños tejemanejes con Lucendo, el comunero, le han costado más de una noche en los calabozos municipales.

Encerrado en el salón, sudaba a pesar del frío. Sus idas y venidas, que habían empezado por aburrir a las chicas, ya estaban desquiciándolas.

—¿Y a quién has dicho que estabas esperando tú? —me preguntó la muchacha del bolero que hacía rato había dejado de cantar.

Cuando quise responder, una de las muchachas se me adelantó:

—Pos no t'emos dicho que a la Fátima.

—Ea, pues si tú eres tan lista, habrás notao, como he visto yo con estos ojitos que Dios me ha dao, que el gordo que estaba con ella ha salido flechao antes de que estos llegaran. Así que, machote, si quieres, nos tienes a las dos para servirle a usted y a quien haga falta.

Apenas escuché las últimas palabras. La idea de Fátima junto al gordo Balboa me asqueó.

—¿Te pasa algo muchacho? —me preguntó una, con tono preocupado, al tiempo que comenzaba a sentirme mal.

—No, nada. Necesito un vaso de agua.

—Aquí en la bandeja hay de todo, menos agua —me indicó Felisa— Ea, ven conmigo a buscarla a la despensa. Además, está oscuro: allí nadie nos verá —y me agarró el brazo arrastrándome hasta el final del pasillo.

En la despensa, me sirvió un vaso de agua sin intentar nada más. Aunque lo hubiera hecho, difícilmente hubiera podido obtener algo de mí. Fátima y el gordo Balboa...

Él y yo éramos sus dos únicos clientes habituales.

Balboa trabaja como contable en el Ayuntamiento y aunque no dispone de un salario holgado vive como si lo ganara. Amparado en su condición de poderoso, sus desplantes son habituales. Además, volvió de la campaña de África arrastrando la fama de ser la reencarnación del mismísimo Lucifer. Evita encontrarse con nosotros en lugares públicos: sabe que le tenemos ganas, sobre todo desde la última vez que estuvo con Fátima.

El gordo Balboa es de los que disfrutan de golpear a las mujeres.

Me apetecía que probara su propia medicina, pero aún no había tenido oportunidad de dársela.

—Esas zorras nunca me van a aceptar. Ojalá algún día encuentre un caballero como tú.

La muchacha me desconcertó. En esos momentos estaba demasiado ebrio como para entenderla. Ni lo intenté: metí la cara entre las manos, hasta que oí la voz de doña Rosita, tras la cortina manchega de la alacena.

—Quédate ahí, mi niña. No salgas, que voy a por un trozo de venda. Ahora le digo a alguna de las chicas que si preguntan por ti no est...—se cortó en seco al descorrer la tela y toparse con mi rostro.

Intentó girarse y volver a la habitación de la que seguramente habría salido, pero la seguí y la agarré antes de que cerrase la puerta.

—No entres, muchacho. No es asunto tuyo —me gritó.

—Déjeme pasar, doña Rosita. Por su padre, déjeme pasar.

—Ella no es nada tuyo. Déjalo en mis manos —continuó gritando.

—¿Qué sucede, Joaquín?

Era Valentín, apareciendo entre las muchachas que se habían arremolinado en el pasillo.

Aproveché el momento para apartar a la vieja celestina de la puerta. La abrí de un tirón y allí estaba ella, casi desnuda, con el torso sobresaliendo de su enagua rasgada y el corpiño destrozado. Se cubría la mitad derecha del rostro con la sábana, que la sangre había comenzado a teñir.

Hice acopio de fuerzas. No me invadió la marea blanca: me quedé como ausente, pero conservé la consciencia.

Había llegado el momento: ese era el día en que bolero y fado iban a transformarse en tango.

Capítulo 16

Marea blanca definitiva

Hacia rato que había dejado de llover. Las irregularidades del adoquinado se habían llenado de charcos que reflejaban a intervalos nuestros rostros tensos.

La distancia entre la calle La Palma y la vivienda del gordo al otro lado de la vía se nos hacía eterna. Valentín conocía su casa: hacía algún tiempo había realizado algunas reformas en el patio.

A Ramón no había hecho falta explicarle nada. Había oído los gritos y visto nuestros semblantes. Lo había entendido casi todo.

---Se ha ido hacia su casa —anunció.

El caminar era ligero y el ánimo, sombrío. Ninguno había hablado de los pasos siguientes, pero todos teníamos claro lo que queríamos.

El gordo Balboa iba a ser el desgraciado que mi rabia llevaba buscando durante las últimas horas. O tal vez su propia desgracia era la que lo había cruzado en nuestro camino esa noche.

El eco de nuestros tacones golpeando el suelo resonaba en el silencio. Podía oír nuestra respiración acelerada y percibir el miedo y la candela en mis entrañas.

El caso es que, escondiéndonos de los serenos, dejamos atrás la calle La Palma, atravesamos la muralla próxima a la puerta Ciruela por una grieta y nos aprestamos a cruzar la vía, cerca de una de las casetas de los guardagujas, que con la luz encendida estaría haciendo tiempo en su guardia nocturna.

A lo lejos veía la casa de Lucienne iluminada por completo.

Mis manos apretaban con rabia el cuello imaginario del gordo Balboa. Incluso creí notar su sangre manchándome las palmas. Sin detenerme, las miré: estaba clavándome las uñas en la carne.

Tuvimos que parar y tomar resuello, pues el corazón quería anticiparse a nuestro camino y el alma rezagarse por la incertidumbre que adivinaba.

—Vive con su madre —jadeó Valentín. Este verano, el muy hijo de puta nos trató a Lucendo y a mí como a mierda de caballo. Apenas nos pagó unas perras gordas por dejarnos ahí el pellejo. Conozco un sitio por donde pasaremos a su dormitorio sin que nadie nos vea.

Ramón y yo asentimos.

—Su casa tiene dos patios traseros, contiguos a varias cuadras —continuó—. El segundo es el que nos mandó rehacer. Tiene una puerta grande de buena madera, normalmente cerrada. Su madre guarda las llaves.

—Entonces, ¿cómo vamos a entrar?

—El murete no es muy alto. Lo podemos saltar. Para subir luego al tejadillo que da al dormitorio del gordo, utilizaremos un carro que siempre dejan allí. El resto... será cuestión de pensarlo sobre el terreno.

—Sí, ese cabrón se merece al menos un buen susto —apostilló Ramón—. Venga, vamos.

Detrás de la casa todo era campo. La vía del ferrocarril serpenteaba a no mucha distancia.

El primero en escalar el muro de adobe y piedra fue Valentín: era el que menos pesaba y quien conocía el camino. Después Ramón me ayudó a trepar y, una vez encaramados, entre los dos lo ayudamos a él.

Por segunda vez en un mismo día me encontraba traspasando furtivamente unas lindes. Parecía

demasiado para una sola reputación, pero la primera no contaba: se trataba de mi propia casa. Ahora, en cambio, nada presagiaba un final divertido.

Superar el siguiente obstáculo iba a ser algo más difícil, o al menos más ruidoso: el carro efectivamente estaba allí, pero habría que moverlo hasta la otra pared.

—Si el ruido lo alerta, nos lo encontraremos aquí. Tampoco nos vendría mal —susurró Valentín.

Comencé a imaginarme los titulares de la noticia que yo mismo me ofrecería a redactar.

Estábamos tentando al destino y yo parecía haber agotado mi dosis de suerte, así que confié en la de mis compadres: con ellos, la vida tenía más de una deuda pendiente.

El silencio de la noche se nos antojaba inoportuno para mover el pesado carruaje. Aun así, arrimamos hombro con hombro y emprendimos la tarea. Aquel carro devolvía los servicios a su señor de la mejor forma posible para esos momentos, quejándose del desplazamiento con estruendosos gritos de su madera vieja. Ninguno de nosotros había creído que armase tanto ruido, y quedamos paralizados.

De pronto se encendió un candil en una de las ventanas de la planta de arriba. El portillo se abrió cautelosamente y dejó traslucir la silueta de una vieja que intentaba alumbrar las sombras.

—¿Quién anda ahí?... Ignacio ¿eres tú?

Apenas respiramos, pegados al muro de la cuadra. Esperábamos al gordo, pero parecía que por cobardía o embriaguez aquel desgraciado no daría la cara.

Aguantamos un rato y tanto la ventana como la luz se dejaron envolver por la tranquilidad de la noche. Por mi cabeza cruzó la idea del aplazamiento. Ramón, con su precisión característica, aportó una nueva alternativa.

—Hay que humedecer los ejes.

—Pues tú dirás, pero aquí no hay ningún pozo —le susurré.

—Si mojamos los ejes, la madera no crujiará —insistió.

—¿Y con qué, si no tenemos agua?

—A mí se me ocurre una manera... —dijo Ramón, y se echó mano a la pernera del pantalón.

Allí, uno tras otro, fuimos meando sobre el traicionero carro.

A la luz de la luna parecíamos tres amigos a punto de saltar la alambrada para pegarle unos capotazos al novillo más alejado de la dehesa. En esta ocasión, el toro que amenazaba en los chiqueros prometía ser bravo.

Como casi siempre, a mi compadre no le faltaba razón: movimos el carro y, esta vez, apenas hizo un amago de quejido. Luego, los tres nos miramos en silencio y nos encaramamos uno a uno sobre nuestro último obstáculo. Primero Valentín; lo seguí yo, a unos tres cuerpos de distancia, y, por último, guardándonos la espalda, Ramón.

Había que recorrer el tejadillo de las letrinas hasta alcanzar la pequeña ventana del dormitorio del gordo. Era con mucho la parte más peligrosa por la inestabilidad y lo resbaladizo del tejado: unos pocos pasos, pero los suficientes para un mal tropezón.

A uno de los lados, un patio vacío; al otro, el segundo patio de los Balboa, sin nada que amortiguasen una posible caída. Ahora sí que no había vuelta atrás: habíamos cruzado el punto de no retorno, como el novio en el altar.

De repente un estruendo espantoso agigantó la negrura de la noche y apretó en un puño nuestras gargantas. El traqueteo del tren era un sonido esperable en aquel sitio, pero el silbato estridente y el chirriar de los frenos del mercancías nos sobresaltaron de tal modo que hubiera sido imposible evitar que nos descubrieran. Las luces de las casas contiguas empezaron a encenderse.

Valentín se movió con presteza y Ramón me alcanzó en pocos pasos, pero yo seguía inmóvil.

Por las calles paralelas empezaron a oírse, cada vez más fuerte, pisadas rápidas, voces — seguramente los serenos, que acudían corriendo— y la ventana de la casa terminó iluminándose.

Mis piernas parecían selladas al maltrecho tejadillo y el pánico me impedía atender a las palabras tranquilizadoras de Ramón.

Entiéndalo, señor juez, nosotros no queríamos causar daño a nadie. O sí, pero sólo a ese canalla malnacido, y simplemente para hacer justicia, lo mismo que busca usted. Por eso, cuando aquella anciana abrió la ventana y se puso a llamar a los serenos, mi cabeza empezó a nublarse. Apenas me di cuenta de que Valentín se dejaba caer por uno de los laterales del tejado y Ramón me sobrepasaba a duras penas para intentar lo mismo.

Mis ojos se cerraban y me desvanecía. Probablemente los gritos, las órdenes, los silbatazos se volvían más y más cercanos, pero no me importó: el sopor me invadía. Un instante después todo era blanco y yo podía volar.

Apenas un segundo antes de desmayarme conseguí abrir los ojos y vi que una mano me sostenía sin permitirme flotar. Era Ramón que, tendido a lo largo de las tejas, aferraba mi muñeca para impedir que cayese al vacío.

Ramón, como siempre Ramón. ¿Quién otro iba a ser?

Como ve, señor juez, le pido compasión. Fuimos a causar problemas y sólo nos hicimos daño a nosotros mismos.

Intentamos joder y acabamos jodidos, bien jodidos.

Tercera parte

Primera persona del pretérito anterior: verbo amar

Capítulo 17

Pocas esperanzas

23 de Noviembre de 1925

Poco a poco recupero los recuerdos, los detalles de mi pasado reciente. Ahora he de activar el ánimo insensato para luchar contra todo y contra todos.

—Ya tienes otra cara, hombre —me dice don Armando mientras intento ubicarme de nuevo en la realidad del comedor de los desamparados al que vine a parar, escoltado por mi infatigable compañero de trabajo.

—Sí, ya me encuentro algo mejor —respondo, aunque no sea del todo cierto.

Resulta curioso cómo un pequeño detalle puede cambiar tu estado de ánimo y la disposición para actuar ante un hecho concreto, incluso el devenir de los acontecimientos. Me lo recuerda este desfile de muchachos, casi niños, enrolados a tercios, con su cara de circunstancias camino de Alhucemas, ahora que los veo pasar por estas calles húmedas y desamparadas. Algunos entran al comedor orgullosos y altivos; yo, cabizbajo como un toro manso. Yo no elegí el destino de mi cigüeña, pero si algún día recibiera el desprecio de estos jóvenes lo aceptaría como el diezmo que he de pagar por no compartir sus desdichas.

Este discurrir y lo poco que va cayendo en mi estómago cerrado desde hace un par de jornadas van ejerciendo sobre mi maltrecho cuerpo un efecto de laxitud.

—Esta pócima de las monjitas tiene algo milagroso. Ya ves muchacho, de vez en cuando vengo por aquí y, a cambio de sus prebendas, les entretengo con mis historias. No me enorgullezco de ello, pero tampoco es para avergonzarse.

Sus palabras me arañan la vanidad como un cachorrito y hacen que me mantenga abatido. Inmiscuido en mis propias miserias, ya no miro alrededor: tengo suficiente dosis con las mías propias.

—Bueno, muchacho, aquí me tienes, por si te puedo ayudar.

—Nosotros no fuimos, don Armando. Es cierto que no pasé todo el tiempo con ellos, pero sé que no lo hicieron.

—Nunca he pensado lo contrario —dijo mi compañero y sonrió con tristeza, contagiándome el gesto.

—Fui a la fiesta y lo pasé en grande. Uno de los mejores momentos de mi vida...

—No tienes necesidad de contármelo, si no quieres.

—No, no, necesito desahogarme. Antes de que acabara, vinieron a buscarme mis amigos y luego... Luego Valentín insistió y nos pasamos por la calle La Palma, por Casa Rosita. Allí esperamos. Y cuando vimos a Fátima, una de las muchachas, con la cara ensangrentada... Me volví loco y propuse ir a buscar al gordo Balboa. Le queríamos dar un buen susto. Cuando estábamos a punto de entrar a su casa, un ruido despertó a su madre y se puso a gritar... El sonido venía de las vías del ferrocarril. Apenas recuerdo mucho más. Me mareé. Por lo visto, he estado un par de días inconsciente...

—Arrollaron a un muchacho.

—¿Cómo dice?

—Sí, el sonido que oíste seguramente fue el del mercancías, que se llevó por delante a un muchacho, un forastero. Parece que no estaba muy bien de la cabeza; quedó parado delante de la vía y ni el guardagujas ni los maquinistas pudieron hacer nada. Una noche horrible, en verdad. La de la guadaña viene lo imprescindible por aquí, pero esa noche trabajó a destajo.

—Ahora tengo un nudo permanente en el pecho que no me deja vivir. Ramón encarcelado y Valentín prófugo. Hay preguntas que me niego a responder. Si al menos pudiera hacer algo para ayudar a mis amigos. Me siento tan culpable y tan inútil.

—Lo cierto es que el que lo hizo destruyó una familia y... Nadie se merece lo que le pasó a aquella muchacha. A tu amigo, los serenos y guardias le dieron una buena paliza. Casi lo matan. A saber lo que harán con él allí dentro.

—Pero... ¿por qué no huyó él también?

—Cuando te desmayaste estabas a punto de caer desde el tejado. Él se quedó sujetándote para que no te desplomaras al vacío. Ahora que lo pienso... Pasó una noche en el hospital, y me parece que está esperando juicio en la cárcel de los juzgados. ¿Te gustaría verle?

Desde que conocí a don Armando, he prestado escasa atención a sus fantasías. Sus viajes continuos por el mundo, sus contactos políticos y con la monarquía, su filiación familiar con Napoleón... Pero, en este caso, mi esperanza pide hacer una excepción, y mi corazón le apoya en la demanda.

—No pongas esa cara, hombre. Te he contado alguna vez que yo me crié en la cárcel, aunque a lo que había entonces apenas se le pudiera llamar así. Mis abuelos fueron de los primeros civiles que entraron allí a trabajar en el año cincuenta y dos. Mi abuela era la cocinera y allí nacimos mi hermano Eulalio, que en paz descanse, y yo. Recuerdo que no nos dejaban acercarnos al barracón de los presos, pero desde una de las ventanas de lo que entonces ejercía de cuartel nos asomábamos cada vez que llegaba una remesa de hombres. De entonces, recuerdo la cara de un hombretón robusto no muy alto, serio, con muchas cicatrices en los brazos, que se me quedó mirando desde la distancia. Se llamaba Francisco Ríos González. *El Pernales* le decían. Le dieron muerte en la sierra de Alcaraz tras fugarse unas cuantas veces, de camino a Valencia para reencontrarse con su compañera embarazada... Bueno, pero todo eso ya te lo contaré otro día. Estarás impaciente por salir de aquí. Vamos a ver si alguno de los amigos que conservo nos puede echar una mano.

Capítulo 18

La cárcel

El amanecer y la densa niebla que emergen de forma siniestra sobre la muralla resquebrajada le dan a la ciudad ese aspecto fantasmal que debió poseer cuando la compartían judíos, árabes y cristianos.

Extramuros se encuentra el cementerio moderno, alzado sobre un desnivel del terreno al que, asustada, no llega la niebla. Dicen que en las inmediaciones ejecutaba la Inquisición a los pobres desgraciados que caían en sus manos. Hace tres noches, entre barro y humillación, a una muchacha le arrebataron aquí la vida.

El paisaje que dejó el amanecer me resulta desolador. No he querido volver a casa para evitar las más que probables disculpas de mi tío. La noche descorazonadora me ha vuelto a llenar de rabia y sólo las brumas del amanecer, curiosamente, han conseguido aclarar mi pensamiento. En mi mente no paran de resonar aquellas últimas palabras del juez Calatayud: “Buscar pruebas”. Ahora espero impaciente que la luz de la mañana me deje ver más allá de mis pasos.

Anoche, gracias a don Armando, pude acceder al nicho tuberculoso donde tienen cautivo a Ramón.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté.

—De momento... vivo —contestó Ramón con voz cavernosa desde su camastro, al fondo de la celda.

—Lo siento.

—No tienes nada que sentir. La amistad es como el matrimonio, hasta la muerte.

—Perdí el conocimiento y no recuerdo mucho. Mi tío intentó aislarme... No pude venir antes.

—Justificarse es de perdedores. Además tampoco te hubieran dejado pasar. ¿Cómo lo has conseguido?

—Gracias a don Armando. Ahora sólo puedo quedarme un rato. Quizás otro día.

—Eso, quizá otro día...

—Acabamos jodidos ¿verdad?

Hizo una significativa pausa, y finalmente sentenció:

—Hemos tenido mala suerte y salimos mal parados. Sólo eso.

—Es cierto.

—A Valentín todavía no lo agarraron...

—No. Conociéndolo, ése se ha echado a la sierra o lo estará ocultando el Lucendo en alguna choza escondida.

—No lo creo.

—¿Pues...?

—Esta mañana trajeron aquí a Lucendo. Le dieron un buen repaso. No han debido sacarle nada. Ahora no sé dónde está.

—Todo va a salir bien, Ramón. No te preocupes.

—¿Por qué? ¿Acaso me vas a sacar de aquí?

Por primera vez en toda la conversación pude percibir el tono desesperado de su voz. El hombre de hielo se derretía poco a poco.

—Al menos voy a intentarlo con toda mi fuerza.

Ramón se abalanzó hacia los barrotos de forja antigua y atrapó mi mano entre sus dedos hinchados por los golpes. Entonces vi su rostro lleno de moratones y costras sanguinolentas.

—Sácame de aquí, Joaquín... Sácame de aquí.

Los hombres no deben llorar. No al menos delante de los amigos que no saben cómo ayudarles, sintiéndose culpables por ello. De lo contrario, esa imagen difícilmente se olvida. El llanto de Ramón se me enquistó en la memoria, y ni siquiera al vomitar, cuando salí de allí, pude arrojarlo fuera.

“Buscar pruebas”.

Las brumas de la mañana me devuelven el eco muerto de las palabras del juez, mientras camino hacia el lugar de la tragedia.

No me encuentro lejos. En esta ciudad, nada se encuentra lejos. La descascarada muralla y la vía del ferrocarril me sirven de guía entre la niebla. Bastará con evitar las casuchas dispersas, algunas de cuyas puertas y ventanas son simples maderas viejas, mal unidas con clavos. De fondo se oye el llanto de un niño.

Noto el frío de la mañana y apresuro el paso, mientras me subo el cuello de la chaqueta. Echo de menos el gabán, encadenado en mi memoria al recuerdo de Lucienne. No quiero pensar en ella, sino centrarme en lo que he de hacer, así que lucho contra su recuerdo. Sin embargo, me vence, cómo no, al llegar al sitio de su muerte.

Me acerco con cautela y compruebo que no hay nadie: el último guardia que custodiaba la zona desapareció probablemente en cuanto el juez ordenó que trasladaran el cuerpo a la morgue.

Hay huellas de pisadas por todos lados. Encuentro restos de sangre seca cerca del paseo empedrado que bordea el barrio de viviendas ostentosas, triste antítesis de las chabolas de la muralla. El frío seco que ha hecho en los últimos días se ha convertido en aliado. El cielo no volvió a llorar desde aquella noche y el aire frío, unido al sol dictador que despeja las nubes bajas, ha hecho el resto. Pero aun así no sé qué buscar. No sé siquiera dónde mirar. Imaginar lo que aquí pudo suceder hace que me tambalee, y necesito algo donde apoyarme.

Un flujo caliente se abre hueco por mis entrañas buscando una salida apresurada. Me alejo unos pasos, pero no soy capaz de continuar: mi cuerpo me chantajea con encontrar un apoyo o venirse abajo. Vomito apenas alcanzo la primera encina.

Me queda un sabor agrio en la garganta y la vista se me nubla peligrosamente, pero no parece que vaya a volver la marea blanca.

Cuando intento incorporarme, apoyándome en el borde de una oquedad del árbol, noto algo blando bajo mi mano. Al sacarla, veo en ella lo que parecen restos secos de hojas color marrón. Los huelo: no son excrementos.

Mecánicamente vuelvo a meter la mano en el agujero y extraigo algo que excita aun más mi curiosidad: varios cigarrillos habanos apenas consumidos.

Yo he visto este tipo de tabaco antes, en algún sitio. A pesar del mareo, esto me pone en alerta.

—¿Se encuentra bien?

Un hombre de uniforme raído y poblado bigote me contempla con aire inquisitorial.

—Estoy... Estoy bien, sólo paseaba —respondo mientras intento recomponerme.

—A estas horas y por aquí... Ande, láruese, si no quiere que llame a los civiles.

—No, por Dios _me doy cuenta del riesgo y rectifico—. Trabajo en *La Gaceta*, el periódico... Soy periodista.

—Ah, y ha venido por lo de la muchacha. Pues ocurrió ahí un poco más adelante de donde está usted. Yo estaba esa noche en la garita.

El comentario despeja mi malestar. Quizás pueda obtener por fin algo de información.

—Bueno, nosotros estamos buscando a alguien que conozca toda la verdad para hacerle una entrevista.

El guardagujas aún mantiene las distancias, pero puedo ver que se yergue y coloca sus manos en la cintura.

—La pagaríamos bien —agrego de prisa, y noto que estira el cuello y ladea la cabeza.

—Pues sepa usted que no es cierto todo lo que comentan por ahí... ¿Y cuánto dice usted que me pagarían?

—El dinero no es problema. Eso lo podemos hablar luego. ¿Qué es lo que no es verdad?

—Pues eso de que el hijo del militar y sus dos amigos lo hicieron, lo dudo mucho. P'a mí que esos no fueron. Yo vi otra cosa.

—A ver, cuénteme eso. Le aseguro que no se arrepentirá.

—Si quiere vamos a la garita y le preparo alguna cosa para tomar. A esta hora hay poco movimiento. Yo iba a buscar yesca para calentar el puchero.

—Se lo agradezco, pero no tengo yo el cuerpo de puchero. Casi prefiero que me vaya contando todo en cada uno de los escenarios reales —metido de lleno en el papel, elijo palabras que den impresión de profesionalidad. Si el guardagujas de uniforme raído no duda de mí, será más fácil que hable.

—Como le iba diciendo, ese día mi santa había preparado una de esas comidas que no se las salta un caballo. Y, claro, uno ya no tiene veinte años. Me cuesta digerir, así que tuve que ir fuera de la garita... Pero esto no vaya a contarlo en su periódico que me puede buscar la ruina. El caso es que al salir oí ruidos y vi a tres individuos que salían corriendo vía arriba. Me acerqué aquí con el farolillo y... Bueno, ya sabe usted lo que me encontré. La muchacha estaba prácticamente en cueros y, la verdad, no sabría decirle si era guapa o fea porque tenía la cabeza abierta y sangre por toda la cara. A su lado había una piedra grande, también manchada de sangre. La golpearon con eso o con una garrota, porque para abrirle la cabeza a alguien hace falta algo así, ¿no cree usted?... ¿Le pasa algo?

—Nada serio. Ya le he dicho que no me encuentro muy bien... —comienzo a improvisar, pero el guardagujas parece menos pendiente de mi respuesta que del dinero prometido.

—Ya... Bueno, como le contaba... Fíjese —y señala el árbol donde he vomitado—, allí ve los restos de sangre. Y mire por aquí, mire la cantidad de huellas que se ven todavía. Casi todas van hacia las vías del ferrocarril. ¿Se acuerda usted del hombre que arrolló el tren esa misma noche? Pues yo juraría que iba con ellos. Sí, es verdad, estaba oscuro y todo eso, pero de los tres que vi uno era muy alto, y fíjese en las huellas: esa de ahí es muy grande. Pues yo creo que era del muchacho aquel que se llevó por delante *La Paloma*. Además, por su manera torpe de correr me había parecido un poco lelo. Ya sabe... Con las piernas muy abiertas, lento, desmañado... Venga conmigo y le enseñaré dónde ocurrió, así lo podrá contar con pelos y señales en su diario. Venga, venga por aquí.

Una sospecha comienza a cobrar forma en mi cabeza, aunque no tengo tiempo para analizarla en detalle.

—Ya soy algo viejo, pero sigo teniendo la misma curiosidad que de chiquillo —agrega, mientras caminamos hacia un montículo—. Mi mujer dice que eso terminará por matarme, como al gato del dicho. Me nombrará en su diario, ¿verdad? Me llamo Ángel. Ángel Buendía, como suena, todo junto.

Mientras él habla, yo trato de decidir la mejor estrategia para sonsacarle por qué no le había contado a los civiles todo lo que sabía.

—¿Ve usted el camino éste? Pues termina en una especie de cueva. Allí hay restos de comida. Se nota que alguien la ha ocupado en los últimos días.

—¿Cómo dice?

—Se lo he dicho antes... ¿Seguro que es periodista usted? No parece escuchar lo que le digo. Cuando hablé con el fogonero de *La Paloma* me comentó que los que acompañaban al lelo que atropelló huyeron en esta dirección. Hace un par de días me lo traje a Tarugo, mi chucho. Escondida tras unos arbustos, encontramos una especie de cueva. Hay muchas por Ciudad Real; dicen que algunas son de la época de los moros...

Hemos llegado. Aparta unas ramas y me señala la entrada.

—¿Ve allí? Hay restos de un tronco quemado y pellejos tirados. Aquí ha estado viviendo alguien. Traperos, gitanos o... los asesinos de la chica.

Capítulo 19

La morgue

Ángel Buendía ha sido todo lo amable que una bolsaja de reales se lo permite a cualquiera con un hueco en un colchón agujereado.

El paseo con el guardagujas me ha revelado muchos más datos de los que hubiera deseado, pero el balance es positivo. Ya tengo algunos hilos por dónde tirar para deshilvanar la madeja.

Además me he enterado, gracias a él, de que no soy el único que anda haciendo preguntas por allí. Ayer por la tarde otra persona estuvo indagando por la estación. Ángel no supo concretar, pues a él le tocó el turno de noche.

Parece que el guardagujas también informó a los civiles acerca de la cueva, pero los guindillas se mostraron remisos a abandonar la hipótesis de culpabilidad para los tres desgraciados metepatas que agarraron mientras intentaban escabullirse en una casa vecina.

Ángel —mi propio ángel de la guarda— aportó algo de claridad, la única que he conseguido, a mi espesa niebla: ahora soy yo el que tengo agarrado de la mano a Ramón y no estoy dispuesto a dejarle caer.

Compruebo que el hospital dista no más de tres cuadras de donde me ha dejado el guardagujas. De pronto recuerdo algo que conozco por mi trabajo en el periódico: en el subsuelo de aquel ancho edificio de dos pisos se encuentra el mortuario donde son trasladados algunos cadáveres, según determine el juez Calatayud. En un pequeño consultorio de la planta baja trabaja el viejo doctor Messía, y hacia allí me encamino.

La madera de la puerta de su despacho cruje más que una buena plañidera. Encuentro al médico quitándose el abrigo y los guantes de piel. Es evidente que acaba de entrar.

—Joaquín, muchacho, que alegría verte —y entorna sus ojos diminutos para sonreírme—. Siéntate aquí, hombre, yo creo que no te veía por mi consulta desde que eras chico y te traía Isabel. Tienes mala cara, ¿te encuentras peor? Lo tuyo hay que revisarlo de vez en cuando. Es de origen traumático y puede que tengas una pequeña lesión que no se sabe muy bien por donde derivará.

—No se preocupe, don Manuel, no vengo por eso. Me encuentro bien, algo cansado pero bien.

—Un poco más de reposo no te vendría mal. Bueno, pues tú dirás.

Mientras escucho las palabras del médico, realizo, con mirada esquiva, un breve repaso a la modesta habitación, plena de detalles que me resultan particularmente tenebrosos. La luz mortecina apenas se abre paso entre las contraventanas a punto de descolgarse. Los retratos amarillentos colgados de la pared ofrecen su triste escaparate de envejecimiento y un cráneo deformado vigila la estancia desde la esquina superior de una de las estanterías. En medio de todo, la mirada despierta de don Manuel percibiendo hasta el más mínimo detalle.

—Te voy a confesar algo: a mí tampoco me gusta este despacho, ni el aspecto del hospital en general, pero es mi forma de exigirle a los políticos un respeto mayor para con la enfermedad y los enfermos. Les preocupa más inaugurar fuentes y parques que atender a los perjudicados en sus guerras. Con esa mentalidad nunca avanzaremos, pero esa es otra batalla. Muchacho, ¿qué te trae por aquí?

—En realidad, venía por un asunto más bien profesional _un leve temblor en la voz pone

momentáneamente en peligro mi máscara forzada.

—Sí...

—Quiero escribir algo sobre los últimos acontecimientos de nuestra ciudad y... Bueno, en fin, venía para ver si alguien me podía ofrecer alguna información sobre los dos accidentes.

—¿Accidentes? ¿Ah, te refieres al muchacho que arrolló el tren y al paisano que recibió el hachazo por lo de la linde?

—Sí... No. Quiero decir que sí a lo del tren y no a lo del... ¿Hachazo, dice? ¿Qué ha pasado?

—Asuntos de lindes. No es nada nuevo por aquí, ya sabes. Pero entonces... ¿a qué otro accidente te refieres?

—Pues... A lo de la muchacha. La familia francesa...

—Ah, pero eso, en rigor, no fue un accidente... —aquellos ojos escrutadores se detienen en mí—. ¿Tú llegaste a conocer a esa muchacha, no es verdad?

Un tímido “sí” salta al vacío desde lo alto mi garganta.

—Cierto es que no me corresponde a mí enjuiciar a nadie. Además tus ojos no mienten y tu nombre te avala. Te voy a ayudar. No sé en qué puede acabar esto pero, si he de ser sincero, poco me importa ya.

Estoy a punto de a recitar una vez más el cansino discurso de mi inocencia, pero la perorata del doctor continúa.

—Mira, Eutiquio es una eminencia de la ciencia forense. Bajemos, que te lo voy a presentar... —dice, pero sacude la cabeza—. En realidad, será mejor que no salga de aquí. Dile que vas de mi parte y te tratará bien. Lo encontrarás por las noches en la sala mortuoria. Dice que así trabaja más tranquilo. Como si los muertos estuvieran todo el día de cháchara y tuviera que estudiarlos cuando duermen... Es un poco excéntrico, ¿sabes? Ah, otra cosa: el cadáver de ese muchacho, o lo que queda de él, sigue abajo aún. Nadie lo ha reclamado. ¿No te parece curioso?

Tras las palabras de don Manuel espero enfrentarme a un Víctor Frankenstein. Por eso me sorprende ver en aquella sala fría y nauseabunda una persona como el doctor Galindo, de gruesas gafas y porte altivo, serio hasta casi confundirse con uno de sus muertos, del cual, pensé en un primer momento, apenas se podían esperar cuatro palabras.

Las presentaciones fueron formales y el contacto con su mano, repelente.

—Hace frío aquí —comentó—. Para conservar los cuerpos.

—Entiendo.

El doctor Galindo fuerza los silencios y parece disfrutar con la incomodidad que esto genera en mí. Una engañosa sonrisa se adivina en la comisura de sus labios cada vez que nos callamos.

—En fin, usted dirá... —suelta al cabo de un buen rato.

—Ya le he comentado al doctor Messía que soy periodista. Estoy interesado en conocer todos los detalles del atropello y del... incidente de la muchacha que encontraron cerca de la vía...

—¿Así que todos los detalles?

—Si es posible.

—Bien, pues entonces coja ese palanganero y el trapo húmedo.

—No creo que sea necesario.

—Quiere saberlo todo, ¿verdad? Pues entonces traiga lo que le indiqué y sígame.

Avanzamos por la tétrica sala hacia una habitación menor. Sobre lo que parece una maltrecha camilla, yace un cuerpo tapado con una sábana del hospital. Una de las piernas sobresale por debajo.

—¿Preparado?

Asiento tímidamente.

La sábana deja entrever lo que algún día fue un cuerpo humano. La cara del muchacho está prácticamente intacta.

Lo reconozco de inmediato: desde que me crucé con él aquella mañana en la pensión de doña Josefa, no he podido olvidarlo.

Su boca permanece abierta en una mueca rígida, el espeso entrecejo protege el valle profundo de sus ojos. Su rostro de mentón prominente mantiene el gesto torcido, y el aliento fétido abandonó su boca para extenderse por el resto del cuerpo. La pierna derecha, así como la mitad del tronco, están destrozadas.

El olor se instala en mi nariz y me amenaza una arcada.

—A todos les pasa lo mismo. Use la palangana.

—¿A todos?

—Sí. Anoche estuvo por aquí un jefe de policía forastero haciendo preguntas. Creo que dijo ser de Tomelloso. Se quejaba el hombre. Según él, aunque sus superiores no le hacían mucho caso, el muchacho estaba relacionado con algún asunto turbio.

Otra vez, esa sensación de ir un paso por detrás de todo el mundo.

—Como ves, la locomotora se llevó por delante la mitad derecha de su cuerpo. Le seccionó la pierna a la altura de la rodilla, y el antebrazo. Al menos no cayó debajo del tren: la fuerza del golpe lo impulsó hacia fuera. No creo que intentase suicidarse. Como puedes observar, las facciones presentan rasgos de subnormalidad. Quizás el tren lo sorprendiese, y le fallaron los reflejos.

—¿Lo han identificado?

—No, y eso es lo más insólito, pues se le puede reconocer fácilmente. Se pasó aviso a la escuela salesiana de huérfanos por si había huido de allí. Parece ser que andaba con otros dos, pero nadie lo ha reclamado todavía. En el manicomio de enfrente no hemos indagado, pero tampoco hace falta. Conocemos a todos los locos, incluso a los que extienden las recetas —agregó con una mueca que pretendía ser sonrisa—. El chaval no era un interno. Más bien parece que era ligero de entendederas. Ya sabes, de esos que hay al menos uno en cada pueblo.

—Es extraño.

—Sí que es raro. En lo que queda de su cuerpo no encontramos ninguna marca, ni cicatriz...

—O sea, que no saben prácticamente nada de él.

—Sólo que tuvo que pasarlo bien antes de morir.

—¿Cómo dice?

—Es algo que no debería contarte, pero de lo poco que quedó de su pantalón hemos encontrado, aparte de los restos de heces y orín que pudo soltar en el momento del atropello, una mancha reseca, pero aún reciente, de semen. Lo más curioso es que la mancha era un poco más grande en la parte exterior del calzón que en la interna.

Mi cabeza da vueltas a esta idea. Me he marcado como objetivo buscar pruebas, detalles exculpatorios, y aunque esto no sirva para probar gran cosa podría marcar el principio de un camino.

Mi enemigo sigue siendo el tiempo. Si no hago algo productivo rápidamente, a la vez que entierren este cadáver putrefacto, enterrarán a Ramón.

—Y sobre la otra muchacha...

El médico demora su respuesta. De nuevo su silencio me desquicia.

—Esa joven estuvo muy poco aquí —arranca por fin—. Su familia quería llevársela a su país y la única forma era utilizar esa técnica nueva, la incineración. No sé yo si aquí lo habrán conseguido.

Evocar a Lucienne en términos de muerte no me alivia en absoluto, pero el no reencontrarme con ella en este sótano sin alma me permite, al menos, conservar su alegre imagen por algún tiempo.

—A esa pobre chica la forzaron en vida: tenía numerosos golpes y arañazos, sobre todo en la zona anal y vaginal. Cuando acabaron el festín, le aplastaron la cabeza. El fallecimiento debió ser inmediato. Afortunadamente ya agarraron al culpable.

Otro más que tranquiliza su conciencia.

—¿Pudo hacerlo una persona sola?

—Sí, aunque para hacer lo que hizo probablemente tuvo que ayudarse de alguien o de algo. Las muñecas de la muchacha evidenciaban haber estado sujetas o atadas.

—La mancha del pantalón del muchacho y lo que le hicieron a esta chica ¿pueden tener algún punto en común?

El silencio reaparece, pero esta vez se perfila natural. Ante la sugerencia, el doctor Galindo parece perplejo.

—Bueno, tomé muestras... Quizá al microscopio... Pero no creo... Aunque mirado de esta manera, puede que...

No espero a que acabe su respuesta. Me siento agotado, hastiado de tanta impotencia, de tanto padecimiento. Y para colmo debo seguir manteniendo el carnaval absurdo de máscaras ajenas. Salgo de la sala de autopsias a trompicones.

Un grito desgano me despide desde el fondo.

—Usa la palangana y el trapo.

Capítulo 20

Desencuentro familiar

Paso por el cruce de la carretera de Las Casas con el camino del valle, abatido y ausente. Decido volver a casa. La lenta digestión de datos recibidos se traduce en mil cabos sueltos en forma de pájaros revoloteando por mi cabeza.

El atropello, el ruido infernal del silbato del tren anticipando la tragedia, la vejación con saña extrema, la víctima propiciatoria ideal. Y todo el mundo ignorando lo que iba siendo tan evidente para mí.

Quería ayudar a Ramón y, por descontado, ayudarme a mí mismo. Valentín, de momento, está a salvo: es mejor no pensar en él.

Mecánicamente, mis pasos me conducen a la casa de Lucienne. No quiero llamar la atención y rápidamente me desplazo hacia la verja del parque. Desde aquel refugio, otras veces improvisado, alcanzo a distinguir el movimiento que reina en la puerta de la casa. Una serie de criados y trabajadores cargan una hilera de carromatos con muebles y enseres familiares.

Parece que volver a Francia ha sido una decisión razonable. La más dolorosamente coherente en estos casos.

Quedo varado en la orilla del parque durante un largo rato esperando verla a ella, con su talle preciso, salir y encomendar tareas a la servidumbre, igual que antes. Aún sabiendo que no la veré, espero.

Cuando estoy a punto de desistir de esta locura cervantina, puedo reconocer, a lo lejos, una figura.

Su pelo encanecido contrasta con el color negro de su vestimenta; su semblante actual no parece el del padre risueño que conocí. Ha envejecido de golpe más de un lustro. Su rostro muestra decrepitud, como el de mi tío Antonio, y me trae a la memoria mi propósito de hablar con él. Igual podía ser un buen momento para una charla.

No, no ahora. Definitivamente necesito volver a casa. Estoy empezando a tiritar; he debido enfriarme pues noto el cuerpo entumecido. Probablemente no podré dormir: el tiempo apremia. Pero al menos intentaré cambiarme de ropa y entrar en calor.

Tengo dos opciones: buscar como antes el cobijo de la muralla para entrar por la puerta del Carmen, lo que supone demasiado trayecto, o atravesar el parque central de mi pequeña ciudad.

No quiero crearme un valiente huyendo hacia delante: en algún momento tendré que asumir la asquerosa realidad que me oprime la garganta desde un calabozo cercano.

El vigilante, que tan amablemente me tratara apenas cuatro días atrás, me contempla de lejos. Al ver que me encamino en su dirección, entra disimuladamente en su caseta y atranca la puerta, cierra el escaso cortinaje del ventanuco y decide ignorar mi sombra, que se proyecta deformada sobre su dosel.

No merece la pena llamar a su puerta; ojalá todos decidieran ignorarme.

Me escabullo como el agua en el manantial, alejándome del parque de mis desdichas. Por suerte, mi casa está vacía. Lo primero que hago es meter algunos troncos en la chimenea, encenderlos y desvestirme. Me apetece un baño, pero el cansancio y la fatiga deciden por mí. Consigo vencer al desánimo al prepararme un ponche y calentarlo al fuego del hogar.

Concibo la peregrina idea de hacerle otra visita al juez Calatayud para ponerle al corriente de los resultados de mis averiguaciones, que pueden ser las pruebas que determinen nuestra inocencia. Demasiado poco, pero es lo único que se me ocurre para ganar tiempo.

Al calor de la chimenea quedo algo traspuesto. El ponche se derrama en la alfombra y me sumerjo en un duermevela.

Cuando despierto puedo notar el efecto de un sueño insuficiente y desagradable. Un intenso dolor de cabeza, una presión en el pecho y una tos ingrata son los huéspedes de mi cuerpo para el resto del día. También, cómo no, un vacío en el abdomen: llevo demasiado tiempo sin comer. No siento hambre, pero sí debilidad.

Me acerco a la despensa y busco algún alimento que pueda digerir rápidamente. Encuentro unas patatas, que, sin más, entierro entre las cenizas humeantes de la chimenea. En unos minutos las tengo listas, y junto a una hogaza de pan con aceite y ajo recomponen el desfalco de mi estómago. Pero sigo obsesionado con la urgente necesidad de llevarle algo al magistrado. Si funciona, puedo ganar unos días o incluso salvar la vida de Ramón; si fracaso, tensaré aún más la cuerda que sujeta la espada de Damocles.

En poco más de media hora, estoy plantado otra vez delante de la puerta del juez Catalayud. Vuelvo a mirar con un deje que empieza a convertirse en costumbre el reloj de la catedral. Me dejo distraer por el recuerdo de su nave interior inmensa y el maravilloso retablo. En su patio delantero, un detalle que ya desde niño me cautivaba: el escudo de cada una de las órdenes militares y religiosas que antaño se dividieron el poder en la provincia: Alcántara, Montesa y las dos más poderosas, Santiago y Calatrava. Ahora, distanciándome de ellas unos cuantos siglos, emprendo solo otra cruzada importante, aunque mi batalla se parece más a la desigual lucha del hidalgo de La Mancha que a las míticas batallas contra los árabes. Mis propios gigantes se encuentran detrás de un portón de madera.

No estoy dispuesto a dejarme vencer fácilmente y con esa misma rabia cruzo el umbral, dejando a un lado y boquiabierto al hombre que me recibiera el día anterior con soberano desaire.

Ni siquiera me dejo amilanar cuando el mayordomo intenta detenerme poniendo el grito en el cielo.

—El señor juez no puede atenderle... Está reunido. No puede pasar... —grita.

Las tres últimas palabras llegan tarde. Sin embargo, mi determinación se convierte en paja, mi urgencia en torpeza y mi valentía en estupor.

Efectivamente, el patético hombrecillo no mentía: el juez, en medio de su reunión, no tarda ni un par de segundos en pasar de la sorpresa a la rabia contenida.

Un rostro conocido le acompaña. Un retrato suyo ha sido publicado en los periódicos en más de una ocasión. Es el jefe de policía de Tomelloso, al que han llamado para resolver el caso.

La mirada del policía es limpia y en absoluto acusadora. Quizás por eso retrocedo en silencio sin darle la vuelta. No le desafío, pero de alguna manera intento hacerle comprender mi desesperada postura. Con el mismo ímpetu con el que he interrumpido este encuentro, salgo de la habitación. En el camino hacia la calle me cruzo con unos ojos que siembran mi nuca de desprecio. Un sonoro portazo pone punto y aparte a la esperpéntica escena.

Si dieran algún premio por complicarse la vida, yo encabezaría la lista de aspirantes.

Me siento extremadamente obtuso y cobarde. No tengo nada que ocultar y aquel jefe de policía podría ayudarme. Debo volver, pedir perdón, explicarme, justificar mi desmaña.

De pronto retorna la sensación que me ha acompañado durante los últimos días: alguien me está siguiendo. Ha sido un reflejo o una ráfaga de aire, no puedo precisarlo, pero la impresión ahí esta de nuevo. Me giro con brusquedad y lo veo. Es Alfonso Mesoneros, mi primo hermano, el

curvilíneo seminarista.

Me observa, pocos metros más allá, reservado y compungido. Su demacrado rostro le confiere un aspecto extraño. Parece a punto de echarse a llorar.

Debe ser un sueño, otra pesadilla de esas que se me han vuelto habituales. Ver dos veces en un mismo día las lágrimas de hombres a los que aprecias resulta difícilmente soportable.

Me acerco a él dudando entre abofetearlo o abrazarle como un padre protector. En cuanto doy un par de pasos, surge su hermano Ernesto como de la nada y el abrazo entre primos termina por perderse en el olvido.

—Déjale tranquilo —me exige Ernesto—. Lo está pasando muy mal desde que... Bueno, tú sabes muy bien desde cuándo.

—¿Qué quieres decir?

—Que nadie mejor que tú sabe lo que hicieron tus amigos.

—Nosotros no fuimos.

—Aquí poca gente te cree. ¿A cuento de qué va a estar tu amigo en prisión y al otro buscándolo los civiles? Has destrozado a toda la familia: mi hermano delira, mi padre está enfermo, Nicolás y su familia de regreso... Esto ha sido cosa de locos, primito. ¿Seguro que no pudiste impedirlo?

La indignación me consume, pero no me apetece enzarzarme en una batalla perdida. Cuando termine todo tendré cerrar muchas bocas.

—¿Qué le ha pasado a tu padre?

—La alegría que le habéis dado tus amigos y tú casi le cuesta la vida. El sábado tuvimos que avisar al doctor. Cuestión de nervios, parece ser. Así que ahora, si no te importa, primo, déjanos que nosotros solucionaremos nuestras propias desgracias.

¿A qué sabría la hiel? Sin duda parecido a la amargura que me recorre la garganta dejándome sin palabras.

Es hora de posponer insensateces suicidas y buscar un hueco para el sentido común. Debo visitar a mi tío Antonio. Y debo hacerlo ya.

Capítulo 21

La caja de cigarros

—El futuro está en las medicinas, Joaquín; ahora que enfermé me di cuenta de su importancia. Mientras siga habiendo guerra y miseria siempre serán necesarias. Igual me deshago de esto y lo mando todo a tomar por culo. Cuanta más guerra, más venta. Es el futuro, sobrino, es el futuro.

Según cuentan lenguas afiladas, Antonio Mesoneros no ha faltado a trabajar ni un solo día. Es el último en abandonar las oficinas y el primero en llegar. Incluso es frecuente verle por allí los domingos. La fábrica es lo más importante para él. Después está su hijo Ernesto, y a mucha distancia, Alfonso, su hijo seminarista.

Antonio Mesoneros nunca lo tuvo fácil. Un día se fue a Barcelona y volvió sin su mujer. A partir de entonces el negocio creció de forma imparable, inversamente proporcional a su simpatía.

Hasta los nueve años tuvo una infancia más o menos acomodada. Sus padres, industriales de la cerámica a media escala provenientes del levante español, viajaban continuamente por las tierras castellanas promocionando sus productos de feria en feria. Durante esos largos viajes, él y sus dos hermanos pequeños quedaban bajo la custodia del cura de Daimiel, persona considerada amable y bondadosa hasta que se demostró lo contrario.

Al volver de una de esas ferias, sus padres fallecieron en un accidente. Los tres hijos, sin familia en la comarca, permanecieron a cargo del sacerdote que, ni corto ni perezoso, apenas recibió los poderes tutoriales dejó a los muchachos con las carmelitas. Después desapareció, llevándose toda la fortuna acumulada en duros años de trabajo.

Antonio Mesoneros tuvo que trabajar tenazmente para sacar adelante a sus hermanos, hasta que cuatro o cinco años más tarde, Dolores, la menor, entró de sirvienta en la casa de los Martín de la Vega, que por aquel entonces tenían dos hijas pequeñas. La madre, afectada por una dolencia humoral que la postraba en la cama, requería ayuda para con las niñas.

Don Celedonio, el dueño de la casa, era un ilustre político de la época que aspiraba a la alcaldía. La descalabrada historia de Dolores y sus dos hermanos llegó a sus oídos a través de las conmovedoras plegarias de María Cristina, su hija mayor, que noche tras noche le rezaba a su Dios para que devolviera la fe a aquel sacerdote. Don Celedonio hizo las gestiones oportunas y consiguió recuperar, tras no pocos enfrentamientos con la iglesia, al menos aquel pequeño palacete del pueblo. Más tarde Antonio Mesoneros lo vendería para sentar los cimientos de la pequeña fábrica de cerámica que es el orgullo de la comarca.

Las dos hijas de Celedonio Martín de la Vega se casaron en poco tiempo. Primero fue la boda de mis padres, luego la de María Elena, la hermana de mi madre, y Antonio.

Un negocio próspero en exclusividad, dos vástagos para suceder a su padre en un futuro lejano y una mujer bellísima desviviéndose por él: por fin algo de normalidad en la vida de mi tío Antonio. Todo parecía desarrollarse a la perfección en esta familia, pero el mal fario de los Mesoneros se cruzó con la nefasta estrella que parece perseguir a las mujeres de la estirpe Martín de La Vega.

En el año mil novecientos nueve, el matrimonio tuvo que desplazarse algún tiempo a Barcelona por negocios. Los críos no llegaron a viajar.

Yo era muy pequeño y no recuerdo bien los hechos, pero el caso es que mi tío volvió solo de

aquel viaje. A María Elena, mi tía, la enterraron en Barcelona

La condición de mi tío Antonio como uno de los más respetados industriales de la zona se deba, probablemente, al aprendizaje de aquellos días en Barcelona. Pero su carácter se agrió con la viudedad, y sus desplantes a autoridades y trabajadores se hicieron mucho más frecuentes, hasta tal punto que se ha visto inmerso en algunos extraños sucesos ocurridos en la fábrica, que culminaron con la muerte de varios obreros.

En las ferias y fiestas de este año, se vieron por primera vez en nuestra localidad las acrobacias aéreas de un piloto de aviación civil. El sueño de Ícaro, hecho realidad: ha costado algunas vidas y muchos esfuerzos pero se ha conseguido. El hombre volando, poniendo el firmamento a su disposición, para transportar poderosos y atrevidos viajeros o servir en funciones de vigilancia militar, como esos dirigibles alemanes. O tal vez, para llevar en sus sacas del correo ejemplares de periódicos, como los del madrileño *ABC* que dejó una avioneta Avro cerca de la explanada del seminario.

La azarosa vida de mi tío Antonio a veces me recuerda a aquel piloto que me cautivó con sus piruetas acrobáticas.

La fábrica se encuentra extramuros cerca del camino a Miguelturra; trabajan en ella alrededor de cuarenta personas, casi todos hombres. Hará no mucho tiempo, murieron en sus dependencias tres obreros. La versión oficial habló de un horno que estalló, pero hubo otra. En ésta, se mencionó algo acerca de un movimiento sindical y una respuesta de la dirección de la fábrica a través de unos matones a sueldo.

Lo cierto es que en la entrada no hay ningún guarda: mi tío los incorporó como mano de obra hace tiempo. Los civiles se pasan por aquí tan solo los días de paga, para evitar cualquier trifulca. Por las noches, a fin de que la fábrica se ahorre un par de sueldos, son los mismos capataces quienes custodian los alrededores. Algunos hacen sus rondas tan borrachos que serían incapaces de detener a su propia sombra.

Sentado en su sillón de cuero rojo, mi tío me mira levemente a los ojos por primera vez desde que he entrado a su despacho.

—Pero, ¿por qué cojones no subes por la escalerilla? Sabes de sobra que está ahí para que la gente de confianza no tenga que atravesar las oficinas.

El despacho está en la segunda planta del edificio anexo. Para acceder a él no hace falta pasar por la entrada principal: hay una escalera de avellano en la pared opuesta a los hornos, reservada para ocasiones y personas especiales. Hubo algún osado obrero que la utilizó, y jamás ha vuelto a trabajar allí.

—Pues ya ves, sobrino, estoy pensando en dejarlo todo. No es mi estilo, pero en estos días que he visto a la de la guadaña tan cerca estoy algo confundido. Además, Ernesto aún no está preparado; dudo que le atraiga la idea. Y Alfonso... Bueno, ya sabemos lo especial que es Alfonso —se explaya de forma desacostumbrada. Se le ve nervioso y ligeramente descompuesto—. Tienes mala cara... aunque mejor que la mía, me imagino. ¿Quieres beber algo? —y sin esperar respuesta, continúa—: Por cierto, tengo aquí unos habanos deliciosos que me trajeron. ¿Quieres uno?

Cuando abre la caja de los cigarros algún mecanismo se enciende dentro de mi cabeza. No sé qué relación tiene mi desazón con la caja de cigarros, pero el instinto se pone en alerta.

—¿Ocurre algo? —la voz de mi tío me saca de mis elucubraciones.

—No, nada en absoluto. Pasé por tu casa; como allí no te encontré, imaginé que estarías en tu fábrica.

—Si algún día me muero seguramente lo haga en este despacho. Yo no valgo para holgazanear.

Intento guardar algo de reposo, pero sin moverme de aquí.

—¿Qué te pasó realmente?

—Lo de mi sobrina ha sido un palo muy duro. Aunque estoy acostumbrado, tú bien lo sabes, los años no pasan en balde. Los nervios, dijeron los médicos. Pero los nervios no te vacían los pulmones y te impiden respirar... No, no es fácil ponerle el pijama de madera a un Mesoneros.

Tardo unos segundos en recordar el momento exacto en que Lucienne había hablado de su parentesco con mi tío. No resulta difícil evocarlo, aunque sí conmovedor: fue instantes antes de que todo comenzase. O de que todo acabase.

—Y la familia, ¿qué tal se lo ha tomado?

—¿Lo de mi enfermedad o lo de Lucía?

—Lo de tu sobrina.

—Pues cómo se lo van a tomar. Mal, naturalmente. Ernesto está muy indignado y Alfonso... Los dos se habían encariñado mucho con ella.

—¿Y Nicolás?

Mi tío Antonio se remueve, incómodo. Su cara cambia con brusquedad cuando menciono a su hermano.

—Es verdad, te presenté a Nicolás. Imagínate, está destrozado. Ha decidido volverse a Francia; a su hija pequeña ya la mandó allí hace unos días y se marchará apenas arregle los poderes sobre la fábrica. Pero dejemos este tema, Joaquín: agua pasada no mueve molino. Esta mañana tu padre vino a verme a casa muy temprano. Creo que se iba de viaje otra vez. Casi no le he visto... Ya sabes, desde hace algún tiempo tampoco hablamos mucho. ¿Qué tal está?

El capotazo de torero maestro funciona a la perfección y el tema propuesto es el único que me puede descentrar.

—Al menos ha tenido la deferencia de visitarte. A mí, ni siquiera eso.

—O sea, que no te está ayudando demasiado.

Ahora es mi tío el que intenta meter el dedo en la llaga, y yo el que no quiere seguir por aquellos derroteros.

—Lo único que puedo decirte es que no llegué a verlo en todos estos días.

Mi mirada se detiene en un retrato familiar que descansa en la pared más cercana a su mesa, junto a varios diplomas recibidos por distintos premios en festivales ceramistas. En la fotografía, Antonio Mesoneros no posa junto a su descendencia, sino con sus hermanos, su madre y su padre, el gran ceramista levantino, inventor del filo dorado en las tazas y al cual la ambición le llevó a no volver de una de las ferias donde promocionaba su descubrimiento, dejando a sus hijos en manos de un cura tanto o más codicioso que él.

—¿Podría ver a tu hermano?... —pregunté—. Para darle el pésame antes de que se vaya.

De repente el cigarro abre una brecha profunda en mi pensamiento. Como juegos pirotécnicos, las ideas se lanzan a una carrera descabellada por mi cabeza, y recuerdo. El cabo de un habano. El cabo de un habano en un árbol, cerca del lugar del crimen. Y otro colgando de la boca de un desgraciado hijo de puta que había cometido como mínimo un asesinato.

Necesito de mi tío una aclaración, aunque éste no es el momento oportuno para pedírsela. Más tarde volveré para retomar esta conversación tan absurda como tirante.

Me despido deprisa y salgo del despacho, esta vez por la puerta lateral. Al bajar el primer peldaño de madera, el dobladillo del pantalón se me engancha en un clavo enorme que sobresale de uno de los travesaños y destroza la parte baja de mi pernera.

El estropicio es fácilmente reparable. Bastará con una aguja, hilo negro y algo de paciencia, aunque tendré que dejarlo para cuando vuelva Isabel.

Permanezco unos segundos agachado y al levantarme distingo tras el cristal a mi tío, que acaricia con lentitud el retrato familiar. Durante un par de segundos intento descifrar su mirada para después desechar un descubrimiento que me confunde. No puede ser cierto. Los astros no pueden hacer llorar hoy a todos los hombres que se cruzan hoy conmigo.

Lo hubiera esperado de cualquiera menos de mi tío Antonio, hombre duro, escéptico y misterioso, héroe de sí mismo, dios engendrado de la nada. Intuyo que estas lágrimas forman parte de un alfabeto profundo, secreto. Quizás también cobarde.

Capítulo 22

Ingratos recuerdos

—Dios tiene una deuda pendiente conmigo o puede que sea yo quién la tenga con él. En alguna otra vida he debido ser un auténtico... *salaud* —me dice Nicolás Mesoneros.

Habla con la mirada perdida en otro mundo. Su cara redonda y colorada, otrora agradable y simpática, se dibuja contraída. Su enorme mostacho oculta una mueca triste condimentada de rabia, y un mohín nervioso acompaña de vez en cuando el timbre desgastado de su voz. Quizá tenga razón y en su destino se perfila algún signo oculto que atraiga la fatalidad.

—Me fui a otro país en busca de prosperidad para formar una familia. Me habían hablado de una ciudad del norte, Nancy, y su famosa escuela de *art nouveau*. Como algún conocimiento tenía de cerámica, hacía allí me encaminé. Los comienzos nunca son fáciles, dicen. Desempeñé los trabajos más diversos a la vez que daba clases en *l'école de ceramic*. Émile Gallé, Ernest Bussiére, Mougin... De todos ellos algo pude aprender. Finalmente, yo también alcancé el éxito profesional, conocí a mi mujer, formé una familia, tuve mis hijas... Y de pronto todo se vino abajo.

El sentido común me indica que debo dejarlo hablar. Está absorto en sus reminiscencias. Además, no he recibido de él un solo gesto de reproche desde que llamé a su puerta, más bien al contrario. Me ha invitado a comer y no he podido negarme. Ahora no me atrevo a interrumpirle.

—Se declaró la guerra... Debía haber estado atento. Estúpido de mí... En Nancy empezaron a emerger cuarteles. La ciudad se convirtió en zona militar, con la primera línea de batalla a pocos kilómetros. Qué ciego fui... La guerra iba a ser corta, decían, y cómo no, también llevaba prosperidad a la región. Hasta que pasó un año y otro y otro. En cuanto vimos a los primeros muchachos volver del frente nos dimos cuenta del error que habíamos cometido. La trampa moral que nos fabricamos no tardó mucho en desmoronarse.

Las reminiscencias de Nicolás van marcando un tempo lento, pausado. Apenas prueba la densa sopa con picatostes que le han servido; en cambio no suelta su copa, a la que se aferra igual que a la memoria.

—Fueron años verdaderamente terribles. Muchas veces me planteé volver a España, pero mi mujer... Bueno, ella no quería. Su padre era un recio militar que no paraba de repetir que los prusianos no tardarían en caer, las niñas estaban en su país... Las niñas...

Su mirada vuelve a buscar las paredes de la sala de estar y su respiración se hace cada vez más sonora, hasta que un acceso de rabia termina por descomponerle.

—Maldita sea mi vida... Maldita sea

—Don Nicolás, ¿se encuentra bien? —pregunto—.

Inspira profundamente un par de veces y su semblante empieza a recomponerse.

—Yo conocí a tu madre. Era tranquila como tú... y muy guapa.

Aquel inesperado cambio de registro me sorprende, pero a la vez ilumina el doble motivo de mi visita.

Como en un torno de alfarero, en mi cabeza va cobrando forma una pregunta a la que falta respuesta desde hace mucho. Sin duda no voy a marcharme de aquí sin planteársela, pero, por ahora, algo me dice que debo seguir guardando silencio. Por alguna razón, sospecho que este

hombre tiene otra historia no contada macerando en su interior.

Después de un par de minutos me veo forzado a violentar el silencio.

—Allí ocurrió algo, ¿verdad...?

Mueve la cabeza de un lado a otro antes de contestar, como intentando retener las palabras, pero finalmente parece resignarse y me responde.

—Lucienne tenía dieciséis años cuando ocurrió todo.

—¿Todo...?

—Era... Le encantaba tocar el piano. Su profesora decía que podía llegar a ser una gran concertista, que en los tiempos que corrían podía llegar muy lejos. Pero una puta noche... Acababa de dar un recital en la iglesia de Sant Dié. Su madre estaba enferma y no pude ir a recogerla. Era día de permiso; la guerra iba terminando y los soldados tuvieron una tregua. Los burdeles de la ciudad llenos hasta rebosar. Debieron no dejar entrar en ninguno a ese grupo de bastardos y...

El discurso se vuelve más lento aún. Con cada palabra mi entereza se va desarmando y una presión en la garganta me va dejando sin aire.

—Empecé a desesperarme por la demora. Recuerdo que mandé a alguien del servicio para hablar con don Sebastien, el sacerdote, pero nadie parecía saber nada de ella. Salí a buscarla por toda la ciudad y al final la encontré... Caminaba aturdida, sin rumbo. Tenía la camisa destrozada. La falda...

Se muerde el labio. Finalmente la presa racional cede, y suelta un sollozo.

Tardo casi un siglo en reaccionar. Un amago de vómito amenaza desde el techo de mi estómago. Logro controlarlo como se controla a un hijo rebelde, tragando mucha saliva. Intento levantarme y acercarme a Nicolás para tocarlo, tal vez abrazarle y dejar que lllore en un hombro cercano.

El gesto queda a medio camino.

Se recompone, se levanta de la silla y va hacia la balconada del comedor, saca su pañuelo blanco del bolsillo superior de la chaqueta y seca sus lágrimas.

—No se lo contamos a nadie, ni siquiera a su madre... Aquello quedó enterrado. A partir de ese día juré custodiarla mucho mejor de lo que había hecho hasta entonces. Pero le fallé en ese momento y le he vuelto a fallar ahora...

Guarda silencio una vez más. Mil latigazos recorren mi espalda al percibir que el relato no ha llegado a su fin. Sólo tengo que aguardar unos segundos.

—Al poco tiempo se firmó la paz y la ciudad se tranquilizó. Aparentemente Lucienne lo estaba superando. Eso sí, no volvió a dar nunca un recital de piano. Tocaba en reuniones familiares, solo canciones melancólicas, Chopin y poco más. Alrededor de un año después, una tarde, uno de los sirvientes vino a buscarme a casa, alterado. Traía un mensaje de Lucienne. Me temí lo peor. Tenía que ir a buscarla a un lugar que no conocía, cerca del *Meurthe*, una casa prácticamente derruida por las bombas de los zeppelines alemanes. Era el primer aniversario del decreto de tregua y la gente lo celebraba por toda la ciudad. Cuando llegué me alegré mucho de verla sana, pero estaba llorando. No paraba, y no quería decirme por qué ni dejar que la consolara. Permaneció muda durante unos quince días. Me sentí impotente; tanto, que incluso llegué a violentarme con todo el mundo. Una tarde no pude contenerme y la forcé a que me hablara. Entre sollozos me confesó algo que ni remotamente hubiese adivinado. Al volver a casa en una de las fiestas callejeras se topó con un muchacho joven, pero de rostro envejecido por la guerra. Lo reconoció al instante. No sabía su nombre, ni dónde vivía. Lejos de asustarse y salir corriendo, aguardó su oportunidad. Mandó al servicio a buscarme y lo siguió. Aquel canalla iba borracho a su casa o a cualquier otro sitio... pero nunca llegó. Se lo impidió la aguja de un broche de pelo clavada en su nuca.

—Pobre bailarina... —el susurro, imperceptible para Nicolás, se escapa de mis labios.

—Esa noche, cuando me lo contó... Yo sabía que lo que había hecho estaba mal, pero no podía quitarme de la cabeza aquella amarga satisfacción por la venganza. Me duró poco. Descubrieron el cadáver e iniciaron las investigaciones. Me asusté, quise salir de allí y tomé una decisión algo precipitada: nos mudaríamos a otra ciudad. Me decidí por Marsella. Mi mujer, ignorante de todo, se mostraba reacia, pero acabó aceptando el traslado. Con los ahorros sobrevivimos un par de años. Igual no supe adaptarme a la vida capitalina o el miedo aún me perseguía, pero el caso es que escribí a mi hermano para pedirle mi parte de renta en el negocio familiar. Aunque tuve mis tiranteces con él, finalmente decidí regresar... Nunca debí hacerlo.

Otra vez la misma secuencia: un largo suspiro, mirada perdida y un espeso silencio cruzando la sala.

—Estoy seguro de que le caías muy bien a Lucienne... Aquella noche, cuando te fuiste, salió a buscarte. Te habías dejado olvidado el gabán y quiso devolvértelo en mano. No volvimos a verla con vida.

Si me hubieran clavado una lanza en el costado no habría sentido más dolor. Alcanzo a musitar un apagado «Lo siento».

—¿Sabes una cosa, Joaquín? Te pareces mucho a tu madre; ella también sabía escuchar.

Éste es el momento que he estado aguardando gran parte de la tarde. Pero apenas me quedan ganas de formular la pregunta que me ronda desde que por alguna extraña casualidad recordé el nombre que figuraba en el reverso de las cartas de mi madre, aquellas que años atrás me costaron una paliza.

—Fue mi madre el verdadero motivo por el que te largaste a Francia, ¿verdad?

Y salgo sin esperar respuesta.

Capítulo 23

Intenso dolor

El cielo plomizo matiza sus distintos tonos de gris antes del anochecer mientras vuelvo a casa.

Es difícil asimilar lo que acabo de escuchar. Siento punzadas que parten de la frente hasta la nuca. Mi estómago también participa, acompañando con quejidos cada una de mis zancadas. Camino confuso, sin apenas detenerme. Sólo quiero descansar. No tengo tiempo, lo sé, pero necesito volver a casa y ordenar las ideas

Abro la puerta, y al entrar, estoy a punto de resbalar con algo. Es un sobre; el tipo de papel me resulta familiar. El membrete corresponde a mi querida *Gaceta*. No es habitual recibir cartas del periódico; resulta demasiado formal.

Me precipito hacia el salón buscando algo con qué abrirlo; finalmente me decido a utilizar mis dedos nerviosos.

En el primer párrafo se preocupan por mi salud; en el segundo, me agradecen el tiempo trabajado, y en el tercero terminan comunicándome que *ante los hechos acaecidos últimamente, el número de suscriptores y clientes ha disminuido de forma tan brusca* que se ven obligados a prescindir de mis servicios. No está firmada.

No me esperaba esto de don Luis. Quizás ni siquiera la haya redactado él: seguramente se la habrían dictado.

Aunque me duele, asumo mi despido con resignación. Es lógico hasta cierto punto, injusto también, pero me repondré. Voy a salir de este pozo, me digo sacando las últimas reservas de un cuerpo maltrecho por el ansia, la rabia y el dolor. La mala combinación prende la mecha de mis intestinos y urge aliviarme.

Entre el olor a mierda de animal termino de descomponerme. Mi pensamiento caótico queda paralizado con cada retortijón y el espíritu luchador se va por la letrina. Un buen rato después, algo más pálido pero mucho más relajado, cruzo el patio interior para volver a la casa.

Algo me detiene en seco. Definitivamente, lo que acabo de ver no va a mejorar ni mi estado físico ni el emocional. Uno de los cristales de la puerta de acceso a la cocina está roto, con un hueco lo suficientemente grande como para meter por él la mano y llegar hasta el picaporte.

He salido con tanta precipitación hasta el aliviadero que no fijé antes. No sé si la rotura del cristal es reciente: puede que los intrusos estén aún dentro.

No puedo quedarme aquí parado como un imbécil. Todavía queda algo de luz en el cielo. Me moveré sin encender ninguna vela.

Entro con sigilo en la cocina y abro uno de los cajones para hacerme con el cuchillo más largo. Echo un vistazo por las habitaciones de la primera planta. Nada extraño: todo está en su lugar, al menos como lo recuerdo de hace un rato. Subo con precaución los primeros escalones hacia la planta superior y me paro, agudizando los sentidos. No oigo nada. Me deslizo con sigilo por los dormitorios de arriba. El mío y el de mi padre están intactos. La habitación donde murió madre, limpia y ordenada, tal y como quedó aquel día. Sólo queda un cuarto al fondo del pasillo: el despacho de mi padre. Cuando vivía aquí, se pasaba horas y horas en ese maldito despacho, con sus cartas, sus recuerdos y sus armas.

Sus armas. De repente el corazón quiere salirse por la garganta. Abro lentamente la puerta

del despacho. Apenas hago ruido.

Cuando la puerta se abre por completo, compruebo que allí no hay nadie, y la colección de sables se ve intacta en la pared frontal. Pero la vitrina de las armas de fuego tiene los cristales destrozados. No me doy cuenta de qué falta, pero sin duda algo se han llevado.

Ahora reconozco con claridad la sensación que me ha estado acompañando durante todos estos últimos días. Alguien ha estado vigilando mis pasos.

Salgo a la calle con precipitación y giro hacia el descampado que linda la casa, donde años atrás conociera a mis compadres. Ahí está: unas piedras apiladas contra el muro posterior delatan que alguien lo ha escalado para entrar al patio.

Si miras una sola vez a la mala suerte a los ojos, te seguirá durante un tiempo como un perro callejero. Las cosas se complican si, encima, tú estás solo en un mundo tan difícil de entender.

Es extraño, pero la marea blanca aún no ha llegado. Por una vez, la deseo: si al menos quedase ausente durante unas horas, desconectaría de esta desazón. Al fin y al cabo, sería una manera como otra cualquiera de huir de los problemas, lo que puede que haya estado haciendo toda mi vida.

Regreso a la casa y me dejo caer en el sofá frente a la chimenea, pero enseguida me pongo de pie para encenderla y sentirme arropado por su calor. El fuego me pide a gritos que le lance la carta del periódico. Obedezco, y las llamas se avivan de golpe.

Vierto licor en una copa ancha y vuelvo a sentarme. Entonces, la luz tenue del hogar ilumina una hoja de papel caída en el suelo, en la que antes no había reparado. Estoy a punto de arrojarla al fuego, pero detengo el movimiento al reconocer la firma del escrito. Es de mi padre.

Es una carta para mí. ¿Cuándo la habrá dejado? Probablemente en esos días de mi convalecencia, cuando todo el mundo parecía haberlo visto. No se ha dignado a visitarme e intenta comunicarse a través de algo tan impersonal como una carta.

Arrugarla y tirarla al fuego es todo uno.

Instantes después, aun a costa de quemarme los dedos, la rescato. Tiene las esquinas chamuscadas, pero su contenido aún puede leerse.

Ciudad Real, a 26 de noviembre de 1925

Estimado hijo:

En estos días de política confusa, mi situación es delicada. Desde la posición de responsabilidad que me ha sido otorgada, debo responder críticamente ante injusticias que no puedo ni debo dejar pasar.

Defender esta postura me ha generado desde siempre enemigos, alguno de ellos con muchas influencias. Nunca me ha importado. Lo he asumido con el mismo riesgo y determinación con el que afrontaba la lucha en el campo de batalla.

Esto me ha hecho pasar más tiempo del que me hubiera gustado lejos de mi casa y de lo más importante de mi vida, mi hijo.

Nuestra relación, enturbiada miles de veces por prejuicios e ideas que procedían del mismo origen, la mutua culpabilidad que sentimos los dos por la pérdida de tu madre.

Ya ves, hijo, a pesar de haberle dado miles de vueltas a esta idea, jamás he encontrado la oportunidad precisa para hablarlo contigo. La verdad, aún no estoy muy seguro de por qué te escribo esta carta en lugar de esperar a que despiertes para contártelo. Ahora soy mucho más consciente del deterioro de nuestra relación. La distancia que me he visto obligado a poner entre nosotros me pasa factura algunas noches y ver la muerte cerca de ti me sobrecoge.

Ahora que el doctor me ha dicho que mejoras debo volver al Viso. Aunque no es poco, sólo vine para decirte esto, preocupado por si no te volvía a ver.

Siempre he intentado transmitirte unos principios y valores que nos hicieran mejores personas. Ciertamente, tú lo eres. Dudo que haya sido gracias a mis esfuerzos, pero estoy muy orgulloso de ti y confío plenamente en que vas a sacar a tus amigos del lío en el que están envueltos. No obstante, si necesitas ayuda en algún momento cuenta con Miguel González. Es el jefe de policía de Tomelloso, probablemente uno de los mejores de nuestro territorio. Ya me puse en contacto con él y va a hacer todo lo que esté en sus manos para aclarar este malentendido.

Se despide con todo el cariño que nunca te supo dar, tu padre.

Parte final

*Tercera persona singular
del Futuro perfecto
de indicativo: verbo partir*

Capítulo 24

Otra vez la calle Palma

Saboreo el licor por enésima vez. Percibo su gusto dulce después de tres intentos. Me ayuda a pensar con claridad o, al menos, a detener este disparate en el que estoy envuelto.

El que hayan entrado en casa me genera una rabia intensa pero también inseguridad: desvalijaron la vitrina de armas de mi padre, y cualquiera de esos malditos objetos está asociado al sufrimiento: pistolas de mecha, de percusión, puñales, sables.

Noto cómo el alcohol sube por mi cabeza como uno de esos elevadores modernos. Demasiada bebida para no poder compartir las penas con nadie. Decido pasear por esta ciudad sin extravagancias. Me dejo llevar por el silencio de la calle, desierta a estas horas.

El destino o el alcohol me llevan a volver a los lugares que arruinaron mis últimos días. Camino por la muralla buscando la vía de ferrocarril que me conduzca al origen de todo. Sólo quiero llegar allí y llorar.

Luego, desesperado, bajo hasta el centro de la ciudad, y acabo, casi sin darme cuenta, cerca de las meretrices de la calle La Palma. Imagino la estrecha cintura de Fátima, los pechos desafiantes, su piel oscura atravesada de cicatrices. Me culpo por no haber pensado en ella antes. Lo último que recuerdo de Fátima es su cara ensangrentada, y la desazón me lleva a atravesar la puerta de doña Rosita. Al entrar, veo a la única persona que jamás esperaría encontrarme allí: mi primo Alfonso. Está completamente borracho. Sus ojos ausentes y su ropa descompuesta le dan un aspecto patético.

—Niñas... Al salón, tenéis... Tenéis *glientela* —grita—. Venid, por favor. Ve...nid.

La lengua se le traba y su voz se va apagando.

Nadie aparece en la antesala.

—¿Pero qué haces aquí? —le pregunto, agarrándole de las solapas para evitar que se caiga.

—Qué sorpresa, primo. Yo quería... hablar contigo.

—¿Y vienes a buscarme aquí en vez de ir a casa?

—No, no te buscaba a ti. Busco... Todos tienen amor menos los pobres seminaristas. Los curas tienen a las monjas; vosotros, a estas muchachas. Pero los pobres seminaristas no tenemos a nadie. Y también tenemos derecho a... Aunque yo lo he matado. Escúchame bien, primo: el otro día maté... al amor.

—No digas tonterías y siéntate.

Parece que va a desmayarse aquí mismo. No para de soltar incoherencias. Si saltase una chispa entre nosotros, arderíamos para siempre debido a la cantidad de alcohol que transpiramos. Yo, al menos, aún me entero de lo que sucede a mi alrededor.

Intento sentarlo en uno de los desvencijados sillones y lavarle la cara o darle un café.

No encuentro ni una cosa ni otra, sólo alcohol y más alcohol. Para colmo no acude nadie, y, a la que me descuido, Alfonso aprovecha para llenarse la copa con el primer licor que encuentra. Opto por buscar por las habitaciones a alguien que me ayude con mi primo. El largo pasillo de puertas laterales está oscuro y silencioso. Doy una voz, pero no sale ni doña Rosita ni ninguna de las muchachas. Resulta extraño.

Voy abriendo las puertas de los cuartos. Nadie, salvo en los dos últimos. Al abrir la de la

derecha interrumpo el abrazo que un tipo escuálido le da a una de las muchachas. Ella, por detrás de su espalda, está vaciándole al desdichado la cartera.

Pido perdón y me retiro. Ahora, una vieja sensación me recorre el estómago. Intento controlarla, pero al abrir la última puerta un nuevo descubrimiento me confunde.

Allí está Feli, Felisa, la muchacha que conociera unas noches atrás, lavándose en una vieja pila metálica. Un corpiño blanco, entreabierto, deja ver perfectamente sus espléndidos pechos de oscura aureola. La espuma del jabón cubre sus pezones puntiagudos. El pelo, recogido en la nuca, deja al aire un cuello largo y delgado, sugerente. Tiene unas formas bellas que jamás habría imaginado.

Noto el estremecimiento de mi cuerpo, pero soy incapaz de moverme; ni siquiera puedo hablar. Es ella quien toma la iniciativa.

—Hombre, no esperaba verte por aquí... Pero, chiquillo, di algo. Ni que fuera la primera vez que ves una mujer desnuda.

—Buscaba algo de agua o café para un borracho... ¿estáis solas?

—Ea, esto se ha descontrolao mucho desde la última vez que viniste. Doña Rosita apenas viene. Ha recibido amenazas, le quieren cerrar el negocio. Y tu Fátima desapareció el mismo día que se armó el jaleo. Ni idea de a dónde se la llevaron; esa te digo yo que no vuelve por aquí en la vida. Con toda esta historia sólo hemos quedado yo y la Petra. Pero ya ves, por aquí no viene ni la guardia civil.

—¿Y tú porque no te marchas?

—Anda, no te burles de mí... Yo no tengo dónde ir... Vete p'allá con el borracho que yo te caliento un puchero y te lo llevo.

No puedo sacar los ojos de su cuerpo. Apenas me muevo del quicio de la puerta, y sólo el desafinado canto de mi primo Alfonso desde la antesala me trae de golpe a la realidad.

Vuelvo con él. El muy desgraciado se ha puesto a cantar misa. Con un alzacuellos de papel y una copa de licor a modo de santo grial, me dice:

—Hombre, queridísimo primo, ¿te quieres confesar? Te puedo absolver de todas tus penas. A ver, ven por aquí... Sólo tienes que arrodillarte y decir Ave María Purísima...

Intento seguirle el juego, al menos hasta que llegue el puchero de café y se despabile.

—Sabes de sobra, Alfonso, que puedes oírme contar lo que quieras como primo... pero no como cura.

—Está bien, está bien, en ese caso seré yo el que se confiese contigo...

El juego es absurdo pero no me queda más remedio que dejarle hacer.

—Ave María Purísima.

—Déjalo ya, Alfonso.

—Que me contestes joder... —grita—. «Sin pecado concebida»... es lo único que tienes que decir...

Su grito me pilló desprevenido. Hasta Felisa lo ha escuchado y permanece detrás, en silencio, con el puchero del café en su mano sujeto por un trapo de cocina. Esto tiene mal cariz.

—Sin pecado concebida... —digo, y parece calmarse.

—Tengo que confesarme... Necesito confesarme en este día de Apocalipsis, y sólo te tengo a ti a mano.

Su cara se va descomponiendo entre el desconsuelo y el dolor. Sus palabras se mezclan con babas de borracho.

—Antes de morir he de confesar algo...

—Tú no te vas a morir. No seas absurdo, sólo estás como una cuba...

Ni siquiera me ha escuchado y sigue hablando. Al hacerlo, parece recobrar un poco de sobriedad.

—He matado a dos personas... Sí, como lo oyes, he matado a dos mujeres... La primera hace muchos años, y la segunda... La segunda, hace bien poco. Pero si quieres saberlo todo debes escucharme aunque no entiendas nada. ¿Sabes por qué me hice cura? Yo creo que no te lo he contado nunca... Seguro que tú también te acuerdas del famoso viaje a Barcelona de mis padres. El ambicioso fabricante de cerámica tenía que ir allí a formarse como cacique empresarial. Aprovechó sus contactos para que le dejaran meterse en sus fábricas, aprender sus mecanismos de explotación. Mi madre y él estuvieron allí cerca de tres meses. Ernesto y yo no viajamos; él no quería y a mí unas fiebres me mantenían en cama. Mamá no me quería dejar en ese estado; finalmente pudo padre, como siempre. Mamá tenía mucha fe y lo último que me dijo es que rezaría por mí todos los días. Y así lo hizo hasta su muerte.

Mientras padre iba de fábrica en fábrica, codicioso, mamá, tarde tras tarde, acudía a la iglesia de las Jerónimas. Así me lo contaba en sus cartas, que Ernesto me leía sentado a la cabecera de mi cama.

Mira, siempre llevo encima su última carta. Tiene fecha del día de Santiago de 1909. En ella me dice que está deseando volver, que no está tranquila en la ciudad, la gente está todo el día en las calles protestando y... Al cabo de una semana, mi padre volvía solo de ese viaje.

Pasó el tiempo y nadie nos hablaba de mamá, ni una sola palabra. Cuando crecimos, alguien nos comentó lo que se conoció como la Semana Trágica de Barcelona: mi madre había muerto en una de las quemadas de conventos e iglesias. Murió rezando por mí, ¿entiendes? Padre nunca nos contó nada. Desde entonces, me hecha la culpa cuando puede. Por eso decidí consagrar mi vida a Dios... Ya ves, los caminos del Señor son insondables: llegué a Él a través de la muerte y ahora lo dejo por el mismo camino.

—Tú no tuviste la culpa —digo.

Es la primera vez que escucho esta historia, que no sé si creer. Su dolor parece sincero y mi borrachera se disipa del todo.

—Últimamente había llegado a convencerme de ello, pero... lo he vuelto a hacer. Llevo el veneno de Lucifer metido en el cuerpo, primo. He quebrado todos los votos y he llegado a matar... a los seres que más he querido en mi vida... Dime si eso merece perdón.

—Tú no has matado a nadie.

—Te digo que sí, maldita sea... No me has escuchado nada —su agitación brota de pronto; sus ojos parecen salirse de las órbitas—. Te he dicho que he matado hace poco y no lo entiendes. Un inocente va a pagar por ello... Tienes al culpable ante tus ojos y no te das cuenta... Estaba aturdido. Creía que ella me quería. Cuando la vi salir detrás de ti quise hablar con ella y convencerla de mi amor.

—¿Qué dices, Alfonso?

—Yo maté a Lucienne la otra noche. Estaba dispuesto a dejarlo todo. La quise besar y ella... Bueno, ella se resistió y la empujé y se cayó y... No recuerdo nada más, pero sé que la maté... Yo la maté y merezco morir. No tengo perdón de Dios...

—Creo que es el momento de que os tranquilicéis los dos —interviene Felisa, ante mi incapacidad para reaccionar— ¿Queréis un café, o mejor unas hierbas?

La actitud conciliadora de la muchacha, lejos de obtener éxito, empeora el ánimo exaltado de Alfonso, quien se vuelve hacia ella.

—¿Qué hace aquí esta puta? ¿Qué has escuchado, mujer? dime ¿qué has escuchado, hija de perra? _grita, como poseído por la locura, y arremete contra ella con el rostro totalmente

desencajado, fuera de sí.

De un manotazo el puchero del café aterriza sobre la gramola. Mi primo se lanza con las dos manos abiertas hacia la garganta de la muchacha, que retrocede un par de pasos. Son suficientes, unidos a la embriaguez de Alfonso, para desequilibrarlo. Tropieza y cae de espaldas en uno de los maltrechos sofás. Su cabeza golpea uno de los recodos de madera, con un ruido de fruta aplastada.

Queda inmóvil, aparentemente sin sentido. Pero segundos después, un sonoro ronquido de Alfonso me devuelve cierta calma.

Necesito digerir todo o el próximo cadáver que aparezca será el mío.

Capítulo 25

Feli

Allí está Alfonso, tumbado en el sofá, roncando como un oso resfriado. Rodeándolo, dos personas desquiciadas intentando sobrellevar lo mejor posible la situación.

Los últimos días de mi vida han girado en una noria desbocada: si es una pesadilla, yo me quiero despertar ya. Feli tiembla como si un pozo de hielo estuviera quebrándosele dentro.

Acaricio su mano temblorosa y por un instante olvido mis preocupaciones.

Me mira como para pedir una explicación, pero su boca ni siquiera se mueve.

—Ahí va la leche. ¿Qué pasao aquí?

Es Petra, que acompaña al escuálido bigotudo hacia la salida.

—Nada... —respondo—. Como dice mi tío, mucho beber hace mucho dormir —añado, inventándome un refrán que me haga salir del paso con pocas palabras.

—Qué fino... El mío decía: “Si tienes pelos en el coño, ya puedes joder”.

Con esa gracia, la Petra consigue arrancarnos una triste sonrisa a Feli y a mí. El enorme mostacho del escuálido se mueve apenas.

—¿Nos podéis ayudar a llevarlo dentro, a una de las camas? —pido.

Acarrear un cuerpo muerto no es nada fácil, ni siquiera para cuatro. No sin esfuerzo, conseguimos desplazarlo hasta la primera de las habitaciones del largo pasillo, usada como vestidor por las muchachas.

—Me voy a ir antes de que el portugués se dé cuenta de lo del dinero —susurra la Petra nada más irse el hombre del bigote—. Yo creo que lo mejor será que echas la llave y cierras. No creo que venga nadie más por aquí esta noche... Oye, ¿te pasa algo? Estás mu paliducha... ¿te preparo una tila o algo de eso?

—No déjalo, ya me las apaño yo, ea.

—Bueno, pos como tú quieras. Hala, buenas noches —y cierra la puerta.

Mucho parecían haber cambiado las tornas en esta casa desde mi última visita. Feli adivina mi pensamiento mientras echa la llave a la entrada.

—Desde la otra noche, esto ha cambiao bastante. A la morita se la llevaron —dice con desdén, refiriéndose a Fátima—. Doña Rosita vino por aquí al día siguiente soltando que había alguien por ahí que la estaba intentando arruinar el negocio y que nos apañásemos sin ella durante unos días. Las otras chicas no han venido desde entonces. Sólo La Petra y yo. Menos mal, porque es la única a la que soporto.

—¿Cuánto tiempo vas a aguantar?

—Ea, ya te dije que no tengo a donde ir. A casa no vuelvo a no ser que me lleven con los pies por delante. Allí me criaron a base de hostias... Mi padre y mis hermanos no paraban de manosearme, y un día el cabrón de mi padre llegó tan borracho que pretendía que se la chupara. Estaba harta ¿sabes? Me hice la fácil y cuando lo tenía delante con los pantalones bajados... le solté una patá en los huevos que, por lo menos uno, lo debe estar buscando todavía. Yo por allí no vuelvo... No vuelvo.

Unas lágrimas recorren su mejilla. El temblor de las manos acentúa su aspecto frágil, y me siento atraído.

Su cuello de piel blanca liberado del cabello lacio me recuerda a Lucienne, el mar de su mirada, sus labios. Al cerrar los párpados soy capaz de verla. La veo y me acerco y la toco y la beso. Siento la humedad de su boca. Veo cómo deja caer a sus espaldas la ropa, y sus pechos blancos y pequeños de aureolas grandes se mezclan ante mí con la piel oliva de Fátima y su busto moreno de grandes pezones.

Abro los ojos y no me sorprende comprobar que los enormes pechos que golpean mi cara no son ni de una ni de otra. Son los de Felisa, que me intenta besar, mientras restriega su cuerpo contra el mío.

Me dejo hacer. La muchacha bucea en mi entrepierna primero con sus manos, luego con su boca. Con brusquedad subo su cabeza a la altura de mis labios y la beso con violencia.

Finalmente consigo penetrarla sin llegar a derramarme.

El ajado colchón cruje con cada embestida. Mi carne se pierde entre el bello rizado y moreno de su pubis. Me siento gozosamente cautivo.

Cierro los ojos y vuelvo a evadirme. Quiero aguantar este momento y mi cabeza se vuelve otra vez hacia Luciente: la veo sonreír y sufrir, acaricio su gesto compungido. Pero al retirar la mano me fijo en la cicatriz que le cruza toda su mejilla derecha. No es Feli, ahora es Fátima y sus piernas delgadas, Fátima y su cintura estrecha. Luciente, Fátima. Fátima: pobre muñeca rota... Luciente: mi bailarina de caja de música.

Un profundo jadeo cerca de mi oído se une a mi estremecimiento.

A mi lado yace jadeante, no la mujer de mis sueños, sino la real, la presente, la que me ha dado por fin algo que llevaba buscando bastante tiempo.

Su cuerpo desnudo vuelve a atraerme y amenaza mi flacidez. Sus pechos derribados a uno y otro lado del esternón suben y bajan en un continuo suspiro. Ladea la cabeza para mirarme y de inmediato la gira bruscamente hacia el lado opuesto.

El desaire me hace sentir incómodo. Me apresuro a recuperar mis vestimentas y recomponer mi figura de desgraciado niño bien.

Creo que a Fátima la recordaré durante algún tiempo, y a Lucienne casi toda mi vida. Pero a esta mujer nunca la olvidaré. Puede que algún día no recuerde su nombre, pero estoy seguro de que en la soledad llegaré a evocar cada trazo de su cuerpo.

Saco mi cartera del pantalón y busco en mi billetera el billete de más valor, uno de veinticinco pesetas. Aún dudo que esto alcance a pagar la deuda que tengo con Feli.

Deposito tímidamente el dinero en el hueco aun caliente de la cama. Se ve ridículo, me veo ridículo, sobre todo cuando continúo vistiéndome de prisa en mi afán por huir.

—No quiero tu dinero.

Esta vez sí me mira directamente, y lo que veo en sus ojos no me gusta.

—Págale a ella —agrega.

—No entiendo.

—No te has acostado esta noche conmigo. Ea, estabas pensando en otra, así que págale a ella —y con un último desprecio arruga el billete y me lo arroja a la cara.

Mi silencio es su victoria, y la dejo saborearla. Desarmado, abandono la lucha con mi orgullo.

Sigo vistiéndome, manteniendo la mirada fija en el adusto galán de noche, cuando oímos unos golpes secos en la puerta de la entrada al lupanar. Puede que hubieran estado sonando desde hacía un rato, quién lo sabe.

Feli se levanta de la cama cubriéndose escuetamente con el corpiño y se mueve con el mismo encanto que hace un rato hacia la puerta.

—¿Es que no hay nadie aquí o qué? —gritan desde la calle.

He reconocido la voz.
Es el gordo Balboa

Capítulo 26

El gordo Balboa

En mi camino hacia el canalla me dejó media manga de camisa en el picaporte de la habitación. Empujo a Feli haciéndola tambalear y me lanzo como un poseso hacia la entrada. La puerta está cerrada con llave por dentro y no puedo abrir. Me vuelvo hacia Feli mientras forcejeo con el picaporte.

Su impavidez me descompones. Zarandeo sus hombros y echo mano a su cuello para hacerla reaccionar y que saque la llave de inmediato. Creo que hasta ahora nunca me había topado con una mirada de pánico como la de la chica. Algún día tendré que pedirle perdón, ahora no.

—¿Sucede algo ahí dentro...? —sigue exclamando el gordo.

Temo que se me escape, pues intuyo una carrera cobarde. Desesperado, de un golpe arranco la llave de la mano de Feli, mientras grito:

—No te muevas de ahí, cabrón.

Por fin consigo abrir la maldita puerta. Para cuando lo logro, aquel saco de manteca me lleva unos metros de ventaja. Debe ser verdad eso de que el odio te da alas, porque no tardo ni dos segundos en echarle la zancadilla.

Su cebado cuerpo rueda por el suelo como un cerdo en el barro. Me quedo parado frente a él. No quiero empezar a golpearle porque estoy convencido de que no pararé hasta matarle. El tic de sus ojos y su labio tembloroso me cuentan que lo sabe.

Duplica o triplica mi peso, pero el muy hijo de puta está tan asustado que de inmediato empiezo a notar un olor nauseabundo: el muy desgraciado se ha cagado encima.

No quiero compadecerme. No se lo merece. Quiero partirle la cara como hizo con Fátima, patear todo su cuerpo, para que viva el resto de su vida arrastrándose como un gusano. Quiero que me devuelva a mis amigos, al que era yo antes de que este mal nacido me jodiese.

Intento levantar su cuerpo flácido para estamparlo contra el adoquinado, pero me paralizó al oírle.

—Yo sé quien mató a la chica francesa... —susurra.

—¿Cómo... cómo dices?

—Que yo sé lo que pasó aquella noche...

Reacciono abofeteándolo hasta ponerle la mejilla en carne viva.

—No mientas, desgraciado, que no te va servir de nada.

Llora como una muchacha. Un hilillo púrpura baja por la comisura de su boca, pero insiste. No le creo tan insensato como para seguir mintiéndome y le doy un margen de pocas palabras.

—Yo sé quien la mató. Los vi... Yo estaba allí...

—Habla, hijo de puta.

—Yo... yo estaba allí. Lo vi todo... Aquella noche tardé en volver a casa. Cuando salí de aquí, tu amigo Ramón empezó a perseguirme. Me puse muy nervioso; tenía miedo y no quería volver a casa, así que hice tiempo para tranquilizarme y esperar a que la cosa se calmase... ¿Puedo fumar?

Toma mi silencio como un consentimiento. Allí sentado en el suelo, con la cara amoratada, saca un petate, y al liar el cigarrillo veo que añade algo a las hebras de tabaco.

Mi mirada exige una explicación.

—Sí... Soy un puto cobarde, pero necesito esto para sobrevivir. Yo al menos estuve en África. No en primera línea de batalla, pero yo sí hice la guerra —dice en tono desafiante, blandiendo en su mano una pequeña bola marrón—. En la retaguardia, pero guerra al fin y al cabo. Una noche asaltaron nuestra posición y caímos como moscas. Solo doce sobrevivimos. Me escondí donde pude; me encontraron... Fueron los peores días de mi vida. Estuve año y medio preso, ¿entiendes? Dieciocho meses muriéndome de asco cada mañana, cada noche... Tú no sabes lo que es vivir así.

Sí que puedo imaginármelo, pero no estoy dispuesto a entrar en conversación para compartir desgracias.

—Allí empecé a fumar esto. Es lo único que me calma las pesadillas, los dolores...

—¿Por eso te desahogabas con Fátima, hijo de puta?

El recuerdo de la muchacha me vuelve a encrespar. No responde, pero su mirada de odio es el empujón que yo necesitaba. Una patada seca a la altura de sus riñones es la mínima venganza que me exige Fátima desde la distancia.

Entre ahogos y sollozos se revuelve contra mí.

—Pégame otra vez y te juro por mi madre que... que...

—Como no me cuentes lo que viste esa noche, te mato¿me oyes? Te mato.

—Sería un alivio, no creas.

Vuelvo a levantar el puño.

—Está bien, está bien, te lo cuento... Antes de que me persiguierais, me enteré de lo de la fiesta en casa de los franceses y, como vivo cerca, me fui a pasear por allí. Me di una vuelta por el parque, me acerqué hasta la puerta de la casa y me quedé observando, escondido. Veía la gente llegar y eso me entretenía. Luego vinieron ellos... Tres forasteros que no había visto en mi vida: dos altos y uno bajito, que parecía ser el más espabilado. Armaron un poco de bronca, pero tu tío les habló y se marcharon.

—¿Mi tío?

—Sí, tu tío, el de la cerámica.

Esto confirma parte de lo que ya sé o al menos intuyo. Pero no prueba que el gordo hubiese presenciado la escena: cualquiera que hubiera estado allí se lo habría podido contar.

—Esos tres no se alejaron mucho. Cuando pasaron delante de donde yo estaba escondido, hablaban de dinero. El pequeño gritó algo así como que podrían sacar más... No lo entendí muy bien. Y no fue la última vez que les vi esa noche.

Con un gesto del mentón, lo apuro para que siga.

—Al poco, tus amigos aparecieron por la casa. Sospeché que no estaban invitados y que iban a armar jaleo. Conozco demasiado bien a los de su calaña...

Aprieto los puños, pero decido que necesitan recuperarse por si el final de su historia no me convence. Meto las manos en los bolsillos.

—No me equivoqué. Sólo tuve que esperar un poco y allí estaban ellos, tocando los cojones al personal. Vi cómo tus amigos te sacaban de la casa casi a rastras. Decidí esperar un rato: la verdad, no me apetecía encontrarme con vosotros. Mientras tanto, vi salir a la muchacha: llevaba una especie de guardapolvos en la mano. Caminaba rápido. Preciosa, ella, con su cintura estrechita, los pechos casi saliéndose por el escote. Una maravilla de hembra... —me echa un vistazo y se interrumpe. Luego continúa—: Parecía buscar a alguien. No tardó en volver, y en la escalera de entrada se encontró con tu primo, el seminarista. Por la forma en que andaba, yo diría que estaba borracho. Claro, acostumbrado al vino de misa... —y se carcajea—. Se fueron por ahí, ellos dos solos, y... No sé, su forma de mirarla o los andares inseguros o qué sé yo, pero algo me dijo que tenía que seguirlos.

Noto que el pulso se me acelera y me muevo nervioso. Transpiro, y el sudor se desliza casi hasta la boca. Quiero saber más, pero tengo miedo.

—Tampoco me equivoqué esta vez. No muy lejos de la casa decidieron alejarse hacia una de las calles laterales, menos iluminada. El cura, que de santo ya debía quedarle poco, se animó. Empezó a manosearla y a intentar besarla. La chica se resistía, pero el cura se echó encima de ella... Quería..., bueno, ya sabes qué... Le desgarró el vestido, y uno de los pechos de la muchacha quedó afuera. Que preciosidad... No sé cómo lo hizo, pero al final consiguió desembarazarse del cura. Salió corriendo, tapándose el cuerpo con el guardapolvos, y se alejó en dirección a las vías... La verdad es que verlos retozar como perros me puso a tono y me vine hasta aquí para desahogarme.

Mi pie se clava con todas sus fuerzas en su entrepierna.

—¿Por qué no hiciste nada por ayudarla, hijo de puta? Ella está muerta, cabrón, y tú no la ayudaste.

—El cura no lo hizo —dice con voz apenas audible—. Estaba demasiado borracho. Cuando la muchacha se alejó, él se quedó allí, tumbado en el suelo, pa mí que durmiendo la mona.

—Entonces, di: ¿quién lo hizo?

—Otros... Cuando estuve ahí al lao con la mora... El caso es que no pude, y al salir os vi de lejos y no me atreví a volver a casa. Me fui escondiendo hasta llegar cerca de la vía. Para tranquilizarme decidí liarme uno de estos —hace una pausa, da una larga chupada al pitillo y me arroja una bocanada de humo—. En eso estaba, cuando vi que el guardagujas salía de ronda con su farolillo encendido. Intenté apresurarme por si me descubría, pero cuando iba a volverme para casa, oí unas voces. Eran dos de los forasteros, que salían de la oscuridad subiéndose los pantalones a toda prisa. El pequeñajo salió corriendo un momento después, y no paraba de mirar hacia atrás. Pa mí que fueron ellos... Luego vino lo del tren, y cuando llegué a mi barrio me enteré de que habíais intentado entrar en mi casa... Suficiente para callarme y no decir nada a nadie: así me quitaba un problema de encima.

Los ojos se me humedecen, pero intento mantener el tipo ante este apestoso miserable.

Por fin confirmo lo que venía sospechando: el habano en el árbol, los restos encontrados por el doctor Galindo, la cueva, la declaración del guardagujas.

El juez Calatayud me ha pedido pruebas y lo único que he conseguido hasta ahora es un testigo tullido que se pasa media vida pegando a moras y la otra mitad fumando algo parecido al opio. Las bisagras de este cofre chirrían. ¿Será suficiente?

—Mañana —le digo— te quiero ver en el cuartelillo largando todo lo que me has dicho.

—Ni lo sueñes.

Su firmeza me desorienta.

—Entonces ¿por qué me los has contado todo a mí?

—Porque si no... me matabas.

—Si no vuelves a contarle mañana, lo haré.

Capítulo 27

Inesperado final

Le miro fijamente a los ojos esperando una respuesta, un mínimo gesto que lo delate, para decidirme a marchar de allí o cumplir mi amenaza. No hay tiempo para nada más.

Un grito desgarrador en mitad de la noche vuelve a ponerme en alerta. Mi instinto de supervivencia está superando todas las pruebas hasta el momento, pero no sé si estoy en condiciones de seguir luchando.

El alcohol que me ha traído casi se ha evaporado a estas alturas, pero algo debe quedar porque durante unos instantes me muestro completamente desorientado: desconozco de donde puede proceder aquella voz. Tardo unos segundos en darme cuenta de que llega desde la casa donde he dejado hace un rato a la chica.

De nuevo se oye un alarido; esta vez es el de una mujer, y se percibe mucho más cercano. Alzo la vista y distingo la figura decompuesta de Feli en la puerta de doña Rosita.

En dos zancadas estoy junto a la muchacha, pero mi presencia, lejos de calmarla, incrementa sus aullidos. Extendiendo un brazo, señala el interior de la casa. Por un instante me temo algo siniestro y, al cruzar el largo pasillo, puedo comprobar que me espera algo aun peor.

La silla tumbada en el suelo y su cuerpo colgando de una de las vigas del techo...

Rompo a llorar. Me aferro a él. Intento sujetar sus piernas, apoyar sus pies sobre mis hombros para liberar su garganta del dolor de la agonía. Pero todo es en vano: no he llegado a tiempo.

Allí está el cuerpo inerte de mi primo Alfonso. Y debajo, no la flor de la mandrágora, sino una desesperación empellejada en una silueta parecida a la mía que se aferra a sus piernas.

No sé cuánto tiempo agonizo junto a él, sujetando el peso de una absurda culpabilidad, pero cuando llega la ayuda que hubiera necesitado mucho antes, no quiero separarme de mi primo.

La muerte no para de tantearme. Me manda recados a cada uno de mis pasos, un oscuro recordatorio del acecho al que me tiene sometido.

A mi alrededor se arremolina mucha gente: serenos, vecinos, el doctor Messía. Todos preguntan y yo no puedo responder. Mi conmoción me mantiene sentado en el suelo, con la espalda reclínada contra la pared deseando que la puta marea blanca vuelva a envolverme y me deposite en casa. Ni siquiera soy capaz de huir de una manera digna de preguntas y comentarios. Poco me importa ya. En mi cabeza dan vueltas decenas de imágenes y recuerdos que se mezclan con nuestra última conversación. Una vida entera junto a mi primo y jamás llegué a sospechar lo que se ocultaba tras su enfermiza fe.

Me arrastro con esfuerzo por esta mortecina sala y oigo que alguien propone informar a la familia. Levanto la voz y me opongo: yo mismo debo hablar con Ernesto y con mi tío. Nadie más se lo puede contar.

—¿Necesita que le acompañemos?

Es el policía de Tomelloso; no me extraña que esté aquí. Incluso me gustaría hablar con él, pero no ahora. Niego con la cabeza, y eso basta para que me dejen en paz.

Deambulo como un idiota hacia la casa de mi tío, pensando en las mentiras convincentes que quizás deje caer. No me veo con ánimo de afrontar sus caras, su angustia, pero aún con menos de ocultar la cabeza bajo tierra y dejar que otros asuman la zozobra que a mí me corresponde.

¿Qué palabras utiliza alguien para comunicarle a un padre la pérdida de su hijo?

Algún día he de morir yo también, y mientras me paro a vomitar la última hiel que me queda en el cuerpo, me juro que cuando lo haga, allá donde vaya, buscaré a mi primo Alfonso y a Lucienne para presentarles a mi madre y compartir con ellos el tiempo del que no dispusimos.

Qué iluso fui. ¿Cómo pude pensar que en un mundo decadente como el mío tendría cabida una muchacha como Lucienne?

Me mareo y tengo que parar, inspirar profundo.

Mi tío y sus dos hijos viven en la calle Saúco Diez. «Mi tío y *su único hijo* viven...», me obligo a repetir para mis adentros. La casa está a un par de cuadras de la calle La Palma.

Al llegar hasta su puerta, me pongo a golpearla. Aunque hasta hace un momento no había percatado, es cerca de medianoche. Uno de los sirvientes de mi tío abre la mirilla. Con un rostro probablemente desencajado, reclamo la atención de alguien de mi familia.

El empleado no me reconoce. Ante mi insistencia, llama a uno de los criados veteranos, que me comunica la ausencia de mi tío y de Ernesto. Como mi primo no tiene obligaciones matutinas, me dice, suele volver muy tarde. Pienso que estará en cualquier burdel de la ciudad malgastando el dinero de su padre.

El sirviente me informa también de que mi tío últimamente pasa más tiempo en la fábrica que en su casa, y que debe encontrarse aún allí.

Lo dejo, sin comentar el motivo de mi visita. Si el ruido de la noche no les lleva el rumor, mañana esta casa amanecerá con la desgracia por almuerzo, y yo seré en su recuerdo el primer pájaro de mal agüero.

Corro hacia la fábrica, pero debo detenerme cada poco para coger aire. Ante los ojos de cualquiera pasaría perfectamente como uno de los borrachos de la noche.

Ya en la entrada, abro la verja y me dirijo a la caseta de vigilancia para anunciarme. Por las telarañas y los vidrios sucios en las ventanas, hace tiempo que nadie la usa. Desesperado, voy hacia la puerta principal, pero, al ver que el picaporte no cede, recuerdo la escalera de cedro que da acceso directo a la oficina de mi tío.

Desde abajo, distingo un halo de tristes sombras que ilumina el despacho. Mientras subo despacio, voy acaparando todo el aire posible frente a la perspectiva de contarle a mi tío lo sucedido.

Las lágrimas se me saltan al evocar a Alfonso. Me prometo ser franco en el relato y no aplicar paños calientes. Ya que no pude acortar la agonía de mi primo, no quiero prolongar la de su padre. Llego al último peldaño y al secarme las lágrimas quedo paralizado.

Capítulo 28

Apocalipsis púrpura

Afortunadamente no me han visto, y me tiro al suelo para que no me descubran tras el cristal de la puerta.

Mi respiración se acelera y tardo unos segundos en reaccionar. Los he reconocido al instante, al menos al pequeñajo. Su rostro atravesado ha invadido mis pesadillas desde que nos cruzamos. El que lo acompaña permanece de espaldas a mí, como vigilando que no salga nadie por esta puerta. Gracias a eso no me han visto.

Me alegra este reencuentro, pero no donde se produce. Me gustaría verles al otro lado de unas rejas, dando el primer paso hacia el patíbulo, y no de pie frente a mi tío apuntándole con dos revólveres. Extraídos, probablemente, de la colección de mi padre, con mi inestimable y estúpida colaboración.

No puedo buscar ayuda: temo perderlos y que ocurra una nueva desgracia. Además, en esta historia, se agotó ya mi papel pasivo. Mi agotado cuerpo se renueva de una energía extraña, poderosa, que me intoxica las entendederas. Miro a mi alrededor, tengo que buscar algo que me sirva de arma. Una vieja fábrica como ésta debe ofrecer todo tipo de posibilidades, pero para ello necesitaría tiempo y la afonía de la vieja escalera.

No puedo moverme, no debo moverme. Recuerdo de pronto un clavo largo y oxidado cuyo mayor triunfo en la vida ha sido desgarrarme los pantalones esta tarde.

Apenas ofrece resistencia y logro sacarlo sin arrancarle un solo quejido a la madera. Es poco mayor de una cuarta y grueso como la mitad de un dedo. Junto a mi propia desesperación, es lo único que tengo.

Alzo la cabeza lentamente por encima del cristal para evaluar la situación. Decido irrumpir como un demente en el despacho e intentar dañar al tipo alto que me da la espalda, y que luego Dios o el Diablo hagan su tiro con los dados trucados. Con un poco de suerte las armas de mi padre no funcionarán.

El que me da la espalda se mueve un poco y veo por primera vez a mi tío. Sus manos y la parte inferior de su cuerpo están ocultas detrás de la mesa. Su rostro tenso y demacrado me estremece. Atiendo a la conversación, que suena como una discusión de viejos amigos.

—... ni una puta moneda más. Ya os pagué lo suficiente.

—Sí, pero ahora ha muerto uno de los Expósito y ya estamos cansados de tus mentiras. Habías dicho que nos ibas a sacar de aquí y aún seguimos malviviendo en esa cueva de mierda. Danos el dinero y nos largamos.

—No os voy a dar nada. Largaos.

—¿Estás seguro? ¿Acaso no fue a nosotros a quien acudiste cuando necesitabas apaciguar los ánimos de tus obreros?

—Y matasteis a palos a tres personas, desgraciados.

—¿No era eso lo que querías? Si no, ¿por qué volviste a llamarnos para asustar a tu hermano? No te las podías apañar tú solito para que nadie te quitase tu fábrica, ¿eh? ¿Necesitabas a tres desgraciados para engañarlos y que acabaran con sus huesos en la cárcel? Pues, de desgraciados, nada: vas a darnos más dinero o de aquí no sales vivo.

—No me vais a sacar nada. Sois unos putos inútiles. Habéis metido la pata hasta el fondo; siempre lo hacéis, pero esta vez habéis ido demasiado lejos. Os dije que le dierais un susto para que se volvieran a Francia, y vosotros ¿qué hacéis? Sólo se os ocurre deshonrar a su hija y luego abrirle la cabeza. Estáis locos. Os merecéis todo lo que os ha pasado.

—La jugada salió redonda: implicamos al mierda ése del periódico... y tú todavía te quejas. Sospecho que nunca quisiste pagarnos. Tu plan consistía en que nos arrestasen a nosotros y no soltar ni un real...

—Yo lo único que quería es que nadie viniese a robarme lo que he conseguido levantar con mi esfuerzo, maldita sea. Nadie tiene derecho a venir a reclamar su parte cuando todo está hecho. Nadie, ¿me entiendes? Esos sindicalistas de mierda, ¿qué se creían? Los muy insensatos hablaban de sus derechos. Derechos... Ellos no tienen derecho a nada. Ya reciben su salario, ¿qué más quieren? A mí nadie me ayudó, ¿lo entendéis? Nadie, ni siquiera mi hermano... Él huyó a Francia cuando éramos dos miserables que trabajaban de sol a sol. Se rindió, así que no le correspondía nada. Pero vosotros, los Expósito, teníais que joderlo todo con vuestra estupidez. Debíais joder a mi hermano y jodéis a mi sobrina. Debíais joder a mi cuñado y jodéis a Joaquín... A mí no me intimidáis, así que largaos de una puta vez.

El tono de las últimas palabras de mi tío desciende. Su mano izquierda se posa en su pecho en un gesto de constricción, tal vez de dolor, mientras su cara vuelve a pasar del rojo colérico al blanco nácar. Parece dispuesto a dejarlos marchar. Escondido tras la puerta, sé que yo no lo estoy.

Por su parte, uno de los hermanos Expósito agrega algo más:

—Por la francesita, no te preocupes. Me dio la impresión de que no era la primera vez que la jodían...

—¡Hijos de perra! —grito, poniéndome de pie.

Los ojos del más bajito de los Expósito se desvían y se clavan en mí. A pesar de todo decido continuar con mi plan, y atravieso la puerta llevándome por delante cristal, madera y enemigo. Termino rodando por el suelo, sin soltar mi daga mínima.

Entonces, un trueno seco y rotundo suena a mis espaldas. Aprieto los párpados: es fácil intuir que alguien ha disparado alguna de las armas. De inmediato atruena un segundo disparo.

El olor a pólvora me intoxica y casi puedo mascar el humo de las detonaciones. Abro los ojos esperando encontrarme junto a mi madre, Luciente o Alfonso, pero aún estoy vivo. Alcanzo a distinguir una sombra saltando por el hueco que yo he dejado en la puerta con mi entrada triunfal.

El hombre al que he derribado permanece aturdido en el suelo, buscando a tientas el arma que debió perder en su caída. Se pone de pie e intenta escapar él también, pero me interpongo en su camino.

Toda la suerte que hasta este momento me ha esquivado me paga sus deudas: no lleva consigo pistola alguna. Sin embargo, de su chaqueta saca una pequeña daga que me resulta familiar. El duelo se equilibra: él, con mi pequeña daga toledana; yo, con un ridículo clavo oxidado; él, confiado, y yo, sin miedo.

A pesar de considerarme una persona con el espíritu de un Alonso Quijano y el valor de un Sancho Panza, mis límites han sido rebasados y estoy dispuesto a matar o morir. Él debe leer mi actitud, pues durante un momento permanece desafiante, sin atreverse a atacarme. Tampoco yo me muevo.

En el patio de la fábrica, suenan voces y disparos. Ninguno de los dos parece prestar demasiada atención a lo que pasa fuera, a riesgo de darle una oportunidad al contrario.

Una imagen se me viene a la cabeza: la pelea a cuchillo entre el gitano Heredia y Jacinto Lafuente en aquel antro de Madrid. Paso el clavo a la mano izquierda para confundir a mi rival.

Es una maniobra arriesgada, tanto que finalmente el clavo se me resbala y, con él, toda mi defensa.

Capítulo 29

El capitán Scott

Imagino que así debió de sentirse el capitán Scott hace unos años antes de morir sin llegar al Polo Sur.

Una sonrisa victoriosa se dibuja en el rostro de mi enemigo, mientras avanza lentamente hacia mí con la cuchilla en la mano.

Sin darme tiempo a reaccionar, un nuevo estruendo inunda la habitación. Los dos caemos al suelo: su cuerpo sobre el mío, oprimiéndome el pecho. Algo aturdido, intento levantar la cabeza, pero vuelvo a dejarla caer al notar la sangre que mana de alguna herida a la altura de nuestras caderas.

No siento malestar alguno, ni dolor. ¿Será ésta la antesala de la muerte? Desplazo hacia un lado el cuerpo que me ha caído encima y compruebo, sin emoción, que no soy yo el herido, sino el que hasta hace un momento pretendía ejercer de Dios para mí.

Me levanto completamente desorientado: hay bastante sangre en el suelo, en nuestras ropas, en el cuerpo de mi tío... Mi tío.

Sigue sentado en su butacón. Su pecho está manchado de sangre, tiene los ojos muy abiertos y su respiración es lenta y quejumbrosa. Un boquete astillado en pedazos, en la parte delantera de su mesa, anticipa un desastre.

En un segundo de lucidez, deduzco que la mano que ocultaba debajo de la mesa empuñaba un arma de fuego, que no dudó en utilizar contra el pequeño de los Expósito cuando desaté la locura con mi patanería. Tristemente, falló la primera vez, y el hombre huyó tras apuntarle al corazón y disparar.

Mi tío alcanzó a desquitarse con el otro hermano, aquel al que yo le había cerrado el paso. Me había salvado la vida.

Como puedo, corro hasta él y lo abrazo. Emite un sordo suspiro. Está agonizante.

Desesperado, me arranco parte de la camisa y con ella improviso un escueto vendaje para cubrirle el pecho. Enseguida queda empapado de muerte.

No sirve de mucho y él es consciente de ello. Al verme llorar entre toses, intenta tranquilizarme.

—Ya ves, muchacho, al final no era tan difícil ponerme el pijama de madera... Joaquín, yo... Perdóname... No quise matar a nadie. Sólo defender... lo mío. A mis hijos, díles que defiendan esto como lo hizo su padre...

No puedo hablarle de Alfonso. Ya se encontrará con él allá adonde vaya, pero entre sollozos reúno el valor suficiente para hacerle una última pregunta.

—Pero, ¿por qué a él? ¿Por qué meter en esto a mi padre?

—Tenía deudas políticas con él... Además, al final... Fue Julián quien... quien se llevó a la más guapa.

Palidece aún más y su respiración se hace cada vez más fatigosa cuando una mano se posa lentamente en mi hombro.

—¿Estás herido, muchacho?

Lo reconozco al instante: es el policía de Tomelloso. Quizás al ver que no le contesto y

continúo abrazado a mi tío, busca la puerta para salir a toda prisa y hacer sonar su silbato al tiempo que pide ayuda a gritos.

«Tranquilo, muchacho, ya ha pasado todo». Mi vieja amiga viene de nuevo hacia mí: me siento mareando y empiezo a perder el conocimiento. Debo soltar a mi tío y tumbarme en el suelo, pero aún puedo escuchar una voz de fondo comentarme al oído.

—Tranquilo, he oído todo... Vamos a salvar a tu tío. Todo está bien; tumbate y descansa... Hemos atrapado al que huyó de aquí. Mañana todo volverá a la normalidad...

Se equivoca: nada volverá a ser igual.

Epílogo

Al final, todo el mérito se lo llevó el jefe de policía de Tomelloso.

Siguió a Joaquín desde la calle La Palma, no se sabe muy bien si como sospechoso o porque estaba convencido de que, tarde o temprano, le llevaría hasta el final del hilo de Ariadna.

Fue proclamado héroe provincial por pegarle un tiro en la pierna al más pequeño de los tres hermanos, que acumulaban a sus espaldas varios asesinatos, entre ellos el de Lucienne y Antonio Mesoneros. El de Tomelloso se convirtió en un héroe a nivel provincial, y sus hazañas incluso aparecieron recogidas en varios folletines novelescos.

De los tres obreros a los que apalearon hace tiempo, nadie se acordó. Una vez más, tan solo sus familias lloraron en silencio sobre sus nichos.

Enterrado Antonio Mesoneros con todos los honores que le pudo ofrecer la política del momento, su hijo Ernesto se hizo cargo de la fábrica, con especial maestría para derrochar y encaminarla hacia la quiebra pocos años antes de que estallara la guerra en España, donde curiosamente Valentín, prófugo de la justicia hasta la fecha, se convirtió en uno de los héroes más destacados del bando republicano. Años después sería uno de los últimos maquis en abandonar Despeñaperros.

Una orden municipal de ese mismo año acabó con los privilegios y concesiones de los que habían disfrutado algunas casas en la zona de la calle de La Palma. De la Feli nunca más se supo.

El general Julián Córdoba se vio envuelto en varias sublevaciones militares en la capital, hasta que se instauró la Segunda República en mil novecientos treinta y uno. Ese mismo año y tras subir al poder Niceto Alcalá Zamora, se retiró de forma voluntaria en el Viso del Marqués, un pequeño pueblo de la provincia, donde permaneció hasta la sublevación militar contra la república.

Sus fuertes convicciones políticas le hicieron retomar la carrera militar y llegó a luchar al mando del batallón del ejército republicano “Dolores Gómez” hasta su muerte en campaña, en el año treinta y ocho. Entre sus filas se encontraron, curiosamente, dos destacados voluntarios de Ciudad Real. Uno de ellos se llamaba Valentín. El otro, Augusto, aunque todos le llamaban Ramón.

Joaquín Córdoba Martín de la Vega, comprometido intelectual de la época, volvió a ejercer el periodismo, publicando en El Pueblo Manchego, a modo de bitácora, parte de esta historia. Durante la guerra, tuvo que exiliarse a Francia, donde al cabo de unos años se reencontró con Anne Mesoneros.

*Para Augusto Cabezas, mi abuelo, más conocido como Ramón.
Ciudad Real, a 4 de diciembre de 2008.*

José Ramón Gómez Cabezas (Ciudad Real, 1971) es psicólogo y profesor de la UCLM. Combina su actividad profesional con el área literaria, colaborando en la mayoría de los festivales de género negro y policial de toda España como ponente o jurado. Es presidente de la Asociación de amigos de la literatura policial (Novelpol) que concede un premio todos los años en la Semana negra de Gijón.

Tiene cinco novelas negras publicadas: Réquiem por la bailarina de una caja de música (Serie Joaquín Córdoba 1), Orden de busca y captura para un ángel de la guarda (Serie Joaquín Córdoba 2) El ataque Marshall (finalista de varios premios literarios), Ojos que no ven (Serie Joaquín Córdoba 3) y Metástasis, su última publicación en papel. En breve saldrá publicada La balada de los ahorcados (Serie Joaquín Córdoba 4).

Tiene varios artículos, relatos y ponencias académicas en distintas universidades españolas sobre literatura y psicología en el género negro.

En Twitter: [@JoserraGomezCab](https://twitter.com/JoserraGomezCab)

Facebook: facebook.com/joseramon.gomezcabezas

En Instagram: [@joseramongomezabezas](https://www.instagram.com/joseramongomezabezas)

web: joseramongomez.wixsite.com/joseramongomez

